

Las calles
que se
volvieron
playas



JAVIER LARA

Las calles que se volvieron playas

Javier Lara

© José Javier Lara Hidalgo, [2018]
ISBN: 9781731291301
Impreso por Amazon
Todos los derechos reservados.

*A cada paisaje y ciudad,
a cada persona con la que me crucé;
a cada ráfaga de viento
mientras escribía.*

Índice

- [1. Mi relación con París](#)
- [2. Los detalles de cada lugar](#)
- [3. Decir adiós](#)
- [4. Los viajes de mi hermano](#)
- [5. Siguiendo sus pasos](#)
- [6. Un paseo por la concha](#)
- [7. Zarautz-Santander](#)
- [8. Los raqueros de Puertochico](#)
- [9. La Puebla Vieja](#)
- [10. Entre montañas](#)
- [11. El estanque secreto](#)
- [12. El Capricho](#)
- [13. El reencuentro](#)
- [14. Un paseo en el tiempo](#)
- [15. Visita al paraíso](#)
- [16. Vuelta a la realidad](#)
- [17. El río frontera](#)
- [18. Las calles se vuelven playas si tú las andas](#)
- [19. Aparición de sobremesa](#)
- [20. La playa del Silencio](#)
- [21. Atardecer occidental](#)
- [22. Descontrol](#)
- [23. Del infierno al cielo](#)
- [24. Cambio de dirección](#)
- [25. El lugar](#)
- [26. El testimonio inacabado](#)
- [27. El final del camino](#)
- [28. Objetos perdidos](#)
- [29. Cambios de ruta](#)
- [30. Eternidad](#)
- [31. Epílogo](#)
- [Notas del autor](#)

1. Mi relación con París

Las ciudades más bellas también pueden dejar recuerdos oscuros. Así era mi relación con París, destino de mi caos una vez al año. Aunque es una ciudad espectacular, cuando llegas a ella por trabajo, con el frío de enero y tu conducta se aleja de lo ejemplar, la estampa que terminas recordando no es la mejor.

Aquella tarde de finales de enero el problema no fue el frío. Cuando estaba a punto de coger el octavo de marihuana que me tendía aquel joven alto de ojos rasgados vestido con un chándal de la selección francesa de fútbol, empezaron a escucharse pasos a toda velocidad subiendo por la escalera de la estación de metro. Mi reacción fue la de apartarle la mano, guardar en la mochila la cartera de la que iba a sacar el dinero para pagarle y correr en dirección a la calle.

Tenía entendido que aquella boca de metro de *Rue les Abesses* era una de las más singulares del mundo, con ilustraciones de *art nouveau* rodeando su escalera de caracol de 140 escalones. Yo lo único que percibí fue la alta cantidad de peldaños. La mayoría de pasajeros utilizaba el ascensor, por lo que quedé con el camello justo en la mitad. Por lo tanto, cuando escuchamos gritos y carreras, tuve que ascender a toda velocidad 70 escalones llegando sin aliento al exterior. Mi estado físico era calamitoso, aunque mi impresión fue que estaba escapando y los perseguidores quedaban atrás. Al pasar por el torno de salida me giré y no parecía que me siguiera nadie. Ya caminando, me pude intercalar entre varias personas que habían salido del ascensor y disimuladamente, bordeé el tióvivo que había frente a la boca de metro, entré en el parque que había justo al lado y me senté en un lugar discreto. Allí comencé a recobrar el aliento mientras miraba a una pareja que se hacía fotos en el Muro de los te quiero.

Escuchar unos simples pasos me había hecho salir corriendo. Posiblemente era solo un grupo de niños jugando, pero no podía arriesgarme. Sabía que la estampa de un hombre trajeado corriendo escalones arriba habría sido patética, pero aún peor habría sido verme detenido por la Policía y, sobre todo, la explicación posterior a mi jefe.

Pero también tiene eso París. No puedes confiarte, cada calle está atestada

de gente de todo tipo, es una ciudad de contrastes. Pero eso sí, hay en París una nube que todo lo envuelve, una dulce pátina que suaviza cada arista de los rincones que no visitan los turistas y que da más color a los lugares icónicos, aunque el día sea gris. En el lugar donde estaba sentado ocurría eso, era un jardín pequeño y feo salvo por aquel muro. Se había convertido en los últimos años en otro de esos lugares de visita obligada, en pleno barrio de Montmartre, con sus letras blancas gritando al amor en 311 idiomas resaltando sobre los azulejos oscuros. «¡Qué de tiempo llevo yo sin decir a nadie esas palabras!». Me dije mientras me recuperaba del sofocón y me tranquilizaba porque todo parecía haber sido una falsa alarma, ni rastro de guardias, aunque me quedé sin mercancía para echar aquellos días.

Pasado un cuarto de hora me levanté de aquel banco y comencé a caminar por Rue les Abesses. Es una calle llena de restaurantes populares y panaderías. Incluso en invierno mantienen abiertas unas terrazas muy coloridas y bien decoradas en ambos lados de la calle. Es un sitio conocido para comer marisco, tomar buen vino y degustar comida francesa, pero también de otros países, ya que es una zona con locales gestionados por gente muy diversa. Entre la oferta de restaurantes de diferentes tamaños y presupuestos, tampoco faltan en las calles adyacentes algunos bares de reputación más baja y dado que mi amigo del chándal de Francia no había dejado rastro, me acerqué a otro de mis puntos de referencia.

Aquel bar no invitaba a entrar, sin embargo, sabía que allí podría encontrar algo para fumar de una calidad decente. Bastaba un único gesto al camarero y lo tendría en cuestión de segundos una vez hecho el pago. Llevaba tiempo intentando dejar de fumar cannabis, pero mi nivel de estrés no dejaba de aumentar. Sentía una necesidad cada vez mayor y no consumir aquello me generaba problemas incluso mayores. La noche anterior me había refugiado en toda la ginebra que me quiso poner el camarero del bar del hotel y por la mañana había estado a punto de no llegar a la reunión más importante de todo el año.

Guiado por los recuerdos mi anterior visita, cuando llegué al lugar guiado por las instrucciones de mi camello de Madrid, terminé en aquel local sin grandes letreros, con una fachada que necesitaba una mano de pintura y que solo daba a entender que era un café por la pizarra visible en el exterior donde se anunciaban algunos de sus económicos precios y la conexión a internet gratuita. El sitio estaba regentado por un hombre afgano de unos 45 años. El local mantenía una agradable temperatura en su interior y estaba bastante

tranquilo. Era un sitio desangelado, sin decoración, ligeramente maloliente, con un amplio salón de diez mesas en dos hileras frente a la barra donde el camarero se movía con parsimonia siempre muy pendiente del informativo en el televisor.

Tras esperar a que me sirviera un *café au lait* de pie junto a la barra, cogí la taza y me senté en la mesa de la esquina del fondo, ya que prefería no exponerme a que me vieran desde el exterior y los ventanales de la zona delantera no ayudaban a la discreción.

Me senté en una incómoda y rígida silla de hierro, puse sobre otra de las sillas la mochila y saqué de ella la *tablet* para revisar el correo electrónico.

Sabía que tenía la marihuana cerca, solo debía pedirla, pero estando allí me volvieron los remordimientos, pensé que había estado a punto de tener un problema en el metro y solo unos días antes le había prometido a mi hermano que lo dejaría, aunque él tampoco fuese el más indicado para hablar de una vida modelo. Mientras trataba de conectarme a internet, el debate interno seguía en mi cabeza. En aquel momento, una mujer que estaba sentada en una de las mesas de la entrada se había acercado sin que me hubiese dado cuenta y cuando levanté la cabeza me la encontré frente a mí sin esperarla.

—Perdona, pero te he escuchado pedir el café y por tu acento ¿eres español?

—Sí, soy español.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí, claro, espero poder ayudarte.

—Había quedado con una amiga en una cafetería que en teoría estaba en esta misma calle, yo he venido guiada por el callejero y he entrado en la única cafetería que había, pero ahora resulta que había confundido el nombre de la calle, que era parecido, y estoy en una parte bastante alejada de la ciudad, no me desenvuelvo bien ni en el metro, ni en autobuses y no hablo francés ¿Conoces tú París como para decirme cómo puedo llegar allí y qué metro coger? Si me ayudas a hacer un croquis estaría genial.

—Creo que algo podremos hacer, no es que sea parisino, pero me desenvuelvo bien, veamos, dame la dirección.

Pude confirmar que estaba en un punto alejado de París, la dirección correcta estaba en el barrio Latino, mucho más frecuentado por jóvenes turistas como aquella chica española.

Tendría en torno a 30 años, su pelo estaba en un punto dudoso entre el rubio oscuro y el pelirrojo y le caía en abundancia bajo los hombros. Estaba

delgada, el tono de su piel, aunque maquillado en su rostro, era más bien pálido, tenía unos grandes ojos marrones, efecto en el que colaboraba el contorno de lápiz negro que se había puesto.

Mientras trazaba sobre el callejero la ruta más rápida para llegar a su destino, noté el cambio progresivo en la expresión de aquella chica entre la mujer que se acercó temerosa a mi mesa y la que terminaba de anotar las indicaciones. Era la misma, pero su semblante trasladaba algo más de alegría.

Aunque estaba lejos el destino, solo se trataba de coger tres líneas de metro y unos 45 minutos de trayecto. No era tanto teniendo en cuenta la inmensidad del Gran París. Se ofreció a pagar mi café, pero me adelanté y pagué yo con la intención de salir junto a ella y acompañarla hasta la boca de metro más próxima. Mientras ella me esperaba, yo terminaba de recoger mis cosas. En la pantalla de mi *tablet* había emergido una fotografía de un hombre con un paisaje de montaña al fondo.

—Conozco ese sitio, está en mi tierra —dijo ella.

—Es una foto que me ha enviado por correo electrónico mi hermano, ni siquiera he podido ver dónde está, siempre está en un sitio distinto.

—Es Potes, un pueblo del interior de Cantabria, yo soy de Santander.

—¿De Santander? Ya sé algo de ti, ni siquiera me has dicho cómo te llamas.

—Minerva, me llamo Minerva, perdona que ni siquiera me haya presentado, pero estaba un poco agobiada.

—No te preocupes, es normal, yo soy Alberto, y este de aquí es mi hermano Juan Carlos, nuestros nombres no son tan mitológicos como el tuyo.

—Jeje, a tu hermano no, pero a ti si te puedo dar dos besos.

Olía a un agradable aroma frutal, me besó en la mejilla casi sin esperarlo y en seguida puso rumbo a la salida de aquel bar. Yo la seguí quizás con la intención de poder hacerle de guía hasta el metro.

—¿Entonces se supone que estamos cerca del barrio de Montmartre? ¿Se supone que esto es uno de los lugares más turísticos de París? —preguntó Minerva.

—Sí, aunque salgamos de un antro de dudosa reputación, nos encontramos cerca. Realmente tres calles más arriba está el acceso a la Iglesia del Sagrado Corazón y todo el entorno del barrio de los Pintores, tenemos que bajar esta calle, girar un poco y en seguida llegaremos al Moulin Rouge, ahí cogerás el metro.

—Ya me extrañaba cuando entré en el sitio que me hubieran citado ahí, el

bar olía un poco mal y me daba un poco de miedo.

Tras avanzar en bajada por algunas calles solitarias y de aspecto ligeramente degradado, terminamos llegando al Boulevard de Clichy, era una amplia calle muy transitada. En sus márgenes tenía comercios de comida atendidos por magrebíes, también había algunos *sex shop* y tras caminar un poco más, llegamos frente al Moulin Rouge, el que dicen que es el escenario de cabaret más famoso del mundo. Frente a él se ubica la boca de metro de Blanche.

—¡Vaya! No sé ni cómo he podido llegar antes porque no me había dado cuenta del Moulin Rouge, pero juraría que había venido por aquí, la verdad es que su fachada es espectacular.

—Sí, es una zona además muy visitada, no sólo por el cabaret ¿te gusta la película *Amelie*?

—Es quizás un poco cursi para mi gusto, pero no está mal.

—Pues por esa calle que sube está el café Des Deux Molins, lugar en el que *Amelie* trabajaba como camarera en la película.

—Ah, curioso, lástima que haya quedado con mi amiga, habrías sido un buen guía de París. ¿Te dedicas al turismo?

—¡No, no! Estoy en París por trabajo, pero me dedico al sector de los seguros y estoy de reunión anual, supongo que es menos apasionante — respondí.

—Seguro que también tiene su atractivo. Mira, no voy a tener tiempo para volver a quedar, pero podríamos intercambiar nuestros números de teléfono, si alguna vez te pierdes por Santander, llámame y te devuelvo el favor y el café.

Le enumeré mi teléfono y tomó nota en la agenda de su terminal.

—Te escribo un mensaje cuando llegue a mi destino, muchas gracias por todo.

Me dio nuevamente dos besos y se despidió con una sonrisa mientras se perdía en el interior de aquella boca de metro que a las cinco y media de la tarde estaba atestada de gente.

Al girarme me vi en mitad de aquel *boulevard* de París, en el espacio central entre las dos calzadas, crucé una de ellas y al llegar a la acera, mi perfil se reflejó en un escaparate. La imagen de mi rostro me llegaba algo difusa, pero podía notar que tenía unas ojeras importantes y no estaba bien peinado, iba vestido con traje y corbata de color gris oscuro, todo bastante arrugado a aquellas alturas del día.

Mientras intentaba recordar por qué no me había mirado al espejo aquella

mañana, comprendí que estaba demasiado solo. Sin embargo, había bastado un rato de conversación con aquella chica española para olvidarme de la marihuana que había estado a punto de comprar, primero en el metro y después en la cafetería del afgano. Se había ido con mi número de teléfono y aquello era mucho más valioso.

2. Los detalles de cada lugar

Cuando una hora después recibí el mensaje de *Whatsapp* de Minerva, estaba poniéndome hasta arriba de chocolate, pero del que está hecho de cacao y dentro de un *crepes*. Fue mi forma de desahogar mi deseo de otro tipo de sustancias. Una veterana cocinera me recibió con una sonrisa contenida, pedí en español un *crepes* con chocolate, pero me entendió. La mujer tenía cada paso medido y mecanizado, la cantidad exacta de masa cayendo líquida sobre la plancha, el punto concreto en que se solidificaba, la dirección en la que debía verter el chocolate, la forma de enrollar el *crepes*, todo manejando a la perfección una espátula sobre una gruesa plancha circular de la que emanaba un agradable calor. En apenas un minuto, tenía el producto finalizado con un resultado muy apetecible.

Estaba sentado en un banco de los Campos Elíseos tras haber comprado el *crepes* en un pequeño puesto, lo disfrutaba en un lugar con vistas al Arco del Triunfo. Lo divisaba a lo lejos, entre el tráfico. Yo me había alejado a posta de la zona comercial, de las aceras repletas de escaparates y terrazas y me había refugiado en sus zonas ajardinadas, desiertas ya de noche. Fue allí cuando me llegó un aviso desde un número desconocido, era ella, estaba ya con su amiga en un bar del barrio Latino y me ponía una foto. Sin duda, era más pelirroja que rubia, según pude constatar en aquella imagen de dos chicas sonrientes que observé con curiosidad y detenimiento. Estaban delante de la barra de un bar con el fondo un poco difuso. Ambas tenían los labios pintados de un color muy similar, algo así como un marrón claro. Sus rasgos eran muy diferentes, aunque toda mi atención se centró en Minerva y en su sonrisa en señal de triunfo como diciéndome «¡He llegado! El fumeta de traje al que encontré en un antro de mala muerte me ha hecho llegar».

Cabía la posibilidad de que Minerva no pensara así de mí. De hecho, al día siguiente me volvió a escribir para agradecerme la ayuda, asegurándome que llegó perfectamente con mis indicaciones sin saltarse ninguna parada de metro y tomando la salida donde su amiga la esperaba. En una breve conversación me contó que aquel día partía con su amiga hacia Reims, donde participarían en un curso, ella estaba licenciada en Psicología y realizaba la tesis doctoral con una beca de la Universidad de Cantabria. Aquellas serían

las últimas noticias que tendría de la chica perdida en un café de mala muerte de París y a la que ayudé a encontrar a su amiga.

Sus últimas palabras llegaron a primera hora de la tarde, yo había tenido unas duras reuniones de trabajo y con el objetivo de desconectar o quizás de aferrarme a mi soledad y a lo único bueno que me había pasado en aquella semana, decidí volver a los mismos lugares para pasear por el barrio de los Pintores, nuevamente en la colina de Montmartre

París está lleno de lugares para comprar y vender obras de arte, algunos son legales y otros caen en la ilegalidad, pero es probablemente la ciudad con más galerías de arte del mundo, con algunos barrios repletos de este tipo de locales. Sin embargo, Montmartre es un lugar completamente diferente a todo aquel universo de galerías modernas. Aunque se llame el barrio de los Pintores, probablemente no sea el lugar preferido de París por los aficionados de la buena pintura, la zona está llena de artistas ambulantes y dibujantes que ofrecen un producto ideado para el turista sin cuidar excesivamente la técnica, ni innovar en la estética y eso que en la plaza principal actualmente es necesario estar licenciado en Bellas Artes para poder ponerse a pintar. Sin embargo, el lugar tiene un encanto especial, aquella magia de estar sobre calles de adoquines perfumadas por los aromas del óleo junto al murmullo de los turistas que suelen pasear por la zona. En aquel crisol de gentes, los artistas tienen que hacer también de comerciales al asalto de clientes que posen para una obra que aún está por hacer. Yo concretamente no entiendo París sin visitar el barrio de los Pintores, sin caminar por sus calles mirando las manos de esos hombres que se mueven rápidas con su pincel frente al lienzo. Fue algo que hice a regañadientes en mi primera visita a París acompañado por mi hermano y que en mis visitas posteriores he vuelto a repetir.

En el primer viaje habría preferido un lugar donde atiborrarme de vino y ostras, dejarme llevar por los perfumes del costo de algún barrio del extrarradio o encontrar algún lugar de champán y chicas de alegre compañía, aunque al ir con Juan Carlos tuve que disimular las aficiones que ocultaba un hombre de buen empleo y sueldo y de trayectoria aparentemente intachable.

Junto a él conocí aquel lugar que de nuevo estaba pisando. Al subir la colina de Montmartre y pasar a las espaldas del Sagrado Corazón, el París de grandes avenidas se torna de calles estrechas, enrevesadas, de edificios de escasa altura, alternando puestos de pintura, con bares y tiendas de souvenirs. En cualquier esquina hay alguien pintando, detrás de cada expositor de

acuarelas, entre caballetes y cajas de pinturas se posan pinceles, hay un rostro que intenta sonreír sacando ese lado bueno que quiere que quede retratado para volar desde allí hasta distintos destinos del mundo donde poder presumir que un pintor francés le ha hecho un retrato.

Bajando las escalinatas para regresar sentí que volvería al hotel sin nada que fumar con el riesgo de volver a quedarme junto a la barra del bar. Intentando retrasar aquel momento, pensé algo más que hacer. Al girarme miré hacia arriba, sobre las escaleras, en la cima, destacaba la enorme cúpula de la iglesia del Sagrado Corazón con su típico estilo de aires orientales. Abajo, frente a mí, me llamó la atención como siempre el tiovivo y los grupos de niños correteando en el pequeño parque. Padres y turistas se mezclaban sentados en los bancos alrededor y hacia uno de ellos me dirigí a disfrutar del encanto de aquel lugar. Busqué un espacio algo retirado de los niños, ya que recordé que llevaba un paquete de tabaco en el bolsillo interior del abrigo, así que encendí un pitillo. Aquel mismo año, habían salido noticias de que Francia prohibía fumar en los parques infantiles, pero encontré un espacio retirado en una zona superior de la escalinata que sube hasta la iglesia.

Dando caladas al cigarro y acomodado sobre un poyete, me puse a observar las escenas de aquel entorno desde la discreción que aseguraba la media distancia. Una madre con sus dos hijos de unos tres y cinco años miraban fijamente el tiovivo. La atracción se detuvo, pero no hicieron amago por subir. Uno de los niños miró a su madre, que le hizo un gesto de negativa. Mientras tanto, el otro niño salió corriendo y se detuvo unos metros más adelante, frenó con el pie un balón que había impulsado otro niño que llegó desde algo más lejos con una camiseta del Real Madrid, estaba en Francia, pero allí también se seguía el fútbol español. En un banco, un hombre leía un libro, levantó la cabeza hacia un niño algo mayor con un patinete que cogió bastante velocidad hasta llegar a la altura del niño que vestía con la camiseta del Real Madrid para empezar a girar en torno a él. Su madre lo estaba llamando, le dijo algo en francés que sonó a regañina. La mujer de los dos niños se había movido hacia el balancín del parque, que quedó libre y aprovechó para que los dos niños subieran en él, aunque con el impedimento de que uno pesaba más que el otro y la mujer tenía que ayudar al más pequeño para que no se quedara permanentemente suspendido en el aire. En otro de los bancos una pareja joven comía *crepes*, eran claramente turistas por el plano que tenían apoyado en el banco y la cámara de fotos colgada del cuello de él. Otros muchos visitantes bajaban del Sagrado Corazón, lo humano y lo divino

se mezcla en la plaza del Tiovivo, el hombre construyó en aquella colina un coloso de la construcción religiosa, pero nunca dejaría de ser hombre, pensé, al tiempo que terminé el cigarrillo.

Siempre que llegaba a un lugar nuevo recordaba una reciente conversación que había tenido con mi hermano: «Alberto, si alguna vez estás agobiado, si no encuentras forma de relajarte, si te preocupa algo mucho, la solución está mucho más cerca y es mucho más sana que cualquier otra cosa que puedas pensar. Busca un lugar y analízalo, observa sus detalles y a las personas que hay en él, la gente vive la vida, disfruta del momento y en casa puede tener todo tipo de problemas».

Juan Carlos me había enseñado a ver los lugares que visitábamos de otra forma, aquellas palabras me las dijo por primera vez durante la tarde previa a una boda de una prima por la que habíamos viajado hasta Carboneras, nuestro pueblo natal en Almería. Nunca le había dicho que era un adicto al alcohol y que de vez en cuando consumía drogas, pero sabía que algo intuía. Mientras él tomaba un café y yo un güisqui con cola, intentaba aparentar que no le hacía caso, pero aquel consejo lo interioricé y lo llevé a cabo bastantes veces.

Los tonos de luz de la tarde eran ya algo más apagados, un señor mayor se anudó la bufanda, una mujer de unos 40 años subía rápido en dirección a la entrada del funicular, debía llegar tarde a una cita. Eran más de las seis, mi segundo cigarrillo también se terminó y tenía algo de frío. Me levanté de allí y me dirigí a la cafetería del afgano, el tabaco tampoco había sido suficiente aquella vez, al entrar no pude evitar acordarme de Minerva, pero tampoco olvidé hacer la compra que no hice la tarde anterior.

3. Decir adiós

En París los rayos de sol no parecen llegar trazando líneas rectas. Buscan acariciar cada fachada adaptándose a las formas y a los relieves, frenan antes de colisionar con las hojas de los árboles, el hierro de los puentes y los tejados. Era uno de mis pensamientos que se había repetido durante varias mañanas consecutivas metido en una de aquellas reuniones en una sala de grandes ventanales.

Si aquella semana estaba en París era por trabajo. Cada enero ocurría, se organizaban reuniones sobre las directrices a tomar por la empresa para el nuevo ejercicio a las que asistíamos los responsables regionales de la compañía de seguros en la que trabajaba. Era una forma de vernos cara a cara con los jefes centrales, que solo nos visitarían meses después si los objetivos no se cumplían.

Era el tercer año de encuentro en París debido a la absorción por un grupo francés, pero antes lo hacíamos en Madrid a menor escala. Aquellas reuniones donde veíamos balances, se dictaban estrategias y se hablaba sobre nuevos productos e índices de morosidad se hacían eternas, de 8 de la mañana a 3 de la tarde con un descanso de unos 20 minutos. Lo único bueno era que quedaba toda la tarde libre en una ciudad como París, todas las tardes de una semana que ya había terminado.

Aquel sábado ya sin reunión, mi vuelo salía a las tres de la tarde y había aprovechado para disfrutar de los débiles rayos de sol en la terraza del hotel, en el barrio de La Defense. Era también un intento de buscar el aire para aliviar la resaca tras otra noche de ginebra y costo. El frío llegaba a mi rostro, pero en aquella terraza del barrio financiero parisino me volvía a sentir culpable por mis excesos, por mi vida insana.

En mi soledad, contemplaba las vistas panorámicas desde lo más alto del edificio del hotel. Sobre los tejados de la ciudad destacaba la torre Eiffel que no dejaba de traerme recuerdos de mi primera visita a París junto al loco de mi hermano.

París, 2005

Solo recuerdo que hacía mucho frío cuando Juan Carlos y yo llegamos a las proximidades de la torre. Ya se sentía abajo, aunque la primera impresión de su magnitud me dejó perplejo, se elevaba rasgando el cielo con una figura esbelta que presume de perfección. El frío aumentó cuando ascendimos a la segunda planta de la torre. El ascensor nos elevó rápido por aquella estructura metálica que carecía de sentido entre el resto de construcciones de la arquitectura parisina, pero que le había terminado dando personalidad a la ciudad y a toda una nación. Precisamente, desde la torre se podía divisar una bonita panorámica de París, una visión de 360 grados. Pasamos un buen rato paseando por allí haciendo fotos y deteniéndonos al ver en la distancia algunos de los edificios más populares de la ciudad del Sena: NotreDame, Los Inválidos o el Arco del Triunfo. El frío calaba los huesos y a mi hermano se le ocurrió descender a pie para entrar en calor los 699 escalones, solo interrumpidos por el paso de la primera planta. Me negué, pero él sin hacerme caso, empezó a bajar a ritmo rápido, prácticamente corriendo, yo no me fiaba de aquellas escaleras metálicas, sentía cierto vértigo, pero terminamos pisando un cuarto de hora después el suelo firme de París con la sensación de que teníamos menos frío.

Aquella fue la única vez que he subido a la torre Eiffel, pero es una construcción que me despierta admiración, siempre vigilante y visible desde cualquier punto de la ciudad.

Durante este viaje, la empresa nos organizó tras la primera jornada de reuniones una visita panorámica en autobús a París. Al subir y tras realizar un par de paradas, sentí que estaba de sobra en aquel grupo cuya persona más cercana en edad, casi me duplicaba los años, la aseguradora era un bastión de vejesterios en el que yo me había colado tras una carrera y un máster siendo de los mejores de mi promoción, pero sobre todo conociendo a la persona adecuada en el momento oportuno. Me sentía un bicho raro entre tanto dinosaurio. De hecho, a veces me trataban como al niño mimado, pero la mayor parte del tiempo me exigían mucho más y eso conllevaba una serie de presiones añadidas, presiones que termine desahogando de forma insana.

El grupo bien podría haber pasado por una excursión de la tercera edad, salvo porque todos estaban trajeados y porque yo rompía la media. Cuando nos encontrábamos en la plaza del Trocadero ante la bonita panorámica que desde allí hay de la torre Eiffel, argumenté que había quedado con unos

amigos y no volví al autobús. Preferí deambular por París a mi ritmo, a mi aire, dándome mis caprichos y así transcurrieron casi todas las tardes de la semana.

Con la maleta ya preparada en la habitación, me despedí desde la terraza del hotel de aquellas vistas de París y de la torre, probablemente hasta el próximo año. No podía evitar la melancolía que tienen las despedidas de aquella ciudad porque aunque mantenga con ella una relación de amor-odio, lo que me esperaba en casa no era mejor, ya que no habría nadie esperándome.

El metro y una lanzadera en tren hasta el aeropuerto París Beauvais Tillé con un par de horas de espera hasta embarcar, supusieron mi última experiencia de aquella visita del mes de enero de 2015 a París. Pasadas las cinco de la tarde aterrizaba en Barajas, tras recoger la maleta y tomar un taxi conecté el teléfono móvil, tenía un aviso de llamada de mi madre, se la devolví y no contestó ella, sino mi tía Luisa: «Alberto, tienes que venir lo antes posible, tu hermano ha sufrido un accidente».

4. Los viajes de mi hermano

A mis 35 años, mi vida se desarrollaba en un piso de soltero del barrio de Tetuán cerca del complejo Azca en el que trabajo. Sin embargo, durante aquellos días difíciles había decidido mudarme con mi madre a su piso del distrito de Hortaleza, el mismo en el que comenzó a vivir mi familia a principios de los 90 cuando nos trasladamos desde nuestro pueblo natal, Carboneras en Almería. A mi padre lo trasladaron en su trabajo y nos instalamos todos en Madrid. Sin embargo, él murió hace unos años a consecuencia de un infarto cerebral del que no se recuperó y desde entonces mi madre vivía con mi hermano en aquel piso. Aquello era como no vivir con nadie, ya que Juan Carlos era un licenciado en Historia y profesor interino que trabajaba intermitentemente en diferentes lugares. Hablamos de todo un trotamundos, ya que cuando no estaba empleado se marchaba a cualquier sitio para dar rienda suelta a sus grandes aficiones: viajar y el deporte de aventura.

Y viajando perdió la vida, pero no fue ni en un descenso de barrancos, ni haciendo escalada, ni siquiera en uno de los kayaks que tanto le gustaban, fue conduciendo en una carretera de la provincia de Lugo, cuando marchaba solo, de día, sin más vehículos implicados y en un tramo recto. Así, sin más emoción ni riesgo, se le esfumó la vida. La autopsia no determinó causas que influyeran en el accidente, aunque sí descubrió un cáncer avanzado que afectaba a varios órganos. Juan Carlos nunca nos había dicho nada de aquello y además, en ningún historial médico aparecía dato alguno sobre la enfermedad, por lo que probablemente ni él mismo lo supiera, ya que era bastante enemigo de ir a hospitales y sus aproximaciones a la medicina se limitaban a la visita a herbolarios y naturistas.

Desde su muerte habían pasado ya dos semanas, hacía unos días que estaba ya trabajando con normalidad. No lo reconocería nunca ante nadie, pero lo echaba de menos cuando volvía a casa y me encontraba a mi madre llorando en el salón. También notaba algo especial cuando a última hora de la tarde encendía el ordenador y no encontraba aquel correo electrónico que me enviaba casi a diario desde cualquier punto del planeta con una fotografía que siempre terminaba invitándome a dejarlo todo para irme donde estaba. En muchas ocasiones cuando veía la notificación estaba cansado, otras algo

fumado, así que los miraba por encima, ni siquiera los abría y en muy pocas ocasiones le contestaba. Ahora que no lo veía al entrar en la bandeja de entrada, me sentía un mal hermano y no pude evitar releer algunos de aquellos mensajes a los que no presté atención.

Hice muy pocos viajes junto a él, siendo joven siempre busqué destinos más tranquilos y después, con un trabajo donde iba ganando responsabilidad, mi tiempo libre y las vacaciones empezaron a reducirse sin poder decidirlos cuando yo quisiera. Además, nuestros gustos y aficiones eran distintos. Fue él quien me alertó de que empezaba a llevar una vida poco saludable, me insistía en que dejara de meterme mierdas en el cuerpo y que comenzara a vivir, pero nunca le hice caso.

Aquella tarde, mi madre me insistió en ver las últimas fotos que me había enviado en aquellos correos electrónicos. Recordaba una de Potes que junto alguna más de Cantabria había estado viendo en la cafetería de París. Pero esa misma semana me había enviado otras. Laredo, Comillas, Cangas de Onís, Oviedo desde el monte Naranco, Cudillero y Ribadeo. Desde este pueblo era su último correo electrónico.

Hermano, la gente no sabe viajar, en los meses de verano este pueblo está atestado de turistas que vienen a ver la playa de Las Catedrales. Sin duda es espectacular, pero lo es en su soledad, con el temporal de invierno, con sus paredes de piedra y calas desiertas, ahora en enero es cuando se puede disfrutar aquí. En cambio, seguro que ahí en Madrid está todo abarrotado, toda la gente en las Rebajas de los centros comerciales y en los atascos de las circunvalaciones. Si es que el mundo es un desequilibrio entre ciudades atestadas y paraísos vacíos.

Me han llamado para empezar a trabajar el lunes, así que voy a tener que recortar la escapada, pero hay algo que quiero hacer, llegar al final, así que mañana me voy a cruzar toda Galicia en coche hasta Fisterra, el atardecer invernal en el cabo Finisterre tiene que ser espectacular, así que yo no lo dudaría, lo dejaría todo para venir a verlo ¿sigues en París? Un abrazo hermano.

Juan Carlos

La siguiente noticia que tuvimos de él fue que su cuerpo sin vida había

sido rescatado un día después al del *e-mail* del interior de un coche de alquiler completamente destrozado y tras haber dado varias vueltas de campana en una carretera cerca de Baamonde, en la provincia de Lugo. Creemos que iba hacia Fisterra y no pudo llegar al final del Camino y de su camino en aquel viaje. Mientras pensaba en aquel último correo electrónico, mi madre seguía con la mirada fija en la foto. Había dejado de llorar, su rostro seguía pálido, parecía estar aún más blanca sobre el negro cerrado de su ropa. Con la muerte de mi padre había llorado, pero ante la prematura muerte de un hijo de 33 años recién cumplidos estaba mucho más apesadumbrada.

—Hijo, tendríamos que ir al sitio ese al que quería llegar y echar allí sus cenizas, ya que no pudo llegar allí en vida, que al menos pueda hacerlo en muerte.

Aquellas palabras de mi madre me sorprendieron, a ella no le gustaban los viajes de mi hermano y era muy tradicionalista. Ya me había costado convencerla para la incineración, pensaba que habría querido tener las cenizas cerca de ella o en algún columbario.

—Sí, creo que es lo mejor, tenerlas aquí solo va a valer para que yo sufra más y a él no le gustaba estar encerrado, quiero que lleves las cenizas a Galicia —siguió apuntando mi madre.

—¿Yo? Pero en todo caso iremos los dos.

—No, yo no quiero ir, sabes que no me gusta viajar, me pondría nerviosa y además tu hermano a ti te lo confiaba todo, es mejor que vayas tú.

Estuve unos segundos en silencio, pero cuando miré la pantalla del ordenador portátil donde estaba proyectada una de las fotos de mi hermano noté en su rostro una mirada de complicidad. Fue algo difícil de explicar, pero aquella imagen parecía decirme algo. Fue entonces cuando tomé la mano de mi madre, le di un beso y la miré:

—Mama, iré.

5. Siguiendo sus pasos

No hubo apenas preparativos, ni casi explicaciones en el trabajo. En la agenda compartida con todo mi equipo puse un «AUSENTE» durante dos semanas, a la vuelta ya daría explicaciones a los de arriba.

El tren entre Madrid y Zarautz tardaba más de seis horas. Llegaría a la localidad guipuzcoana pasadas las dos de la tarde, aquel tiempo me serviría para terminar de planificar un viaje iniciado sin apenas haberlo meditado, aunque también necesitaba dormir algo frente a la resaca de otra larga noche de alcohol. Me había montado en el tren con una maleta, una mochila, un fuerte dolor de cabeza y la necesidad de reeditar el que terminó siendo el último viaje de mi hermano con todas las dudas que aquello me generaba. En diez días, Juan Carlos había recorrido gran parte de la cornisa cantábrica, empezando en San Sebastián y terminando con su accidente cuando se dirigía al cabo Finisterre. Yo quería retomar sus pasos y culminarlo cumpliendo su deseo y el de mi madre. Pero además me propuse viajar exactamente como él lo había hecho, así que dejé atrás mi coche de gama alta, mis trajes y todos mis lujos de la capital, para llevar únicamente lo básico, con ropa cómoda y unas buenas botas para caminar. Además, la planificación fue mínima, se basaría en los propios correos electrónicos que Juan Carlos me había ido enviando donde explicaba su viaje.

Solo tenía la reserva en el hotel de aquella noche, pensé que mi hermano lo habría hecho así, iría improvisando cada día como casi siempre hacía. Yo era mucho más cauto con todo aquello, de haber sido mis vacaciones, las habría tenido reservadas y minuciosamente previstas desde unos meses antes, por lo que me enfrentaba a un mundo nuevo, también sabiendo que pisaría ciudades en las que no había estado nunca. En los últimos años había optado por el sur, Levante o Ibiza, buscando más el sol y la playa, el alto standing. Ahora, a finales de marzo me insertaría en el norte de España.

El primer *mail* del último viaje de Juan Carlos adjuntaba una foto desde el paseo marítimo de Zarautz, con el fondo de una playa muy amplia. No obstante, mi hermano contaba que había estado dando una vuelta por San Sebastián y que apenas vio nada en Zarautz salvo un bar donde había comido unos espectaculares pinchos.

Juan Carlos ahora estaba en un asiento a mi lado. Había guardado antes de salir de la casa de mi madre la redondeada cajita de madera con las cenizas de mi hermano en una antigua mochila. Era de color marrón, tenía bastantes años, pero seguía siendo fuerte y resistente. Se trataba de un recuerdo de mi padre. Le regaló otra igual a Juan Carlos, llegó con ellas el primer día de un verano cuando ambos estábamos aún en la Universidad, en el interior guardaban varios libros, de historia para mi hermano y relacionados con el comercio y el marketing para mí. Me había dolido juntar tantos recuerdos en un mismo lugar, pero subido en aquel tren ya no había marcha atrás, emprendía un viaje portando las cenizas de mi hermano en una mochila, un recorrido por el Cantábrico para cumplir los deseos de mi madre y del propio Juan Carlos.

Pero en aquel viaje había un reto más: encontrarme conmigo mismo. Nunca había hecho un viaje solo al margen del trabajo. Sería fácil emular mi conducta en París o de cada noche en Madrid, refugiándome en el alcohol y en otras sustancias. Sin embargo, me había propuesto vivir aquel viaje como una experiencia para reinventarme. El mejor homenaje que le podía hacer a mi hermano pequeño era reconducir mi vida hacia hábitos más sanos y el malestar de aquella mañana me confirmaba que lo necesitaba. Nunca estuve de acuerdo con su forma de vivir sin estabilidad laboral ni de residencia, de gasto continuo sin ahorrar, viajando constantemente de un lugar para otro, dejándose mucho dinero en el deporte, pero siempre había admirado su alegría permanente y su carácter sano y vital.

En mi vagón apenas llevaba compañía, casi no presté atención al paisaje, aunque noté cómo cambiaron los colores al entrar en el País Vasco. Tras pasar una cordillera montañosa todo se tornó de un verde intenso, era un día nublado de contrastes, fue al aproximarme al primer destino cuando empecé a tener la sensación de que no estaba ante un viaje cualquiera, algo especial me subía por el estómago, miraba aquellos paisajes nuevos sin dejar de echarle ojo a la mochila que llevaba de compañera en el asiento junto a mí.

Por unos momentos, en aquel tren me sentí un poco menos yo y un poco más Juan Carlos en uno de sus viajes. Siempre habíamos sido polos opuestos: él alocado, viviendo al día, dejándose llevar por los impulsos; yo en cambio era el trabajador planificado, el estudioso, el que apenas dejaba nada a la improvisación, el que se estresaba para que todo cuadrara y se enfadaba cuando me cambiaban los planes. Sin embargo, aunque este viaje no estaba previsto, aunque tuve que improvisar unas vacaciones en el trabajo en pocas semanas y aunque tenía por delante noches en las que no sabía ni siquiera

donde dormiría, lo asumí como algo que tenía que hacer por mi hermano y por mi madre, al estilo Juan Carlos Parejo.

Al llegar a la estación de Zarautz tomé un taxi para ir hasta el hotel, un establecimiento dos estrellas en una plaza céntrica. Soltaría el equipaje, también la mochila marrón, y tomaría el tren de cercanías hasta San Sebastián. Eran las cosas que no entendía de mi hermano. Si iba a San Sebastián no entendía por qué reservaba el hotel en Zarautz.

Pedí al taxista que esperase. Efectivamente, el hotel estaba en un lugar céntrico, tenía una taberna en la planta baja bastante ambientada a aquella hora, recordé entonces que no había comido nada, pero no podía entretenerme porque el taxi estaba aguardando. Durante el trayecto en taxi escuché parte del noticiario de Radio Euskadi, el conductor no pronunció palabra aparte de preguntar el destino cuando subí. Los locutores leían las noticias en español, aunque lo hacían a un ritmo más lento al que estaba acostumbrado en las emisoras nacionales. Al llegar a la estación, pagué lo que marcaba el taxímetro y me bajé de aquel vehículo Mercedes. Como tenía unos minutos de margen me compré un bocadillo en la cafetería que empecé a devorar mientras esperaba al Euskotren. Cuando llevaba la mitad, sonó el teléfono móvil.

—Hola Alberto, soy Silva, el abogado ¿cómo va todo? —empezó diciendo al teléfono la persona que se estaba encargando de seguir todo el caso de la muerte de mi hermano. La tardanza en conocer los resultados de la autopsia y aquel descubrimiento del cáncer, me impulsó a encargarle que siguiera el asunto con la investigación posterior sobre el coche y todo lo que correspondía a la herencia, aunque bien sabía que mi hermano no tenía propiedades ni apenas dinero. Silva era además amigo de Juan Carlos y llevó bastante bien algunos asuntos de mi familia cuando murió mi padre.

—Pues ya sabes, aquí tirando, me coges en el País Vasco.

—Entonces te cuento directamente por teléfono. La Guardia Civil va a cerrar el caso de tu hermano, al parecer ya han concluido que el coche no sufrió fallo mecánico, que todo se debió a un volantazo, con derrape y salida de la vía.

—¿Un volantazo en una recta sin presencia de otros coches?

—Eso es lo que pondrán en el informe, así que con eso no tiene sentido demandar a nadie, ni a la marca, ni al dueño del coche.

—¿Pero no era un coche de alquiler?

—Eso pensábamos, pero al parecer pertenecía a un particular.

—¿A un particular? ¿era un coche robado?

—No, parece que el coche era de alguien que conocía a tu hermano y se lo había prestado, lo que ocurre es que no sabremos quién es exactamente hasta que recibamos el atestado, ahora con la investigación finalizada se podrá solicitar.

—Realmente con lo que me cuentas ya no sé si quiero saber más o no ¿sabes? Voy camino de Fisterra, que era hacia donde iba mi hermano aquel día, mi madre quiere que deposite allí sus cenizas, creo que lo mejor para todos es que con esto nos olvidemos definitivamente de lo ocurrido.

—Yo haré lo que me digáis, de todas formas no perdemos nada con ver el informe.

—Me parece bien. Haz lo que tengas que hacer. Venga, cuídate Silva, buenas tardes —y colgué.

6. Un paseo por la concha

Hermano, te escribo apoyado en la barandilla de la playa de la Concha. Bajo mis brazos hay más que un trozo de metal, son 271 tramos de barandilla con historia, forjados a conciencia y que vienen de la época llamada la Belle Epoque donostiarra. Fue inaugurada por el rey Alfonso XIII en 1916 como parte del paseo litoral después de que se empezara a poner por tramos en 1910. A mediados del siglo XIX la reina Isabel II comenzó a veranear en San Sebastián, precisamente desde esta ciudad partió hacia su exilio en Francia en 1868. Posteriormente, la reina María Cristina continuará con la tradición y siendo regente trasladó toda la corte hasta aquí cada verano. De esa época son muchos de los edificios más emblemáticos de la ciudad, uno de ellos el Palacio Miramar, finalizado frente a La Concha en 1893, pero también el Casino o el Teatro Victoria Eugenia. Gracias a la realeza, la ciudad prosperó urbanísticamente, pero lo que son las cosas, también sería aquí donde se gestaría más tarde el Pacto de San Sebastián donde se acordó la estrategia para proclamar la Segunda República Española. (Espero no haberte aburrido con esta pequeña pincelada de historia).

Esta barandilla fue desmontada tramo a tramo en 1999 para su restauración. Hoy sigue siendo testigo del tiempo, de baños, tormentas y días de sol en esta bahía con forma de concha que separa a la playa y el paseo más famosos de España. Frente al Cantábrico, con el monte Igueldo al oeste y el Urgull al este, te saludo desde este mar que entra con aguas mansas en una playa que se extiende hasta el Peine del Viento tras surcar el Paseo Nuevo, el de la Concha, Miraconcha y Ondarreta. Si alguna vez vienes por aquí, olvídate del reloj, del teléfono móvil y pon tu mente en blanco. Surca todo el paseo rozando de vez en cuando esta barandilla y a la vez la historia de España, deléitate en una playa con sabor de hace un siglo que mira a una ciudad muy particular. Alberto, un abrazo de tu hermano desde San Sebastián.

Media hora tardó el tren en llevarme hasta San Sebastián a través de una

vía situada entre el río Oria y la carretera nacional pasando por algunos diseminados hasta entrar en el casco urbano de San Sebastián. Eran las cuatro de la tarde y tendría aún unas tres horas para pasear por la ciudad, aunque tampoco me preocupaba que cayera la noche, de hecho era algo que me gustaba.

San Sebastián no es una ciudad para caminar deprisa, aunque en mi caso no contaba con mucho tiempo. Tomé un plano en un mostrador de la propia estación donde me dieron algunas indicaciones, pero caminé sin mirarlo. Una avenida me fue marcando el paso, no notaba excesivo frío aquella tarde, aunque los viandantes iban muy abrigados. Cruzé un puente para pasar al otro lado del río, el entorno tenía aires decimonónicos, de edificios señoriales, aunque en algunos momentos se daban contrastes como el del enorme centro Kursaal, un gran cubo contemporáneo que contrastaba con el cercano teatro Victoria Eugenia. A su altura giré a la izquierda y tras transitar por unas calles algo más estrechas, me recibió la playa de la Concha.

Un viaje es una sucesión de impactos, cada lugar es una embestida de la que sanas, pero cambia algo; unos paisajes te cambian más que otros y desde que llegué a la Bahía de la Concha tuve la sensación de que aquel paseo me dejaría huella. Los aires del pasado de aquella ciudad se hacían notar en mayor medida allí, el mar parecía de óleo azul, las barquitas ancladas apenas se movían, la tranquilidad de la arena solo era rota por algunos deportistas que cruzaban corriendo, algunas luces empezaban a encenderse en el monte Igueldo y una sensación de humedad se hizo presente en mi rostro. Me abroché hasta arriba la cremallera del cortavientos y caminé sin ser muy consciente de hacia donde. Aunque el mar estaba tranquilo se escuchaba un rumor de olas, había algunos paseantes, pero el ambiente era sosegado. Era sorprendente como el tráfico cercano apenas se oía, el progreso daba en la Concha una tregua para que siguiera reinando una playa del pasado, de soportales y farolas por las que no pasaba el tiempo.

La Concha era un remanso de paz en la ferocidad del Cantábrico, así me la había descrito mi hermano. Era la misma ferocidad que volvía a aparecer en los días de mar agitada en el Peine del Viento. Aunque lejos, no me importó seguir caminando hasta las esculturas de Chillida porque además empezaba a atardecer y la atmósfera que se estaba creando en aquel paseo era espectacular, una lástima no poder por el frío ni mojarme los pies porque habría sido aún mejor. Pero la Concha en invierno seguía siendo espectacular, con la mayoría de locales cerrados cobraba un aspecto desértico en algunos

puntos, más magia bajo un cielo que se tornaba rojizo en sus zonas más bajas y que se iba azulando hacia arriba. Sumergirse en un paisaje, la tierra que se te incrusta cuando solo llevas una hora en el lugar, caminar sin pensar en nada más ¿eran esas las sensaciones de mi hermano cuando viajaba? Si era aquello empezaba a comprender su obsesión por viajar solo, con su cámara de fotos colgada del cuello, la misma que yo hubiese querido tener en aquel momento para desde el centro de la playa hacer una toma panorámica del atardecer en la Concha, escoltada por las montañas, con la isla de Santa Clara, las barquitas amarradas y el impasible paso del tiempo acariciando las almas de las pocas personas que estábamos allí en aquel momento. Pero en aquel paseo entre la Concha y Ondarreta me deshice de mis temores de un viaje sin organizar, con aquellas vistas poco importaba, solo tenía que caminar y disfrutar.

Con la última luz del día llegué al Peine del Viento, anteriormente había dejado la parte más urbana de la playa para continuar por su extremo más apartado y tranquilo. Poco a poco vas adivinando sus formas, vas deseando acercarte, tu corazón palpita al ritmo del mar que mece aquella costa que se funde con el cielo. El conjunto de tres esculturas de Eduardo Chillida resaltaba sobre la roca con un fondo de cielo rosáceo que cada vez se apagaba más. Hacía frío, pegaba más fuerte el viento, aunque no era un día de mucho oleaje. Una lástima que la luz se estuviera marchando, aunque aquella penumbra generaba un ambiente muy especial, diferente según cada ángulo. El hierro, la roca y el agua rasgando el viento con formas serpenteantes, sin un sentido aparente, pero que le daban todo el significado a aquella ciudad bañada por el Cantábrico. La separación de las esculturas y su ubicación parecían puro azar, pero generaban en sí un orden, un esquema de difícil explicación, pero con aires premeditados.

Miré el reloj, marcaba las ocho y media de la tarde y había caído la noche. A aquella hora ya no quedaba casi nadie por el Paseo Marítimo, la temperatura había bajado bastante y ya sí empezaba a notar frío. Tras mirar el plano para trazar la ruta hasta la estación, aún saboreando aquel paseo por la Concha, me despedí de aquella visita fugaz a San Sebastián, tomé el tren que ya esperaba al entrar en la estación y volvería a Zarautz saboreando aún las sensaciones, mirando a aquellas gentes privilegiadas por vivir donde vivían. Era solo el principio de mi viaje.

Resultó que la propia taberna del hotel tenía unos pinchos espectaculares, buen vino y buenos precios. Tras pagar la cuenta miré el reloj, eran las 23.30

horas, pero no tenía la sensación de estar excesivamente cansado pese al trayecto en tren y toda la caminata por San Sebastián. Me asomé a la plaza y hacía menos frío del que esperaba, así que decidí dar un último paseo, en apenas tres minutos caminando llegué a la playa de Zarautz. Tan solo tuve que cruzar dos calles, la carretera principal y tras los edificios se encontraba el mar. Era una playa muy extensa, de varios kilómetros, ancha y de arena fina. Mirando hacia la oscuridad de las aguas, la playa estaba escoltada a su izquierda por una montaña poblada de una intensa vegetación, solo rota por la carretera. En el lado opuesto, más alejado a mí, se levantaba otro monte que tenía un espectacular acantilado. A mi espalda había un edificio bastante grande y antiguo de piedra, que contrastaba con el resto de edificaciones de varias plantas más modernas. Había un gran desnivel desde la amplia zona para pasear hasta la arena de la playa salvada por un muro de piedra. La iluminación daba al paseo en aquella noche de invierno una ambientación muy particular. Mientras disfrutaba de aquel espacio en completa soledad, lo noté de repente.

Fue al quedarme tranquilo, parado tras un día lleno de cosas nuevas, de impactos, de lugares por descubrir, un día que había pasado rápido. En aquel momento de calma, llegó una desagradable sensación que ya era familiar para mí.

A veces lo llamaba necesidad de olvido, en otras ocasiones soledad, pero se repetía cada noche en forma de punzada en el pecho. Lo fui dejando correr desde el principio, sin ir al médico, y fue apareciendo cada noche sin solución, tan solo encontraba alivio entre vasos de ginebra y caladas de cannabis. Sentía aquellas punzadas desde hacía unos años. La primera vez fue el día en el que mi pareja, Luz Villalba, salió de casa con sus maletas, dejando en el aire el eco del paso de sus tacones en dirección a la puerta. Lo hizo sin despedidas, aunque con preavisos a los que no hice caso, llenando de soledad el piso y mi vida, vaciando mi pecho, que pedía un remedio a diario.

El paseo marítimo de Zarautz me ponía a prueba por primera vez en aquel viaje. De camino hasta allí había visto una taberna abierta, incluso el bar bajo la pensión me habría servido para tomarme un par de copas, pero respiré profundamente aquel aire salino, busqué alguna estrella asomando en el cielo y me convencí de que tenía que cambiar mis hábitos de vida. Caminé despacio intentando pisar firme a cada paso de vuelta a la pensión, las calles estaban completamente vacías y ya apenas quedaban luces encendidas en los edificios, era más de medianoche. Al subir a la habitación, me miré en el espejo, era yo

quien estaba allí, aquel hombre alto y de cuerpo que rozaba lo atlético pese a que no hacía mucho deporte. Mi rostro bajo el pelo corto y moreno, mantenía su mandíbula marcada bajo una nariz y una boca equilibradas. Pero las arrugas habían hecho aparición en mi rostro, tenía ojeras y unas ligeras canas en mis sienes, tenía 35 años y no había sido consciente de que mi ritmo de envejecimiento se había incrementado últimamente. Pensé entonces en mi madre y en que era el único familiar directo que le quedaba, estaba demacrado, pero en el fondo me alegré de que había tomado la decisión correcta al irme a dormir con el único alcohol en sangre de la copa de vino que me había tomado con los pinchos de la cena.

7. Zarautz-Santander

No iba a ser un viaje recorriendo el Cantábrico punto por punto, mi hermano daba saltos extraños en el mapa y de Zarautz pasaba directamente a Santander saltándose Bilbao y el resto del País Vasco con el autobús como única opción de transporte. Eso sí, sabía que en Santander al menos pasaría tres días fijos, ya que Juan Carlos lo utilizó como lugar desde donde moverse por los pueblos de Cantabria. Sin embargo, antes de salir tendría que buscar habitación para pasar aquellos próximos días en Santander usando mi *tablet* y la wifi del hotel. Fue lo primero que hice tras ducharme y usé la información que me daba mi hermano en uno de sus correos electrónicos incluso para conseguir localizar el *hostel* en el que él había pasado también tres noches.

«Se duerme en literas en habitaciones que algunos días son compartidas, pero es económico, céntrico y desde su sala de estar hay vistas al mar, el balcón mira justo a la rotonda del Palacete del Embarcadero», decía uno de sus mensajes que yo leí con cierto desagrado, ya que siempre acostumbraba a alojarme en buenos hoteles con todas las comodidades y en Santander tendría que afrontar habitación y baño a compartir con desconocido. Me había despertado relativamente temprano, así que antes de desayunar, me pude permitir volver a caminar hasta el paseo marítimo, quería disfrutar de las vistas de la playa con la luz del día. El mar estaba agitado, un surfista aprovechaba para coger algunas olas, estaba ligeramente nublado, todo el entorno generaba intensos contrastes entre el verde de la montaña, el mar, el cielo con nubes y la arena de la playa de un amarillo muy claro. Era la misma playa que había visitado en la noche anterior, pero no el mismo paisaje ni el mismo ambiente, la playa parecía incluso más grande, mi estado de ánimo era además mejor aquella mañana, por primera vez en meses no me había despertado con resaca, me sentía ligeramente más libre y me entraron ganas de reemprender la ruta.

Antes de volver a la pensión paré a desayunar en un bar que encontré de camino, las calles mostraban bastante actividad, padres e hijos en dirección a los colegios, servicios operativos barriendo las calles, tenderos abriendo sus establecimientos... todo se reflejaba también en el interior del bar, entre tertulias en euskera y lectores de periódicos. Tras aquel café con tostadas y

zumo de naranja, recogí la maleta, la mochila marrón y me dirigí hasta la estación de autobuses, me quedaban por delante unas horas de carretera hasta Santander donde llegaría pasado el mediodía.

Como la noche anterior me había acostado tarde y había despertado temprano con el objetivo de cerrar la reserva en el *hostel* de Santander, dormí durante casi todo el trayecto en autobús, aunque más que dormir estuve en ese estado de duermevela en el que escuchas los sonidos de tu alrededor, pero no eres muy consciente de lo que ocurre a tu lado, un plácido estado en el que supe que pasamos cerca de Bilbao y pude darme cuenta del momento en el que nos adentramos en la ciudad de destino hasta la estación de autobuses, que no quedaba lejos de la pensión en la que me hospedaría los tres próximos días.

Durante el desayuno había estado repasando el cuaderno de viaje que había tomado con las notas extraídas de los correos electrónicos de mi hermano, aquella tarde la dedicaría a pasear por Santander y al día siguiente recorrería algunos pueblos de los que me hablaba mi hermano y en los que se había hecho algunas fotos, algunos de la parte oriental, otros de la zona occidental y Potes en el interior.

Pero además era Santander, la ciudad de aquella chica que conocí fugazmente en París, Minerva. Mentiría si dijese que no me apetecía verla por lo que en mi estancia en Santander me planteaba también llamarla por si había posibilidad de quedar con ella para al menos tomar una cerveza.

La estación de autobuses era un edificio de aspecto destartado tanto en su interior como en el exterior, en una plaza rodeada por edificios en cuyos bajos había bares populosos y algunos comercios. Consulté en el teléfono móvil la ubicación de la pensión y recibí con agrado que apenas tenía que cruzar una manzana, estaba en una de las perpendiculares con la calle Isabel II, la cual desembocaba directamente en la zona del puerto. El *hostel* se encontraba en la primera planta de un antiguo edificio cuya parte trasera tenía vistas al mar. Al subir por la escalera noté un fuerte olor a pintura, llamé al timbre del *hostel* y me recibió un hombre joven que me acompañó hasta la recepción.

—Perdona, estaba pintando un poco, estamos haciendo alguna renovación —se disculpó al salir a recibirme.

Le dí mis datos y me acompañó hasta una habitación en la misma planta, la única del *hostel*, de pasillos reducidos y baño compartido. Me explicó cual sería mi habitación, advirtiéndome que aquella noche en principio estaría solo, pero en las siguientes podría compartir, era una habitación con cuatro camas en dos literas, muy reducida. Me enseñó la ubicación del baño, la sala

de estar, el espacio para el desayuno y las comidas donde se podía utilizar un frigorífico y un microondas. Me recitó algunas normas del funcionamiento del lugar, de apariencia impecable en cuanto a su limpieza y de estética moderna pese a estar en un edificio con bastantes años.

Con sensación de agobio al ver donde pasaría aquellas noches, tras soltar el equipaje, bajé a la calle. Eran las 13.30 horas, por lo que decidí pasear guiado por mi propio instinto hasta encontrar un lugar donde almorzar. Hacía frío aquel día en Santander, que me había recibido con el cielo nublado. Los comercios empezaban a cerrar, había mucha gente por las calles a aquella hora, el tráfico era intenso, la ciudad tenía una actividad que se desarrollaba en un entorno de edificios de imagen señorial con tiendas donde se mezclaban las de aspecto tradicional, con otras de franquicias y sucursales bancarias. Caminé recto por Isabel II hasta llegar a una plaza rotulada como Plaza del Ayuntamiento. Continué subiendo por la misma avenida y en ese momento comenzó a llover, lo que no parecía afectar al ritmo de la ciudad. Se abrieron algunos paraguas, pero otras personas caminaban al descubierto, ya que se trataba de una lluvia muy fina. Yo iba desprovisto de cualquier protección, por lo que aproveché el primer bar que encontré para meterme en él a comer.

Aquel bar podía ser cualquiera de los que solía frecuentar en Madrid. Pizarras donde se anunciaban algunas propuestas culinarias, fotografías de platos combinados y mucho ajeteo de camareros y clientes entre los que se encontraban de pie en la barra o sentados en la mesas de un salón no excesivamente amplio. Ocupé una mesa aprovechando que un par de hombres acababan de dejar su sitio y pedí una caña y una ración de rabas ^[1]. El producto era muy fresco, la fritura estaba con un punto espectacular y me supo a gloria. Con el estómago lleno, decidí tomarme un café mientras saqué el cuaderno y volví a consultar las notas que había hecho aquella mañana en torno a los movimientos del viaje de mi hermano que debería seguir.

Estaba a gusto, pero había dentro de mí algo que me inquietaba. Seguía teniendo en mente el recuerdo de Minerva, la chica pelirroja perdida en París, estaba en su ciudad, su presencia en mi memoria se había hecho más fuerte desde que pisé Cantabria y, después de varios titubeos mirando su número en el teléfono móvil, decidí llamarla. Le eché algo de valor, marqué los nueve dígitos, pero me encontré con que tenía el teléfono desconectado. Tocaría intentarlo más tarde.

En el exterior seguía lloviendo, no lo hacía con mucha intensidad, pero el

día se había puesto desapacible, eran algo más de las 3 de la tarde y no sabía muy bien que hacer en ese momento en Santander, así que mi reacción fue la de correr hacia la pensión intentando protegerme todo lo posible bajo los tejados y toldos por la acera. En apenas 10 minutos y sin estar muy calado estaba entrando en el edificio de la hospedería. Fui directamente a la habitación donde me quité la chaqueta, los zapatos y me tumbé en la cama. Con aquel mal tiempo probablemente no podría cumplir lo trazado en las notas del viaje para los siguientes días. Entre aquellas cuatro paredes que me daban una leve sensación de asfixia y sobre una cama pequeña, confirmé que el optimismo con el que comencé el día había desaparecido. Noté la soledad cargando sobre mí, eché en falta tener a mano un canuto o una raya de coca. Mi única respuesta fue la de llevar mis manos hasta el teléfono móvil para marcar el número de Minerva, pero seguía desconectado. Me levanté y di algunas vueltas por la habitación, volví a tumbarme en la cama, totalmente boca arriba, tomando aire y expulsándolo lentamente para intentar calmar la ansiedad. Cogí un libro que llevaba en la mochila y que todavía no había empezado, entre aquellas primeras páginas de *El Maestro del Prado* de Javier Sierra, me quedé dormido.

Carboneras, 1989

Era un soleado día cuando Juan Carlos y yo, aún unos niños, paseábamos por la playa de Carboneras en dirección al puerto. Un gran buque entraba en ese momento a atracar. Mi hermano empezó a saludar al barco, mientras a nuestro alrededor, de repente, empezó a llegar mucha gente aclamando a los pasajeros que saludaban desde el buque, de aspecto clásico y con dos grandes chimeneas de las que salía humo. El barco se detuvo a unos metros del muelle y la gente se agolpó a nuestras espaldas esperando en silencio. Justo en ese momento, Juan Carlos me hizo una señal con el codo, se quitó la camiseta y se subió en una de las rocas del espigón para lanzarse al agua haciendo un giro horizontal antes de caer al mar y volver a salir rápidamente.

—¡Hermano, tírate tú también que está el agua muy buena y hay que demostrar a estos forasteros cómo somos la gente de Carboneras! —gritó Juan Carlos con su aniñada voz de crío de 7 años.

No le hice caso y mi única reacción fue coger su camiseta y sentarme en una de las rocas intentando que a mi hermano se le pasase rápido aquel momento de locura, el segundo salto fue de cabeza, entrando perfectamente estirado en el agua y casi sin salpicar, de repente empecé a escuchar aplausos

entre la gente que se arremolinaba cerca.

—¡Venga Alberto, vamos a hacerlo los dos a la vez! —siguió gritando antes de dar una voltereta tomando mucho impulso y levantando una nueva ovación ante el público— ¡Eres muy grande, te crees muy mayor, pero eres un cobarde! —me decía Juan Carlos desde el agua, mientras yo trataba de mirar hacia otro lado y notaba como las miradas de todo el gentío que había acudido al lugar se me clavaba con gesto de decepción y creyendo escuchar algunos abucheos hacia mí.

Con sensación de frío y de haber estado durmiendo varias horas desperté en la cama inferior de una de las dos literas de la habitación de la pensión. Sin embargo, apenas había pasado media hora desde que me puse a leer. Un sonido me había despertado, era mi teléfono móvil, tenía un mensaje de Minerva:

«¡Hola Alberto! He visto que tenía llamadas perdidas tuyas, me alegra que te hayas acordado de mí ¿Qué querías?».

Le contesté diciendo que estaba en Santander y si le apetecía quedar para tomar algo y echar un rato de charla.

«Me encantaría, pero hasta dentro de tres días no estaré por allí, estoy en Madrid con un trabajo temporal ¿Hasta cuándo te quedas? ¿Dónde te hospedas?».

Solo me quedaría en Santander dos días más, por lo que descarté la opción de poder verla, le expliqué que me marcharía el miércoles, le hablé algo de mi viaje, del *hostel* en el que estaba, pero me contestó que entonces tendríamos que dejarlo para otra ocasión.

La imposibilidad de ver a Minerva suponía una decepción que llegó en un momento extraño debido al sueño que acababa de tener recordando una situación del pasado. Tenía recuerdos de mi infancia en la playa con mi hermano, siempre él mucho más atrevido pese a ser menor que yo. Aunque no recordaba grandes buques como el del sueño entrando en el Puerto de Carboneras ni un gran público aplaudiendo sus saltos al agua, sí me solía echar en cara lo de cobarde bastante a menudo con toda la razón porque nunca me atreví a saltar al agua desde el espigón.

Me habría podido quedar en Santander un día más para poder quedar con Minerva o incluso podría haberla invitado a continuar el viaje hacia Fisterra conmigo, casi no la conocía, pero la deseaba. Sin embargo, como en los días de infancia en la playa, me faltó valor.

8. Los raqueros de Puertochico

Hermano, si miras en un mapa el lugar donde se ubica Santander podrás ver que su bahía está muy protegida del mar abierto. Fue en la zona norte de la bahía y dando la espalda a los temporales del Cantábrico donde se estableció el núcleo primitivo de la ciudad, en el cerro de Somorrostro.

El nombre de Santander procede de la evolución del nombre de San Emeterio, que junto a Celedonio fue un mártir decapitado en los primeros siglos del Cristianismo por no confesar su fe. Sus reliquias fueron transportadas en una barca de piedra, dando la vuelta a la península protegidas de los musulmanes hasta chocar en Santander y quedarse aquí. Esas mismas reliquias están en la catedral, que precisamente se encuentra en el cerro de Somorrostro sobre la base de otras construcciones más antiguas. Sin embargo, si observas su entorno, tiene construcciones nuevas. La mayor parte de la ciudad vieja fue destruida por un incendio en 1941. Durante dos días de fuerte viento, el fuego se propagó arrasando 37 calles. Tras el incendio, hubo que crear nuevos barrios en el entorno para alojar a las familias que perdieron su vivienda, configurando buena parte de lo que es el actual centro de Santander, una ciudad llena de contrastes, llena de vida comercial y residencial en su centro, industrial cuando te adentras hacia el sur de la bahía y llena de espacios de calma y sosiego cuando te asomas al Cantábrico. Deberías visitarla hermano, si quieres, por aquí estoy.

Había dejado de llover, aunque el cielo seguía mostrando algunas amenazas. Aquellas nubes grises parecían cargar deseos de cambio, ceder en una tarde pálida a un cielo más azul. Sin embargo, y aunque el tiempo había mejorado entrada la tarde, había perdido parte de las ganas de visitar aquella ciudad en la que me había ilusionado con la posibilidad de reencontrarme con Minerva, sobre todo porque era la primera vez que viajaba solo, no sabía muy bien cómo organizarme y estaba en una ciudad desconocida. Me aseguré de que mi taquilla se quedaba bien cerrada, ya que en su interior estaba la mochila marrón. Tras hacerlo, salí a la calle buscando la visita turística más

cercana que pudiera tener y opté por la catedral. La rodeé, hice algunas fotografías con el teléfono móvil y ya me llamó la atención su forma, distando en apariencia de las catedrales típicas de otras ciudades de España, de hecho, eran dos iglesias adosadas la una a la otra y en cuesta, aprovechando la construcción el cambio de relieve. Entré en la que estaba abajo, la cual se encontraba abierta. Era un templo sin excesivos detalles en el que me sorprendió la escasa altura de sus techos, después a la salida una feligresa me contó que aquella zona era lo que se conocía como la cripta y que tenía unas cabezas de plata que guardaban las reliquias de los mártires San Emeterio y Celedonio, a quienes conocía por la explicación que me había dado Juan Carlos en su correo electrónico y que había leído aquella mañana en el autobús.

Sin entender mucho de arte, me dio la impresión de ser un templo de estilo muy medieval, bastante singular. Después de una rápida visita, miré el móvil buscando en el navegador algún otro punto de atracción turística cercano y opté por acercarme a los Jardines de Pereda donde además se ubicaba una oficina de turismo. Estaba cerrada, así que opté por seguir paseando por aquellos tranquilos jardines un martes de invierno por la tarde. El atardecer se estaba poniendo bonito, las nubes dejaban pasar los rayos de sol a duras penas, haciendo unos contraluces bastante atractivos. Me moví con tranquilidad por aquella amplia zona ajardinada de agradable paseo, de aspecto moderno por su reciente remodelación. Continué de frente saliendo al paseo marítimo y algo me llamó la atención junto al mar. Estaba llegando al club náutico y justo al borde del mar había cuatro estatuas en bronce de unos niños, dos estaban sentados, otro mirando al mar y el cuarto lanzándose al agua, estaban desnudos. Me acerqué a una placa que los nombraba como *Los raqueros de Puertochico* en la que explicaba que eran niños pobres o sin hogar que subsistían a base de recoger monedas que los turistas les tiraban al mar en torno a finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Al verlos y al leer aquel texto la piel se me erizó, recordé de inmediato el sueño que tuve aquella tarde en el que mi hermano se lanzaba al agua a la vista de todo el mundo, tenía cierta relación y no dejaba de ser curioso encontrarme con aquellas figuras tan solo unas horas después. En gran medida sentí algo de lástima por aquellos niños que más de un siglo antes habían pasado hambre y se habían ganado la vida siendo la atracción de la gente de la época, sin duda a mi hermano y a mí aquello nunca nos había ocurrido, es verdad que crecimos en una familia humilde, pero nunca nos faltó de nada y nuestros padres se

habían esforzado mucho para que ambos pudiéramos estudiar.

Pensando en aquellos niños, en mi hermano y en mi madre, a quien llamé contándole lo que me había ocurrido, se me hizo de noche. Tras una cena más bien ligera en un restaurante de la zona, comencé a caminar hacia la pensión por uno de los laterales del Paseo de Pereda. Sin embargo, había algo que me hacía ralentizar mi paso. Otra vez aquella punzada en el pecho, otra vez aquella sensación de decepción, otra vez las preguntas acerca de qué hacía allí y qué era mi vida. Me giré a la derecha y al otro lado de un ventanal una pareja estaba tomando bebidas en copa de balón, era un bar y entré en él. Se trataba de un pub de ligero aire irlandés, de cierta amplitud, con la barra justo frente a la entrada y un salón con numerosas mesas y dos ventanas con amplias cristaleras al exterior. En el interior solo estaba la pareja que había visto desde el exterior, mientras que una chica joven miraba el teléfono móvil detrás de la barra. Al verme entrar, dejó de mirar la pantalla, levantó la cabeza y me sonrió. Yo me acerqué a la barra y le pedí una ginebra Bombay Shapire con tónica, aunque justo al mencionárselo sentí la culpa, culpa, pero no arrepentimiento ¿Qué otra cosa iba a hacer a las diez y media de la noche en Santander sin ninguna compañía? Me sirvió la ginebra en una copa con bastante hielo, abrió la tónica y la vertió utilizando una cuchara trenzada y terminó acompañando la copa por un trozo de cáscara de limón. Volvió a sonreír una vez que el cóctel estaba listo y le devolví la sonrisa, eché la mano a la copa y al notar el primer contacto de aquel líquido frío y amargo en mi boca algo se removió en mi interior. El palpito en el pecho se hizo más fuerte, pero además, en seguida vino un recuerdo a mi cabeza.

Madrid 2011

Mi vida marchaba sobre ruedas. Era joven y ya tenía un trabajo como jefe regional en una gran compañía de seguros, eso sí, con unos horarios demenciales, que apenas me permitían desconectar, pero el salario era ingente. Tanto que me había podido comprar un piso y vivía con mi pareja. Luz Villalba había sido compañera en el instituto, nuestros caminos se separaron en la universidad, aunque nuestras facultades estaban cercanas y a veces coincidíamos para comer o en el metro, nunca perdimos el contacto y compartíamos algunos amigos en común. Todo terminó cuajando un verano durante una semana en la sierra con un grupo de amigos. Antes de aquellos días nos habíamos intercambiado algunos mensajes subidos de tono y en aquel chalet nos liamos entre barbacoas, baños en la piscina y alcohol. De aquella

semana en la sierra había pasado media década y ya llevábamos un año viviendo juntos, lo hicimos cuando me confirmaron el ascenso y pudimos tener tranquilidad económica suficiente, ya que aunque ella trabajaba como contable de unos negocios de alimentación, el alto precio de la vida en Madrid no ponía las cosas fáciles a una pareja joven. Fue justo un año después de emprender aquella nueva vida cuando ella cogió su maleta y se marchó, un año en el que aunque compartimos cama, vivimos menos momentos juntos que los cuatro años anteriores. Fueron meses en los que muchas noches llegué a casa y me encontré la cena fría sobre la mesa sin nadie en el comedor, en los que tuve que salirme de comidas con los amigos para atender llamadas de trabajo, en los que llegaba tan saturado a casa que era incapaz de pensar en el sexo, en los que probé la coca para intentar aguantar aquel ritmo que llevó a que mi departamento fuese el que más facturaba de España. Las cifras aumentaron al mismo ritmo al que decrecía la ilusión de aquella relación que terminó con una amenaza a la que no hice caso y con una nota donde confirmaba su marcha que leí al llegar colocado a casa. Fue a la mañana siguiente cuando realmente tomé conciencia de lo que había ocurrido y mi reacción solo fue ir al mueble bar y echarme un gin-tonic, refugiarme en aquel mismo sabor al que había regresado una vez más.

Me había terminado la segunda copa y la camarera dejó de mostrar la sonrisa que tenía cuando llegué. Ya no había nadie más en el bar, había recogido las sillas sobre las mesas y acercándome la cuenta sutilmente me invitó a marcharme. Con algo de torpeza, saqué la cartera del bolsillo, puse sobre la barra un billete de 20 euros, me dio el cambio y volví a salir al Paseo de Pereda. La calle estaba desierta y yo veía más nublado, pero seguía con el mismo dolor que me desgarraba por dentro y me quemaba en el pecho.

9. La Puebla Vieja

Despertar un miércoles y sentir cómo la vida vuelve a fluir. La luz de las farolas cediendo a la del sol, un ejército de nubes observando las hileras de niños cogidos de la mano de sus padres que se ocultan bajo la mochila, un quiosquero que ordena los periódicos del día, el aroma a café que emana de cada bar. Con la sensación de saber que la camarera cerrando el bar me había salvado de un final peor, comencé un nuevo día. El mundo había seguido girando, aunque hubiese notado que todo se paraba para mí sin encontrarle sentido a nada. Sin embargo, la actividad era la de cualquier mañana.

Desperté temprano e incluso antes del desayuno salí a ver los primeros rayos de sol, pude ver el despertar de Santander. Olía a mar, a pan recién tostado y a churros. La luz de aquel amanecer era muy similar a la de la tarde, seguía nublado y desde el extremo opuesto al que se ocultaron el día anterior, los rayos del sol volvían a hacer intentos por dejarse notar sin conseguirlo del todo, aunque generando unos singulares brillos en el mar y unos bonitos contrastes que me dejaron la mente en blanco por unos minutos.

Volví a la pensión donde me servían el desayuno. No estaba el recepcionista de la tarde anterior, sino una chica joven, morena de pelo liso por el hombro, delgada, de estatura media y que vestía el mismo uniforme que el recepcionista de la tarde, pantalón negro y camisa blanca. Se presentó como Gema y me sorprendió por hablar bastante más que su compañero.

—Llevo poco tiempo trabajando aquí, menos de un mes, la verdad es que me sorprende ver a gente que viaja sola ¿tú vienes solo no? —preguntó con gesto de interés mientras yo asentía— ¿Pero en tu caso vienes por trabajo o por algo especial o simplemente por gusto? —continuó preguntando.

—A mí también me sorprende, de hecho es bastante extraño que me aloje en un sitio como este, pero es una situación especial. Estoy haciendo un viaje en solitario por el norte de España, he venido a este hotel porque me lo recomendó mi hermano, estuvo aquí hace aproximadamente dos meses.

—Pues seguramente por poco no lo llegué a conocer, de momento estas semanas están siendo flojas y es fácil quedarse con las caras ¿tú de dónde eres?

—De Madrid, vivo en Madrid desde joven, aunque nací en Almería, mi

familia es de allí.

—Ya decía yo que notaba un acento con mezcla.

Mientras ella se marchó por un pasillo a seguir con su actividad, yo continué devorando el café y las tostadas mientras disfrutaba de la luz que entraba por los ventanales en unos instantes en los que el cielo había abierto un poco.

No tardé mucho en dirigirme a la estación de autobuses para poder seguir conociendo nuevos lugares del Cantábrico. Aquel día opté por visitar dos pueblos de la costa al este de Santander y que tuvieran una buena combinación en autobús, Santoña y Laredo.

El autobús me dejó en Santoña después de 50 minutos de trayecto. Aquella población me recibió con un casco urbano amplio de calles para pasear asemejando a una gran ciudad. Me dirigí siguiendo señales hacia la playa a través de unas calles bastante comerciales, la mañana era la de un día normal en cualquier otra ciudad, la actividad en el mercado, los comercios con gente entrando y saliendo, camareros preparando las pizarras en las puertas de los bares y paseantes en una y otra dirección. El arrepentimiento de los gin-tonics de la noche anterior ya estaba superado con una nueva promesa de no volver a repetirlo y había iniciado la mañana con ganas. Pasé de largo el cartel que indicaba la Iglesia de Santa María del Puerto buscando la salida al mar que pronto llegó. Me encontré con un paseo marítimo peatonal y amplio, con bancos modernos, contrastando con un embarcadero de madera que se abría a una zona de bahía estrecha, de hecho, frente a la costa de Santoña está la de Laredo, que por la tarde vería.

El cielo estaba en aquel lugar más plomizo, un gris estable que no daba sensación de movimiento alguno. El agua del mar tenía un ligero color verdoso, acariciando una arena de un tono peculiar, algo anaranjado. No había ni un alma a aquella hora en el paseo marítimo, bastante largo. A la izquierda, la bahía se abría totalmente al Cantábrico, siguiendo ese curso por la orilla resaltaba una construcción similar a un castillo, hasta ella dirigí mis pasos, el fuerte San Carlos decía un rótulo. Subí por una escalinata y posteriormente a una calle en pendiente hasta la zona superior, mejorando algo las vistas de la bahía. Estuve caminando por la zona, buscando diferentes vistas del mar, subiendo y bajando, haciendo el paseo marítimo prácticamente al completo, hasta que decidí regresar al casco urbano.

Era algo temprano para almorzar, aún no habían dado la una, pero me decidí por entrar directamente en uno de los bares de aquella calle comercial

por la que había transitado a la ida. Un par de hombres dialogaban sentados en una mesa cerca de la puerta, un camarero iba de un lado a otro por el interior de la barra, la televisión estaba encendida sin volumen y entraba además bastante ruido desde el exterior, pero unas grandes pizarras que anunciaban un buen surtido de pinchos con anchoa me hicieron entrar para tomarme alguno y si me convencían quedarme allí a comer. Y así ocurrió, con aquellos abundantes pinchos con anchoas de Santoña de base almorcé quedándome más que satisfecho. Además, el camarero me dio conversación sobre el pueblo y sobre la anchoa, que tal y como la conocemos en la actualidad fue introducida por una familia de sicilianos que llegó a Santoña entre finales del siglo XIX y principios del XX. Llegaron hasta el mar Cantábrico debido a que la pesca falló en sus aguas y necesitaban el pescado para satisfacer la demanda que tenían de los mercados europeo y americano. Los primeros filetes de anchoa en aceite se le atribuyen a un tal Giovanni. En aquellos tiempos, la anchoa se comía con mantequilla para suavizar su sabor salino. Giovanni se empeñó en venderla ya directamente preparada y envasada y montó la primera fábrica donde se limpiaba la salazón, se le quitaba la espina central fileteando la anchoa y se envasaba utilizando mantequilla derretida que posteriormente derivó a aceite. Así me lo explicó el camarero y con aquella historia llena de sabor salí de aquel bar.

No tenía ninguna foto de mi hermano en Santoña, de hecho sabiendo que no le gustaban las anchoas dudo que estuviera por allí, pero decidí que fuese una de mis paradas al estar de camino a Laredo de donde sí tenía una fotografía de mi hermano con una breve explicación de un pueblo que llamó marinero e histórico, especificando la serenidad en uno de sus miradores.

Hermano, deberías visitar la Puebla Vieja de Laredo para dar un paseo con historia. El 28 de septiembre de 1556 el emperador Carlos V desembarcó en este puerto justo antes de encaminarse hasta Yuste, en Extremadura, para su retiro. Llegó aquí aquejado de gota, pero también cansado y dolido por sus problemas políticos. Pero hasta este pueblo llegó la galera Espíritu Santo, con el rey, sus hijas María y Leonor y una escolta de 56 naves. Todos los años a finales de septiembre se celebra una fiesta para recordar aquel acontecimiento en el que barcos con gente vestida con trajes de época vuelven a desembarcar en el puerto y después se ponen hasta arriba de comer, emulando a Carlos V, conocido por su voraz apetito y gran consumidor de cerveza flamenca, sardinas ahumadas, salmón, angulas

y carne de todo tipo.

El autobús con dirección a Laredo iba lleno, el gran número de personas y lo alta que estaba la calefacción hizo que pasara calor y el ambiente estuviese muy cargado. El viaje se me hizo bastante largo, pero a las cuatro de la tarde, el vehículo se detuvo en un céntrico lugar de Laredo donde estaba la parada de autobuses. Por un lado tenía una gran playa, pero opté por introducirme hacia el casco urbano. De inicio tuve la sensación de dar un pequeño salto atrás en el tiempo. Relacioné el sitio con lo que me había escrito mi hermano sobre el desembarco de Carlos V. Aquel pasado de villa renacentista aún permanece vigente en la llamada Puebla Vieja de Laredo, su corazón histórico, una zona urbana que ocupa un pequeño monte ocupado por numerosos edificios señoriales y coronado por la iglesia de Santa María de la Asunción. Ya en la plaza de la zona baja me agradó un edificio con columnas y coronado por un reloj alrededor del cual vi bastante actividad de gente de diferentes edades. La tranquilidad fue en aumento conforme subía y giraba por diferentes calles, todas adoquinadas, donde bares y pequeños hoteles se habían instalado en edificios históricos.

Situado prácticamente en la cima de la Puebla Vieja, la iglesia también tenía un marcado aire medieval. Me introduje en el recinto. Lo hice a través de una verja abierta en una muralla exterior. Desde allí, a través de una escalinata, pude acceder a la entrada principal de la Iglesia, en cuya fachada destacaba su campanario. En su interior me llamó la atención un retablo, nombrado como de la virgen de Belén.

Tras aquella visita fugaz al templo continué ascendiendo por la Puebla Vieja en dirección, en primer lugar, al mirador de la playa de la Soledad. Ya me fui sintiendo solo una vez que había salido desde la iglesia, pero aquel ambiente desértico se fue consolidando mientras avanzaba. Volvía a hacer una tarde gris, no había llovido, pero siempre tenía la sensación de que podría empezar a gotear en cualquier momento; soplaban algo de viento que venía bastante frío y húmedo, el cual se intensificó mientras subía por una estrecha calle entre viejos muros de piedra cuyo final miraba hacia el cielo sin mostrar destino. Al tiempo que disfrutaba de aquel lugar tan diferente a lo que acostumbraba en Madrid, me subí todo lo que pude la cremallera de la cazadora de cuero con la que vestía y me apreté el pañuelo al cuello para protegerme de aquel viento. Subiendo por aquellos paisajes desconocidos llegué hasta el mirador. Frente a mí se abría un acantilado y abajo una solitaria y recóndita playa, bien flanqueada por acantilados y vegetación. Miré en el

teléfono móvil la fotografía de mi hermano por si aquel era el lugar, pero no, se veían edificios al fondo que no se observaban desde allí, así que continué buscando otro mirador. Empecé a entrever el posible lugar de aquella foto, seguí caminando en dirección a la Atalaya. No tardé mucho en llegar, pude ver que había unos restos arqueológicos con algunas señales que indicaban que estaban interviniendo en el yacimiento, pero lo que más me atrajo fue un nuevo mirador y sus vistas, un cartel lo denominaba como el mirador de la Caracola. En una zona muy elevada se podía ver la bahía de Santoña; el mar Cantábrico en panorámica y la villa de Laredo, entre acantilados y amplias playas, pero además en un entorno donde afloraban rocas erosionadas de origen volcánico. Era allí, volví a mirar la fotografía de mi hermano en el teléfono y coincidía con el lugar, estiré el brazo todo lo que pude para hacerme una foto prácticamente calcada, pero en la que salía yo. Al pasar de una a otra imagen vi que no solo estábamos en el mismo lugar, sino que el parecido entre los dos era bastante en una imagen en la que incluso llevábamos una chaqueta de cuero bastante parecida. Juan Carlos me había insistido muchas veces en cambiar mi forma de vestir en los dos últimos años. Yo siempre había sido de vestir formal y clásico, algo que aunque mantenía en el trabajo, había cambiado en mi tiempo libre, ya que por lo que él me decía, a las chicas le gustaban los chicos de aires rebeldes, tenía que aparentar ser más informal y lo cierto es que tenía razón.

Tras la fotografía me quedé observando un rato más aquel paisaje bajo un manto de nubes grises. Las olas parecían llegar a la playa con cadencia fija, acariciando la arena, mientras los altos edificios de Laredo miraban al Cantábrico. Justo al borde del acantilado, a mis pies, tenía el puerto de Laredo y a mi derecha se abría una amplia montaña verde en un bonito juego de contrastes. Saboreando aquel paisaje como lo habría hecho mi hermano y tras haberme acercado un poquito más a él, empecé mi camino de vuelta, no sin antes pisar la arena de la playa y escribir en ella: «Juan Carlos, te echo de menos».

10. Entre montañas

—¿Vas a Potes? Pues abrígate porque allí hace bastante frío, pero eso sí, es un pueblo bonito, se come bien y no dejes de dar un paseo por el río, cerca también está el santuario de Santo Toribio de Liébana, va mucha gente de peregrinación. —Gema me había hecho un resumen rápido del que sería mi destino de un nuevo día en Cantabria mientras me servía el desayuno por segundo día.

—Tengo que salir un momento a la calle, si sale algún otro cliente para desayunar ¿le puedes decir que no tardo? —me preguntó.

—Despreocúpate, yo me encargo.

En ese momento en el que dejó vacía la recepción del *hostel* con el ordenador encendido aproveché para acercarme y cerciorarme de si el lugar donde había estado mi hermano alojándose había sido aquel. El software era bastante sencillo, así que no tuve problema en hacer una búsqueda por cliente introduciendo apellidos, pero el único resultado que me apareció fui yo mismo que estaba alojado durante aquellos días, pero ni rastro de mi hermano. Algo extrañado, dejé la pantalla tal y como la tenía Gema y volví a la sala de estar para continuar desayunando.

—Mira que amanecer tan bonito tenemos hoy en Santander —entró Gema mostrando su teléfono móvil con una imagen en la pantalla del puerto con el cielo mezclando nubes y claros y un imponente contraste de luz.

Yo asentí y seguí dando cuenta de mi desayuno mientras ella continuó realizando tareas entre la cocina y la recepción, al tiempo que canturreaba.

Tras coger la mochila salí a la calle en dirección a la estación de autobuses, pero decidí dar un rodeo debido a que tenía suficiente tiempo. Decidí subir por el Parque del Agua, una zona ajardinada en pendiente donde había varias personas paseando con sus perros. Al coronar me encontré un vecindario de aires humildes, pero en uno de los edificios había un bonito y colorido mural pintado. Había subido hasta la calle Alta, avancé un poco más para ver un edificio de aspecto histórico, el Parlamento de Cantabria. Tras caminar frente a su fachada decidí volver y en ese retorno por la rampa de Sotileza me encontré con una nueva sorpresa, ya que había un mural repleto de palabras caligráficas en aluminio que había visto previamente en algunas

fotografías de la ciudad, pero que no esperaba justo allí, al sortear una curva. El texto estaba compuesto por fragmentos de la obra *Sotileza* de José María de Pereda. Tras leer algunas de las frases y el panel ilustrativo donde se citaba como autora de la intervención a Concha García y un amplio fragmento de la transcripción, continué hacia la estación de autobuses. «Santander es una ciudad que te sorprende a cada paso, tiene cosas al volver una esquina que no tienen otras ciudades españolas», me decía Juan Carlos en uno de sus correos electrónicos.

Con 5 minutos de retraso, a las 10.20 horas salía el autobús desde la estación de autobuses de Santander con destino a Potes, serían casi dos horas y media de viaje por el interior cántabro hasta el pueblo del Valle del Liébana. Una vez allí, además, no tendría mucho margen para recrearme en la visita, ya que llegaría en torno a las 12.45 horas y el último autobús de retorno a Santander salía a las 16.15 horas. Volvían a ser las cosas de mi hermano, que en uno de sus correos hablaba explícitamente de aquel rato que estuvo en Potes tras ir en autobús. Al salir de Madrid dije que me guiaría más por su intuición y sentido del viaje que por lo que yo pudiera pensar, así que me acomodé lo que pude en el autobús y me dejé llevar por la misma carretera que él surcó mientras consultaba en mi teléfono móvil los atractivos de Potes y de la región.

Tras salir del casco urbano, nos alejamos de la bahía de Santander y cruzamos Torrelavega. A partir de ahí, el autobús me introdujo en el interior rural cántabro en dirección a los picos de Europa. La carretera no era mala, aunque sí una nacional con algunas zonas más reviradas que otras. El tiempo se me pasó rápido observando el paisaje y fue cuando uno de los pasajeros me avisó de que estábamos llegando al desfiladero de la Hermida, ya que se lo había pedido cuando me monté en el vehículo. La carretera era la N-621, a un lado transcurría el río Deva y en un momento, se quedó todo sin espacio a los lados. Una vertical pared de roca se levantó por un lateral junto a la carretera y en el lado opuesto transcurría el río en un fuerte estrechamiento, también de la carretera, haciendo incluso que el autobús tuviese que parar para dejar pasar a un camión que venía de frente. Por un momento me llegué a asustar, ya que además la carretera en algunos lugares estaba escoltada por redes metálicas debido a que la zona solía sufrir desprendimientos. Pese al aparente peligro, el lugar era espectacular, todo un capricho de la naturaleza, el desfiladero más grande de España, en el que aquel autobús se introducía para llevarme por tierras lejanas al Madrid en el que vivía y mucho más lejos aún

de mi Almería natal.

Al bajar del autobús en Potes no me dio la impresión de que hiciese excesivo frío. El cielo se mantenía cubierto, pero el día tenía algo más de luminosidad que en Santander. Vi un pueblo de casas bajitas de piedra, tejados sobre los que humeaban chimeneas, todo rodeado por montañas con nieve en los picos más altos y verdes praderas en sus faldas. Me dirigí hasta un edificio que mostraba el indicativo de oficina de turismo, pero que además se mostraba como centro de interpretación, tenía apariencia de castillo, muy cerca también estaba la iglesia, escoltada en este caso por dos altas torres. En la oficina me dieron una indicación de los lugares para visitar, el monasterio de Santo Toribio quedaba algo lejos para mis posibilidades, sin tiempo para ir y volver caminando, por lo que me limitaría a ver el casco urbano, almorzar y pasear por el río como me había recomendado Gema. Visité también la exposición de usos y costumbres del edificio, con algunos documentos antiguos y muestras de la fauna del valle, había una terraza panorámica en la planta superior, pero estaba cerrada debido a la helada que cayó durante la noche y que dejó el piso resbaladizo.

Al salir de allí tenía ya hambre, así que mientras paseaba por las calles más céntricas del pueblo busqué algún sitio para comer, había muchos restaurantes que ofrecían menú a precios bastante económicos, todos anunciaban cocido lebaniego, así que me decanté por probarlo entrando en un acogedor restaurante que hacia esquina entre la calle principal y una coqueta callejuela. En su interior había una chimenea encendida y aunque solo había otros dos comensales, de partida el lugar me dio la impresión de ser bastante agradable.

Mientras esperaba la comida y veía a lo lejos cómo la camarera descorchaba una botella de vino, su perfil me recordó al de alguien con quien compartí momentos del pasado.

Madrid, finales de los 90

Ana no era la chica más guapa del instituto, aunque el paso del tiempo le sentó bien y estando aún en Secundaria era ya una mujer bien aparente, de pelo rubio y rizado, con ojos marrones y muy delgada. Había venido a casa a que le explicase uno de los temas de matemáticas. Después de quitarnos a mi hermano de encima con sus preguntas y cosas de adolescente, entramos en mi habitación. Mientras ella estaba sentada en el escritorio frente a los apuntes,

yo le explicaba desde atrás de pie. Aún recuerdo el aroma de su pelo, era una mezcla de cerezas y vainilla. Intentaba concentrarme en los sistemas de ecuaciones del libro, quería explicarlos de una forma amena, entre sonrisas, buscando que Ana los pudiera asimilar bien, aunque lo cierto es que el primer problema lo supo resolver a la perfección. Después de que también hiciera el segundo, le pregunté:

—Pero si te salen perfectamente ¿Cuál es el problema?

—Venir a repasar contigo me da buena suerte.

En ese momento me acerqué mucho más a su pelo, inspiré su aroma y se lo acaricié, ella se giró y buscó mi boca.

Justo cuando intentaba saborear sus labios, tres fuertes golpes sonaron en la puerta, era Juan Carlos, a quien se escuchó en el exterior diciendo estupideces.

Ana era dos años más pequeña que yo, aunque íbamos al mismo instituto. La conocí en los entrenamientos de baloncesto, yo a veces jugaba, aunque casi siempre iba acompañando a mi hermano que era el que estaba en el equipo. Ella estaba en un equipo femenino, no se le daba especialmente bien, pero le ponía bastante empeño y un día en el que no acertaba ningún tiro le dí ánimos, al terminar el entrenamiento me lo agradeció, de vez en cuando empezamos a hablar, también a la salida y entrada de clases y cuando un día me dijo que tenía problemas con las matemáticas me ofrecí a prestarle ayuda, ya había venido a casa un par de veces más.

Mi hermano no terminaba de aceptar que pudiera verme con una chica que solo era un año mayor que él, que además jugaba al baloncesto que era su deporte y siempre me lo puso difícil e intentó entrometerse. Procuraba no dejarnos a solas, en muchas ocasiones la intentaba enfadar, aunque mi impresión fue que ella nunca lo tomaba en serio.

Aunque mi hermano logró desbaratar aquella tarde el beso entre Ana y yo, terminaría llegando. Lo hizo un día de finales de curso cuando la acompañé a su casa y esa vez sí pude disfrutarlo mucho más, con los dos escondidos en su portal. Pero llegó el verano, yo empecé a prepararlo todo para ir a la Universidad, ella se fue a otra ciudad de vacaciones y tras alguna llamada telefónica, la relación se fue enfriando. Además, llegó septiembre, ella volvió al instituto, pero yo empecé mis estudios en la Complutense y no nos volvimos a ver hasta que en la Semana Santa de dos años después sorprendí a mi hermano acostado con Ana en la cama de mi habitación, en el mismo lugar donde estuvimos a punto de darnos el primer beso. En un principio, cuando

abrí la puerta y sorprendí a aquellos dos bultos moviéndose bajo las sábanas no supe de quien se trataba. Reaccioné dando tres golpes en la puerta. Cuando ambos salieron, reconocí a Ana, pero llevaba un color de pelo diferente y con varios *piercings*, había dejado de jugar al baloncesto, le gustaba el rap y se acostaba con Juan Carlos, tenía ya poco de la chica a la que daba clases de matemáticas cuyo pelo rubio olía a cerezas y vainilla.

—Hermano, no sabes lo que te perdiste desde que te fuiste a la Universidad —bromeó Juan Carlos cuando Ana se marchó.

Reconozco que me dolió ver a aquella chica en la cama junto a mi hermano porque en su día me había gustado y de haber continuado en la misma ciudad habría intentado tener algo más serio con ella.

«Siento que nos hayamos reencontrado así, pero me pasé todo un verano esperando al menos una llamada tuya, mis gustos han ido cambiando con el tiempo y ahora me atraen los chicos malos, busco situaciones inesperadas, me gusta que un hombre intente *rabiarme* y ya sabes cómo es tu hermano», me dijo Ana un día posterior que llamó a casa preguntando por Juan Carlos.

La camarera de aquel restaurante de Potes llevaba dos *piercings* en la oreja derecha, no se parecía mucho a Ana, pero sí me recordó a ella. Justo cuando me dejó los cubiertos sobre la mesa, tiré la servilleta adrede disimulando que se me escapó. Se agachó a recogerla y pude olerle el pelo, ni le olía a vainilla y cerezas, ni se giró para besarme.

Al salir del restaurante, el recuerdo del aroma del pelo de Ana cedió ante un ligero viento frío y de montaña, que trajo algo de humedad hasta mi olfato. Potes está situado en la confluencia de cuatro valles y erigida justo en el lugar donde confluyen el río Quiviesa con el río Deva. Estuve precisamente en aquella unión de los ríos un buen rato contemplando y escuchando el agua. Era un lugar donde se mezclaba la historia del antiguo puente con la arboleda y la pureza del agua. Sin embargo, el puente más espectacular estaba un poco más arriba, el Puente Nuevo de Potes por el cual circula el tráfico del centro del pueblo. Potes es un pueblo de calles empedradas, de coquetas casas de montaña y casonas de aspecto más señorial con el encanto de los pueblos del interior cántabro. El frío había aumentado un poco, mientras las callejuelas ofrecían un aspecto ligeramente familiar. Caminaba con la sensación de desconocer aquel pueblo, pero sintiéndome cercano a cada rincón, quizás estaba descubriendo estos matices de pueblo de interior cántabro que había leído en alguna guía de viajes. Me dejé llevar por aquella atracción de

puentes que callan sobre el río, muros contruidos por historias, chimeneas humeantes y árboles que resisten a un invierno que se alarga.

Tras disfrutar de aquella ribera a pie de pueblo con la tranquilidad que brindaba en aquel mediodía invernal de Potes, como aún me quedaba una hora y media para coger el autobús, decidí hacer una pequeña ruta a pie. Teniendo en cuenta que no me daba tiempo para ir a Santo Toribio de Liébana, me decanté por un camino que salía de Potes hasta el Santuario de Valmayor, eran 3 kilómetros contando la ida y la vuelta, por lo que calculé que tenía tiempo suficiente. Y pese a la dura pendiente cuesta arriba a la ida, mereció la pena por adentrarme en un paisaje montaños de verdes praderas donde pastaban vacas y ovejas. Mientras ascendía, pude divisar bonitos fondos de los picos de Europa nevados. Regresé a Potes unos 20 minutos antes de la salida del autobús, perfecto para regresar a Santander tranquilo después de una nueva experiencia y el sabor agridulce que me había dejado el recuerdo de Ana.

Al llegar de nuevo a la pensión, abrí la taquilla, saqué de la mochila el recipiente de las cenizas y mirándolas a la altura de mis ojos, les di tres golpecitos al tiempo que pensé lo cabronazo que fue siempre Juan Carlos.

11. El estanque secreto

Hermano, recordarás que te hablé del grave incendio que sufrió Santander en 1941. Hoy he estado en el Palacio de la Magdalena, que tuvo épocas en las que quedó a un lado su uso real y, por ejemplo, fue residencia temporal para los damnificados por el incendio. Fue también en ese año cuando pasó a ser propiedad de don Juan, conde de Barcelona, abuelo del actual rey Felipe e hijo de Alfonso XIII, que recibió el palacio y toda la península de la Magdalena como regalo del Ayuntamiento de Santander para su uso de residencia de verano. Sobre todo, lo disfrutó la reina Victoria Eugenia. En la actualidad vuelve a ser propiedad del Ayuntamiento, que lo rehabilitó en 1995 y tiene usos polivalentes, conservando en su interior un imponente mobiliario y muchos detalles de su historia. Hermano, si vienes por Santander, es una visita obligada.

Al salir al comedor había una luz especial en el ambiente y de nuevo Gema recibíendome con su buen humor.

—¡Buenos días! Es un domingo de marzo y está soleado.

—¡Buenos días! Un bonito día, pero supongo que detrás de ese buen humor te ha debido ocurrir algo más que únicamente el buen tiempo —le respondí.

—¡No te creas! Si yo te contara..., pero al final la vida se disfruta mejor si la afrontamos con buen ánimo.

Gema volvía a estar sonriente y cantarina. No le tuve que decir nada, el desayuno apareció sobre la mesa sin que lo tuviera que pedir. Allí estaban sobre la bandeja las tostadas en su punto, la mantequilla y la mermelada en cantidad, el café con leche cargado y con la leche fría tal y como se lo había pedido las dos mañanas anteriores y el vaso de zumo de naranja.

—¿Qué tal por Potes? ¿Pasaste frío?

—No, no pasé frío, Potes muy bien, el paseo junto al río es encantador, el desfiladero por el que pasa la carretera sí que da escalofríos, pero es un lugar espectacular, estuve además caminando hasta una ermita y tiene unos paisajes y unas vistas muy recomendables.

—¿Fuiste entonces hasta el santuario de Santo Toribio de Liébana?

—No, hasta allí no me daba tiempo porque dependía de los horarios del

autobús, subí hasta otra ermita que hay más cerca, vi la ruta en uno de los planos que me dieron en la oficina de turismo.

—No la conozco ¿y hoy qué haces?

—Hoy voy a patearme Santander, quiero acercarme por la Magdalena y caminar un poco por la playa del Sardinero ¿alguna recomendación?

—A mí me gusta mucho el Palacio de la Magdalena, aunque más que el palacio, su entorno, lo que es la península, tiene bonitas zonas para pasear, un mirador con vistas al mar, un mini zoo con focas y pingüinos, a veces voy por allí para desconectar. Incluso creo que es más recomendable pasear por allí cuando el Palacio está cerrado, a partir de las tres de la tarde porque hay poca gente y se disfruta de la tranquilidad del lugar. Además, con aquello solitario y en un día nublado, la vista del palacio impacta bastante.

—Seguiré tu consejo entonces.

Disfruté del desayuno mientras el sol seguía entrando por las cristaleras. No obstante, se notaba cómo la calefacción seguía encendida. Tras desayunar, Gema se volvió a acercar, traía un sobre en la mano.

—Si quieres te propongo un reto para que disfrutes un poco más de tu visita a la Magdalena —dijo.

—Claro, cuéntame.

—A ver, solo si quieres, dentro de este sobre hay un texto con unas instrucciones para hacer una visita especial si te acercas a La Magdalena. Pero te pido que no lo abras hasta que estés allí junto al Palacio, solo tendrás que leer y seguir las instrucciones, después me cuentas qué te parece.

—Si tú me lo aconsejas, lo haré.

— ¡Disfruta del día! —exclamó sonriendo ella.

— Lo mismo te digo —contesté mientras la veía alejarse de nuevo hacia la recepción.

Entré en la habitación para coger la cartera y revisar que todo estaba en orden, así como la taquilla con la maleta y la mochila en su interior cerrada. Salí a la calle cuando aún eran las 10 y media de la mañana. Lo primero que hice fue volver a asomarme al puerto y ver por primera vez la bahía en un día despejado. A aquella hora hacía un poco de frío, el sol estaba presente, pero no calentaba. Seguía siendo la misma ciudad, pero los colores eran mucho más vivos, la bahía parecía tener más actividad, haber salido de su letargo, los viandantes caminaban más rápido, toda la gente parecía ir sonriendo, incluso había menos tráfico.

Tras llamar por teléfono a mi madre y contarle todo lo que hice el día

anterior y lo que haría aquel día, me puse a organizar mentalmente la jornada. Eran las 11 de la mañana, me apetecía caminar, calculé que llegar hasta la Magdalena desde allí me llevaría en torno a una hora. Quería llegar allí en los momentos recomendados por Gema. Así que me aventuré a adentrarme en la ciudad aquella mañana sin un objetivo fijo, a callejear hasta poder almorzar no muy lejos de la Magdalena y estar allí en torno a las 3 de la tarde como me había recomendado mi amiga recepcionista.

Tras mirar algo más aquella vista de la bahía y curiosear viendo los barcos deportivos de Puerto Chico, volví hacia el interior para ver el espectacular edificio del Banco Santander, la Plaza Porticada, introducirme en el coqueto mercado del Este, entré en una taberna a tomar una caña mientras escuchaba una entretenida tertulia de varios cántabros veteranos sobre las intenciones de independencia de Cataluña, todo antes de iniciar el camino hacia la península de la residencia real.

Al entrar al recinto de la Magdalena sabes que llegas a un lugar especial, tiene el encanto de los grandes lugares, esos que has visto en anuncios, películas y series de televisión, pero que por primera vez visitas. Es como si lo conocieras de toda la vida, pero te sorprende en positivo, ya que es en su contexto cuando se vuelve realmente hermoso y lo que lo hace diferente. El Palacio de la Magdalena es un bonito edificio, pero lo hace más bonito el hecho de encontrarse en una pequeña península rodeada del feroz mar Cantábrico, como si quisiera escapar de la ciudad. Es un lugar de calma, donde se respira naturaleza y tranquilidad, al menos a la hora en la que yo estaba entrando allí. Llegué a través de la Avenida Reina Victoria, al acercarte ves cómo los tejados del palacio despuntan sobre la arboleda, dejan ver algo grande, un intento de tocar el cielo, una construcción digna de reyes. Avancé dejando a mi derecha el club de tenis, el parque infantil, pasando junto al monumento a Félix Rodríguez de la Fuente, bordeando las caballerizas reales y mirando cómo en la playa había un surfista que intentaba sacar partido del escaso oleaje. Cada vez el palacio se hacía más presente. Sus formas rectas, sus grises y blancos aparecían entre los árboles, una explosión de tranquilidad me invadió en aquel momento, mientras me seguía adentrando en la península para llegar a los pies del palacio.

Durante alguna noche junto a mi madre, habíamos visto la serie de televisión *Gran Hotel* que se había rodado en aquel edificio. En vivo imponía mucho más, tenía una luminosidad especial, se sentía la calidad de los materiales utilizados, cómo el estilo ecléctico se mezclaba con cierta

raigambre del lugar, era un viaje a la Inglaterra victoriana. En su torre ondeaban varias banderas, el sol seguía presente, aunque algunas nubes empezaban a avanzar, rodeé el palacio al completo, con sus amplias escalinatas de acceso, sus gruesos muros, sus ventanas perfectamente alineadas con marcos de un blanco immaculado, sus balaustradas y su tejado de aspecto muy vertical. El edificio no solo era espectacular, sino que estaba muy bien cuidado. Tras rodearlo, hice lo que llevaba toda la mañana deseando hacer. Saqué del bolsillo de la cazadora el sobre que me había dado Gema y lo abrí. Era la fotocopia de un recorte periódico encabezado por una nota escrita a mano que decía: «Instrucciones para encontrar un lugar especial».

Si se baja desde el Palacio, con el edificio a la espalda, hay que tomar el camino de la derecha, que desciende hacia los galeones de Vital Alsar y al espacio de las focas y los pingüinos. Pero antes de llegar hasta ellos, al borde de la carretera, uno empieza a toparse con las esculturas de madera que hay en los tocones de los árboles que ya no están. Son las mejores señales para encontrar el estanque. Primero, a un lado, una silla con respaldo, una seta de color naranja y un taburete. Las tres juntas. Unos pocos metros más adelante, una especie de bellota. Justo ahí, a esa altura, pero en el otro lado del camino (a mano izquierda) hay una hoja de madera tallada. Es el punto en el que se debe abandonar el asfalto para meterse en “el bosque”. Pisar la hierba. Desde la hoja, hay que buscar con la mirada una palmera de tronco grueso y unas piedras que se ven sobre el suelo. A unos treinta metros. No hay un camino marcado (porque hay uno, algo más abajo, pero si uno lo sigue no le llevará hasta este lugar).

Había ido siguiendo aquellas instrucciones con rigor conforme iba leyendo la nota, tras leer las últimas líneas levanté la mirada y me vi en completo silencio, vi de frente la palmera de tronco grueso y a sus pies un pequeño estanque, redondo, de agua cristalina, un pato blanco nadaba, pero al verme se salió por el lado opuesto. En ninguno de los mapas que había visto por el recinto indicaba ese estanque, lleno de agua, pero también de silencio y de quietud, era un oasis de calma.

—¡Lo has encontrado! —dijo una voz a mi espalda.

Me giré y era Gema, aunque por primera vez la vi sin gafas. Tenía el pelo recogido, que resaltaba sobre un abrigo rojo ceñido, vestía vaqueros y botas

hasta la rodilla.

—O sea, que lo de venir a esta hora no era una recomendación, sino una cita.

—A ver, no exactamente, como ves sí que es la mejor hora para visitar este lugar porque está completamente solitario ahora mismo, es un lugar muy especial y no me dirás que el estanque secreto no es bonito.

—Tienes razón.

—Además, tenía algo que decirte y este lugar está en parte relacionado contigo.

—¿Conmigo?

—Te lo cuento mientras damos un paseo.

Anduvimos por el resto del espacio de la península que aún me quedaban por ver. La zona de los pingüinos y las focas, los antiguos barcos, las vistas a un islote frente a la península, a la playa del Sardinero... Gema comenzó a hablar.

—Sé que entraste sin permiso y aprovechando un descuido mío en el ordenador de recepción y buscaste al nombre de tu hermano —me dijo Gema sin que yo lo esperase y sin posibilidad de negarlo.

—Es verdad, tenía curiosidad por ver si se hospedó en el mismo lugar, ya sabes que estoy intentando seguir sus pasos, siento haber hecho algo que no debía, aunque no encontré su nombre en la base de datos, así que no sirvió de nada.

—Te lo dejaré pasar por esta vez, en parte te entiendo, yo también perdí a mi madre recientemente y su marcha me dejó el dolor de no haber compartido con ella suficiente tiempo, sobre todo en los últimos años —explicó, mientras yo en voz baja le dije que lo sentía, mientras seguía cariacontecido por sentirme pillado.

—Por cierto, tu hermano sí que se hospedó en nuestra pensión, no le dije a mi jefe lo que hiciste, pero sí que le pregunté sobre si recordaba al chico que me describiste, que además creo que se parece bastante a ti, me contó que estuvo a primeros de año, en la base de datos hubo un problema y se perdieron los datos de los clientes, pero pude confirmarlo en un libro de reservas manual que tenemos.

—Muchas gracias, me alegra mucho saberlo ¿Y por qué dices que este lugar donde estamos guarda relación conmigo?

—Mi jefe atendió a tu hermano y estuvieron hablando de este lugar, de la península de la Magdalena, Juan Carlos le habló de un curioso estanque que

había encontrado entre los árboles, él no lo conocía, pero después curioseando por Internet se topó con un texto en El Diario Montañés como una de las curiosidades del sitio que tu hermano había descubierto sin que nadie se lo hubiese indicado.

—Muy típico de mi hermano, siempre tan aventurero y descubridor. — bromeé, mientras continuamos el paseo.

El cielo se había cubierto completamente, la tarde se había vuelto gris y el paisaje había cambiado considerablemente. El palacio se mantenía igual de imponente a sus espaldas, pero cuando se giraron a verlo por última vez, notaron como seguía igual de resplandeciente, igual de luminoso, pese a que el fondo de nubes negras daba un ambiente muy nostálgico. Así era Santander, una ciudad tan dinámica que era capaz de cambiar en un solo instante.

Gema se ofreció a darme compañía aquella tarde y yo, que anhelaba la cercanía de alguien, acepté. Tras salir de la Magdalena, continuamos el paseo por la playa del Sardinero y terminamos merendando chocolate con churros en una típica chocolatería de calle Daoiz y Velarde, más cerca del *hostel*, hasta donde llegamos en el coche de Gema. En su puerta, con una ligera llovizna, nos despedimos hasta la mañana siguiente en la que tocaba marcharme de aquella ciudad para continuar el viaje en dirección a Asturias, aunque parando previamente en otros pueblos.

Pasaban las ocho de la tarde cuando regresé al *hostel*, aunque ya había caído la noche. Me abrió César, el jefe de Gema, que ocupaba la recepción por la tarde. Aproveché para preguntarle por mi hermano.

—Sí, la verdad es que se parecía bastante a ti, pasó aquí dos o tres días en enero, me preguntaba bastante sobre qué ver en Santander y sobre todo sitios donde poder comer sin gastarse mucho dinero, me sorprendió cuando me dijo que había encontrado el estanque secreto de La Magdalena. Tanto él como su novia eran bastante afables.

—¿Su novia?

—Sí bueno, o la chica que lo acompañaba, no recuerdo su nombre, una chica muy rubia de ojos azules y de aspecto nórdico, pero hablaba perfectamente español.

Intentando disimular mi sorpresa, asentí, me despedí y me dirigí hasta la habitación. Aquella noticia me cogió totalmente de improviso, ya que era la primera noticia de que mi hermano estuvo acompañado por alguien en su viaje, de hecho en sus mensajes nunca había mencionado a nadie.

Tras coger la bolsa de aseo y ropa limpia me fui hasta la ducha. Los baños

compartidos estaban vacíos en ese momento. Abrí el grifo y me refugié en aquel agradable calor que comenzó a descender por mi cuerpo. No había sido un día de excesivo frío, pero al haber estado casi toda la jornada en el exterior, mi piel estaba algo entumecida y además a última hora sí había descendido mucho más la temperatura. Entre vapor y gotas de ducha, mi mente voló a las palabras de César y la referencia a aquella mujer que acompañó a mi hermano en sus días en Santander, siempre había pensado que tenía sus pasos de aquel viaje bien controlados por lo que me contaba, sobre todo tras confirmar que había estado hospedado donde yo me encontraba. Sin embargo, aquella nueva información me descolocó. Tras vestirme, bajé a cenar a un bar de montaditos que había en uno de los bajos de la parte trasera del edificio de la pensión. Mientras comía, revisé una y otra vez en la *tablet* cada uno de los mensajes y fotografías de Juan Carlos donde confirmé que no había referencia alguna a aquella chica rubia que lo acompañaba. Al terminar de comer sentí nuevamente el impulso de pedirme una copa, pero necesitaba pensar respuestas a las nuevas preguntas que invadieron mi mente: ¿Hasta cuándo acompañó aquella mujer a mi hermano? ¿Quién era? ¿Por qué Juan Carlos me la ocultó?

12. El Capricho

Estaba anocheciendo y entre árboles, una pareja se besaba a pies de un estanque que emanaba un vapor muy denso. Pájaros e insectos se arremolinaban en torno a las aguas, incluso otras aves mayores se pasaban de un árbol a otro. El hombre de aquella pareja era mi hermano, estaban sentados en un banco con los pies metidos en el agua, él agarraba de la cintura a la chica, que se mostraba de espaldas a mí. Cuando me acerqué a ella para verle la cara me desperté del sueño con cierta decepción.

Tras haber estado mirando los horarios de los autobuses antes de acostarme, pasé una noche convulsa, entre sueños inquietantes y horas mirando el techo, mientras en una de las camas de la litera del al lado de aquella habitación compartida, dormía alguien también inquieto que había entrado más tarde que yo. A las ocho ya no podía aguantar más en la cama y me levanté.

El autobús no salía hasta las 10.30 horas y el *hostel* estaba muy cerca de la estación, pero me gustaba tomarme la mañana con calma, tomaría tranquilamente el desayuno, prepararía el equipaje y tendría mi última conversación con Gema. Sin embargo, cuando llegué al comedor, no estaba. En su lugar era César quien servía el desayuno a una pareja joven con pinta de extranjeros que se encontraba sentada sobre una de las mesitas.

—Buenos días Alberto.

—Buenos días ¿otra vez te toca a ti trabajar? Esperaba encontrar a Gema.

—Anoche a última hora tuve que pedirle que cambiásemos el turno porque esta tarde tengo que llevar a mi hijo al dentista, así que esta mañana te pongo yo el desayuno, ya sé que no soy como Gema, ella es más guapa y canta mejor, pero... —bromeó.

Me sentí ligeramente decepcionado, pero no me quedó otra que disfrutar de mi último desayuno en Santander y de aquel acogedor comedor y sus ventanales con vistas al puerto en un día en el que volvía a estar nublado, regresó aquel color plomizo que en la lejanía hacía que se confundieran el cielo y el mar en una bruma que parecía alejar los días de sol y la alegría que cada mañana Gema transmitía en aquel saloncito.

Tras preparar el equipaje, revisando que la mochila que contenía el recipiente con las cenizas de mi hermano estaba en perfecto estado y todo bien

cerrado, me acerqué a la recepción donde liquidé la cuenta con César y cuando me despedía de él, me dio un apretón de mano y me dio ánimos para cumplir aquella última voluntad de Juan Carlos. El alojamiento allí había resultado ser todo un acierto para viajar en solitario, ya que era un lugar de gente muy cercana y amena, lejos de la frialdad que a veces tienen los hoteles.

La estación de autobuses volvía estar muy ambientada. En los andenes donde paraban los vehículos había varias colas formadas, una de ellas era en uno de los andenes de La Cantábrica, la empresa que se ocupaba de la línea entre Santander-Torrelavega-Santillana del Mar-Comillas y San Vicente de la Barquera. El destino para ese día, como siempre decidido unos meses antes por mi hermano, era Ribadesella, siguiendo el Cantábrico hacia el oeste, ya en Asturias, pero con paradas en Comillas y San Vicente de la Barquera. Yo en particular me iba a quedar con ganas de visitar Santillana del Mar, considerado uno de los pueblos más bonitos de Cantabria, el cual alberga en sus proximidades las Cuevas de Altamira. Sin embargo, mi hermano nunca me habló de él.

Fue el propio chófer del autobús el que cobró el billete, por lo que la subida se hizo lenta. Con cinco minutos de retraso, a las 10.35 de la mañana, el autobús salía de Santander. Tras la noche intranquila pensando mucho en la posible pareja de mi hermano, a las primeras de cambio me quedé dormido, aunque lo hice despertando solo minutos después y durmiendo nuevamente. Recuerdo que en uno de esos despertares estaba frente a una de las fábricas de Torrelavega y que en el siguiente escuché al chófer avisar de que llegaban a la parada de Santillana del Mar.

Fue en Comillas donde me detuve, la parada estaba ligeramente a las afueras del pueblo, bajé sin confiar demasiado en lo que iba a ver porque no había escuchado hablar mucho de aquella localidad. Sin embargo, ya la primera visión me sorprendió. Al comenzar a caminar me dio la impresión de ser una villa de apariencia castellana, medieval, empedrada, al menos eso fue lo que me encontré cuando me inserté entre sus calles más céntricas. Sin embargo, cuando fui ascendiendo la vi abierta al mar, un mar donde la montaña verde se convierte a la vuelta de unos metros en acantilado que en ciclos regulares es golpeado ferozmente por el Cantábrico.

Me inserté en Comillas agradeciendo a mi hermano que me hubiese hecho parar allí. Eché quizás en falta la ayuda de alguien que me describiese cada rincón, cada elemento, cada edificio, fui recorriendo los diferentes hitos turísticos y entonces, en uno de ellos, me llevé la sorpresa de que aquel pueblo

cántabro tenía un edificio de Gaudí.

Sí, mi hermano me habló de él, pero en uno de aquellos mensajes que en su día ni siquiera abrí. Fue precisamente delante de él desde donde me envió mi hermano la fotografía de Comillas con una breve descripción:

El Capricho es un edificio modernista creado por el arquitecto catalán en los primeros años de su carrera y uno de los que marcaría el futuro de su trayectoria. Aunque la mayor parte de su obra conocida se encuentra en Barcelona, también hay un reducto en aquella villa cántabra.

Tras dar unas vueltas en torno al edificio y sin entrar teniendo en cuenta que a las dos menos cinco de la tarde quería coger el autobús hacia San Vicente de la Barquera, seguí recorriendo el pueblo. Ascendiendo por una colina, sin esperarlo, me encontré frente al cementerio. Estaba sobre una elevación desde la que se podía ver la playa al fondo y las olas rompiendo en la costa. Mi hermano insistía también en su mensaje sobre Comillas que era un pueblo donde merecía la pena perderse, ya que te sorprendía en cada rincón y reunía una gran variedad de ambientes. Tenía toda la razón, mi hermano en sus consejos de viaje pocas veces se equivocaba, aunque yo pocas veces le hice caso.

Sin mucho tiempo, regresé nuevamente caminando hasta la parada de autobuses, fijándome en las indicaciones de la Universidad, edificio que resaltaba en otra de las colinas del pueblo. Fue breve, pero intenso mi encuentro con Comillas.

El autobús fue puntual y en 25 minutos de recorrido por la carretera nacional, me dejó en San Vicente de la Barquera, donde el paisaje cambiaba levemente. Me bajé prácticamente a pie de puerto donde ya pude ver algunas de las señas de identificación de esta localidad. Tampoco tendría mucho tiempo, mi primera misión sería almorzar, aunque no pude contenerme en transitar un poco por este lugar donde el mar penetra en la tierra y a la vez la tierra penetra en el mar. Era invierno, pero el sol se agarraba a mi bufanda con fuerza. Cerca encontré varios bares y sin prestar mucha atención a lo que marcaban las pizarras entré en uno de ellos atraído por la gran cristalera por la que poder ver las vistas al mar.

Mientras tenía frente a mí la carta del establecimiento y tras pedir una cerveza a la espera de pensar lo que comería, me quedé mirando embobado a dos niños que jugaban en la puerta del bar, me sorprendió que uno de ellos tenía un juguete que me recordaba a mi infancia. La cabeza de un caballito de madera con un listón largo para simular que podías montarte en él y trotar,

aquel niño estaba cabalgando y relinchando mientras el otro se mostraba enfadado cruzado de brazos apoyado en una columna porque no tenía caballo, debían tener unos 5 años.

Carboneras, años 80

Mi madre salió a la puerta de nuestra casa de Carboneras para llamar a mi hermano, ya que íbamos a comer. Yo ya me había sentado a la mesa, pero como mi hermano no aparecía salí junto a mi madre para llamarlo. “¡Juan Carlos, Juan Carlos!”, empezó a gritar mi madre y yo empecé también a hacer lo mismo. Me pidió que diese una vuelta por el barrio para encontrar a mi hermano. La calle donde vivíamos, paralela al paseo marítimo, era larga. Lo fui llamando mientras caminaba, pero no contestaba, giré en dirección al mar y justo en la esquina estaba Juan Carlos, había montado una especie de tenderete donde muchos niños se arremolinaban. Algunos de ellos se estaban marchando de allí con juguetes que me eran muy familiares, tanto que eran míos. Mi hermano había montado un mostrador con cajas de cartón y en aquella improvisada tienda puso a la venta muchos de mis juguetes al igual que los suyos. Al llegar a aquel puesto de cartón le dí un empujón y le recriminé que no tenía ningún derecho a coger mis juguetes. Pero él no solo los había cogido, los había puesto a la venta entre los niños del barrio. Tras intentar recuperar alguno de los juguetes vendidos y llevarme un empujón de un niño mayor que no quiso devolverme uno de mis camiones preferidos, fui a buscar a mi madre, que acudió al lugar, nos hizo recogerlo todo y llevó a mi hermano hasta nuestra casa cogido por una oreja.

—Quería ganar dinero para comprarle comida y conseguirle una casa a los perros que están abandonados —fue la única explicación de mi hermano. El día anterior mi padre había estado hablando de que cada vez había más perros en la calle sin control, que había familias que los dejaban abandonados y mi hermano tuvo su primera reacción animalista, un sentimiento que con el paso de los años iría intensificando.

Mi madre le obligó al día siguiente a devolver el dinero y recuperar todos los juguetes que había vendido, algo que pudo hacer en parte tras hablar con los niños en el colegio, aunque hubo juguetes que nunca pudimos recuperar, entre ellos, los dos caballitos de palo con los que montábamos historias de vaqueros por nuestro barrio de Carboneras.

De vuelta al presente, en aquel bar de San Vicente, seguía mirando a aquel

niño relinchando sobre su caballo de palo, mientras desde un lateral, muy cerca a mi rostro, me llamaba la atención el camarero esperando que le pidiera la comida.

Los pueblos de Cantabria tienen un punto de sorpresa y de historia. No se limitan a ser pueblos pesqueros, que también lo son. Tienen un rico legado histórico, mostrando un patrimonio y, a la vez, se asoman a la montaña. El sol seguía insistiendo tras el almuerzo y dejando entrever que la primavera se acercaba, solo los nevados Picos de Europa mostraban evidencia de que aún era una época fría. Destacaban al fondo de una espectacular imagen desde uno de los puentes de San Vicente de la Barquera. La estampa mostraba decenas de botes en la ría en primer plano, vigilando la puebla vieja coronada por su castillo y por la Iglesia.

Volví a caminar por un espacio lleno de encanto, sorprendente a cada rincón, subí por una calle empedrada sin circulación de vehículos, superé el castillo y los restos de la muralla, pasé por la Casa Consistorial en cuya fachada se recogía que era del siglo XVI y rodeé la monumental iglesia. Di aquellos pasos en un entorno urbano e histórico que además tenía el encanto de contar con casitas de pescadores en estrechas callejuelas que subían y bajaban.

Los puentes eran otro de los signos de identidad de la villa, en un folleto de información leí que el de la Maza y el del Parral eran los principales. Tras aquel recorrido a pie, me senté en un banco frente al puerto y comencé a escribir en una postal que había comprado en una tienda de souvenirs. Aunque la llamaría después, pensé que a mi madre la haría ilusión recibir por correo una postal como las cartas que le enviaba años atrás mi padre o como las que mi hermano le mandaba cada vez que viajaba a algún sitio. Mi madre no usaba el correo electrónico ni las redes sociales y se emocionaba cuando recibía cartas o postales de sus familiares.

Mientras escribía, otros turistas hacían sonar sus pasos sobre el muelle y yo asistía a ello sosegado, reflexionando sobre lo que tenía frente a mí, meditando las palabras y pensando en el camino que tenía por delante, en lo que había dejado tras mis pasos, pero también en la mujer misteriosa que acompañaba a Juan Carlos en Santander.

No muy lejos de donde estuve escribiendo encontré un estanco donde comprar un sello para la postal. La propia estanquera me indicó sobre la posición de un buzón de correos cercano, tras echar en él la postal, me senté en el banco de un pequeño parque junto al puerto, esperaba la hora para

regresar a la parada, aunque estaba a solo unos metros y desde allí podía ver perfectamente la llegada del autobús.

Eran ya las 16.15 horas, por lo que en 20 minutos debería estar saliendo hacia Ribadesella. En ese momento, un Volkswagen rojo se detuvo junto a la parada de autobús y una chica se bajó. En la distancia aquella figura me resultó familiar, sobre todo aquellos brillos pelirrojos bajo un gorro de lana verde. De repente, me vino el recuerdo de un bar de mala reputación de París, una ausencia a mi llegada de Santander y una punzada en el pecho. Vibró mi teléfono móvil: «Estoy llegando a San Vicente de la Barquera, creo que estás por aquí ¿verdad?». El mensaje llegaba desde el teléfono de Minerva. Al levantar la mirada tras leer la pantalla, me la encontré frente a mí.

13. El reencuentro

Hay veces que deseas ver a una persona e imaginas esa situación en la que te reencuentras con ella. Puedes pensar los lugares en los que tienes más probabilidades de verla y dejarte caer por ellos. También valoras las formas de forzar ese encuentro, sus pros y sus contras o simplemente le propones una cita con la ilusión de que acepte sin pensar más allá. Pero a veces todos esos esquemas se rompen, ese rostro conocido, incluso idealizado, aparece al doblar la esquina o, como en mi caso, bajando de un coche desconocido que para cerca de ti.

Me reencontré con Minerva tres meses después del casual encuentro en París, también de forma inesperada, a solo unos minutos de tener que coger el autobús, el cual olvidé completamente cuando me vi frente a sus mechones pelirrojos y a su cara fina y pálida.

—Casi a las tres de la tarde llamé a la pensión en la que te alojabas para ver si estabas y sorprenderte, pero me dijeron que ya te habías marchado. Y fíjate qué casualidad que la voz de la chica que me cogió el teléfono me resultaba familiar, era Gema, una antigua compañera del instituto que está trabajando allí —comenzó a explicarme Minerva tras su inesperada aparición.

—Me dijo que te conocía, que además habéis conectado bastante bien y que le contaste toda la ruta que ibas a hacer hoy, así que en base a lo que sabía nos hicimos con una idea de dónde podrías estar.

—Sí, Gema habla bastante y yo que estoy solo en este viaje, me dejé acompañar ayer por ella, además, habéis acertado y has dado conmigo —dije.

—No sabía si iba a llegar a tiempo porque sé que pronto sales para otro lugar, así que le pedí a mi compañera de piso que me trajera urgentemente y que ya de paso se quedara viendo a sus padres que viven aquí en San Vicente, así que fíjate que cúmulo de casualidades para encontrarme contigo otra vez —dijo mientras me sonreía y esperaba una reacción por mi parte.

—Me encanta que hayas hecho todo esto por verme, pero tengo un problema —dije señalando al autobús que tenía que tomar hasta Ribadesella y que hacía aparición en la parada en ese mismo momento.

—¡Me voy contigo! —contestó con firmeza.

14. Un paseo en el tiempo

Pagué los dos billetes del autobús Alsa entre San Vicente de la Barquera y Ribadesella, serían unos 50 minutos de trayecto, por lo que antes de las cinco y media teníamos que estar en el pueblo asturiano.

—Te veo muy cambiado. En París ibas vestido muy formalito y aquí vienes con tus vaqueros, tu cazadora, tus zapatillas informales... creo que estás mejor así —comenzó diciendo Minerva cuando arrancó el autobús, compartíamos asiento en la parte media del vehículo.

—Bueno, una cosa son los viajes de trabajo y otros los que uno hace por ocio, así voy mucho más cómodo, me alegro de que te guste —le contesté.

Así comenzó la conversación que tuvimos en aquel trayecto de autobús. Yo aún estaba sorprendido por aquella aparición de Minerva, que mi soledad recibió como si le hubiese tocado la lotería.

—¿Te has dado cuenta de que no traes equipaje?

—¡Eh! No creas que voy a seguir contigo de viaje, echamos la tarde juntos y ya habrá alguna forma de volverme para Santander ¿no? —dijo entre sonrisas.

—Supongo que sí.

Minerva me estuvo contando cómo durante dos semanas había estado trabajando en Madrid haciendo terapias junto a niños con distintas capacidades y cómo lo había disfrutado por el agradecimiento que siempre habían tenido hacia ella. Explicó que había podido sentirse psicóloga, una carrera a la que hasta aquel momento no terminaba de verle futuro. Mientras me hablaba, me fijé detenidamente en aquel rostro que casi había borrado de mi memoria, en aquellos ojos grandes de color marrón claro, en cómo oscilaban las minúsculas pecas de sus mejillas mientras hablaba, pero sobre todo cuando sonreía, una sonrisa blanca que por momentos parecía perderse en un rostro pálido donde solo contrastaban, aunque ligerísimamente, los labios, pintados de un rosa claro que apenas se podía percibir. Se había quitado el gorro al subir al autobús dejando al viento su pelo largo levemente encrespado, aunque tras unos minutos y reflejándose en el cristal se lo había vuelto a colocar.

—Gema me ha dicho que si llegan a gustarle los chicos te hubiese entrado

—me dijo cogiéndome por sorpresa.

— ¡Vaya! No hablamos sobre tendencias de cada uno, pero es una mujer alucinante, nos lo pasamos bastante bien ayer —le respondí.

Siguió hablándome de sus años en el instituto con Gema y cómo después cada una había tomado su camino, pero cuando habían coincidido por Santander siempre pasaban ratos muy largos hablando de sus vidas.

Fue entonces cuando me dio el pésame por la muerte de mi hermano. En los escasos mensajes que nos intercambiamos no le había contado nada, pero sí lo hizo Gema aquella misma tarde. Yo intenté mantener el tipo y me sentí con el deber de contarle algo más.

—No me tomes por loco, pero en esta mochila que llevo a mis pies, van las cenizas de mi hermano, a mi madre le hacía ilusión que las arrojara en el lugar al que él iba cuando tuvo el accidente y al que no pudo llegar, yo lo vi como una oportunidad para sentir lo mismo que él pudo sentir y hacer su mismo viaje. Así que aquí voy, cruzando España con mi hermano en la mochila.

—Alberto, nada de loco, me parece algo muy bonito, un gran homenaje el que le haces.

—Realmente él era un poco especial, no nos llevábamos excesivamente bien, teníamos una vida muy diferente, pero ahora que no está pienso que debería haber pasado más tiempo con él.

—Yo creo que esa es la sensación que nos queda siempre que perdemos a una persona, no te castigues por ello, intenta disfrutar del viaje, es otra forma de reencontrarte con Juan Carlos.

Solo me bastaron unos minutos para volver a sentir aquella conexión con Minerva que ya había vivido en París.

Cerca de nuestro destino aproveché para leer desde mi teléfono móvil el correo electrónico donde mi hermano hablaba de Ribadesella, pueblo en la costa oriental de Asturias, en la desembocadura del río Sella. Aproveché para leérselo a Minerva.

Ribadesella es un pueblo no muy grande, pero con mucha historia en torno a su puerto y al río, que separa el casco urbano en dos partes. Hermano, si alguna vez visitas Ribadesella y quieres conocer su historia, te recomiendo que pasees por el Paseo de la Grúa, en él hay expuestos seis paneles cerámicos con dibujos de Antonio Mingote que suponen un recorrido por toda la historia de Ribadesella, desde la Prehistoria con el

hombre que habitó la cueva de Tito Bustillo, hasta la actualidad, con la relación de los reyes de España, y en concreto de Doña Letizia con la localidad, es una forma distinta de conocer un lugar, un museo al aire libre con buenos dibujos y un lugar para caminar y pensar.

La estación de autobuses de Ribadesella estaba muy cerca de la pensión, apenas tuvimos que cruzar dos calles y apareció el edificio donde me hospedaría aquella noche, era una gran casa de tres plantas con una llamativa fachada roja en una construcción de tipología clásica, pero reformada. Tanto en su exterior como en la recepción me dio una buena impresión por su limpieza y orden, siendo además sorprendente lo barato que me había costado cuando aquella misma mañana había tramitado la reserva vía web. Mientras me acercaba a la recepción, Minerva se quedó en la puerta consultando el teléfono móvil. Como realmente no sabía lo que ocurriría aquella noche, le pedí al recepcionista que si había posibilidad de cambiar la reserva y alojarme en una habitación doble en lugar de una individual y me dijo que no había problema, ya que tenía adjudicada una habitación doble y tan solo me ajustarían el precio.

Cuando tuve la llave en la mano le pregunté a Minerva si quería subir, indicándole que no iba a tardar mucho. Me dijo que esperaría en la recepción. Subí hasta la habitación, dejé allí la maleta grande y guardé con cuidado la mochila en el armario. También revisé que llevaba dinero, la documentación y bajé nuevamente.

Ribadesella mostraba un casco urbano que miraba siempre al agua, un lado al río y otro al mar, de edificios variados y coloridos. El tiempo había empeorado ligeramente respecto al sol del que había disfrutado en San Vicente, no amenazaba lluvia, pero el cielo se había cubierto parcialmente y corría algo de viento. Comenzamos a caminar sin destino, dispuestos a seguir recuperando tiempo, conociendo más de nuestras vidas, hasta aquellos momentos completamente desconocidas. Pasamos junto al Ayuntamiento donde se abría una amplia calle peatonal de agradable paseo, al menos yo me sentía muy bien caminando junto a Minerva. Mientras me hablaba de sus opciones de trabajo, de una visita a Ribadesella que hizo el verano anterior junto a la amiga que la había llevado hasta San Vicente o de la cueva prehistórica que había cerca del pueblo, yo preguntaba, añadía algunos detalles de cómo estaba marchando el viaje, pero sobre todo la miraba, miraba aquel abrigo verde contorneándose a cada paso, aquel flequillo que buscaba escaparse del gorro y

que una y otra vez volvía a desaparecer cuando Minerva sonreía. Miraba sus manos acompañando unos pasos que daba firmes y al mismo tiempo suaves transmitiendo una sensación como de estar flotando. En aquellos momentos me daba cuenta de que ir junto a ella era mucho mejor que ir solo, aunque me estuviera perdiendo algunos detalles de aquella villa marinera e ilustre, de casas coloridas y mansiones de familias acomodadas, de niños jugando en plena calle porque sus familias sabían que estaban seguros.

Paramos a merendar en una chocolatería en la que me contó que cuando entró en el Bar de París estaba muerta de la vergüenza y llena de miedo. Aquel establecimiento parisino tenía muy mala pinta.

—¿Qué hacías tú en un lugar como aquel? No iba nada contigo —preguntó, haciendo que me quedase por un momento en silencio sin saber lo que contestar.

—Realmente ni yo mismo lo sabía bien, buscaba un lugar donde el café me saliese más barato y terminé desviándome de las calles principales, pero al final el café resultó estar bueno pese a que el sitio era lamentable en cuanto a su aspecto —con aquella contestación tuve la impresión de que había salido bien de la pregunta sin tener que revelar el motivo real y las adicciones que arrastraba.

Minerva reconoció que aquella tarde le habría gustado seguir conociéndome, ya que además la cita que tuvo terminó siendo algo decepcionante, sus amigas ya no eran como los recordaba en los tiempos de la Universidad, París las había cambiado.

Seguimos caminando hasta desembocar en el paseo marítimo, el Paseo de la Grúa, donde precisamente se ubicaban los paneles de cerámica con los dibujos de Mingote, en concreto eran seis composiciones. En la primera de ellas, los primeros pescadores y cazadores, el nacimiento del piragüismo y los hombres que pintaron las cuevas prehistóricas. Se seguía con Roma y la Edad Media, la importancia del puerto, el rey Alfonso X *El Sabio* otorgando la carta puebla a los vecinos para fundar el municipio. En el tercer panel se reflejaba el Renacimiento, con la visita de Carlos V y los arrieros que transportaban sus mercancías a otros lugares. El cuarto panel mostraba la Guerra de la Independencia, de ahí se pasaba a la emigración del siglo XIX con el bergantín Habana ^[2], que forma parte del escudo de Ribasella. En el último panel, los bañistas que iniciaron el turismo en Ribadesella ya en el siglo XX, el conocido descenso del Sella de piragüismo, los barcos carboneros y los

Príncipes de Asturias «y de Ribadesella» como se decía allí en referencia a Felipe y Letizia.

Tras el repaso sosegado que hicimos a aquellos paneles mientras los comentábamos, subimos a la ermita de la Virgen de la Guía a través de una rampa que serpenteaba por la ladera. Desde allí había una vista espectacular de Ribadesella, del Cantábrico y de la desembocadura del río.

La temperatura había descendido varios grados como buscando que Minerva y yo nos acercáramos para darnos calor, aunque ella se mantenía algo distante en ese sentido, buscaba siempre una nueva conversación, seguir hablando, mientras mirábamos el mar, mientras la ciudad ya estaba iluminada, la noche había caído y no habíamos sido conscientes, estábamos atrapados en aquel lugar entre el mar, el río y la montaña, aunque todavía se atisbaba que el sol no hacía mucho tiempo que se había marchado dejando vislumbrar ligeros rayos al otro lado de las montañas. El paisaje y la compañía me hicieron sentir especial, hubo unos segundos de silencio, aunque pronto ella siguió hablando y yo le seguí la conversación. Me dije internamente que quizás debería haber intentado que no se rompiera aquel silencio, vivimos uno de esos instantes en el que las miradas hablan, en el que dos personas de frente generan campos magnéticos, donde la piel se hace onda sonora y en el que Minerva era vocal para todas las palabras. Pero ella lo notó, se hizo de nuevo el silencio. Ella dejó de hablar y durante unos segundos nos miramos en silencio

—Es posible que lo que te voy a decir no te vaya a gustar —dijo Minerva, que tras una breve pausa, continuó—. Mientras esperaba a que bajaras de la habitación he estado mirando los autobuses para volver a Santander. Hay uno a las 2 de la madrugada, sé que es tarde, pero me he venido a lo loco, no traigo ropa para cambiarme y me voy a marchar. Lo estoy pasando bien contigo, ya habrá otra oportunidad para vernos.

Tras aquellas palabras y yo asintiendo sin posibilidad de réplica, sí se produjo el silencio durante unos minutos. Solo los rompí para hacernos una foto, para que quedase recuerdo de aquel buen día, en un lugar donde también tenía una foto de Juan Carlos.

Mi intención en aquel viaje era seguir los mismos pasos que mi hermano, hacerlo en solitario como él en un principio lo habría hecho, pero la aparición de Minerva me hizo desear que su compañía ya no cesara. Incluso en aquel momento del viaje, ya no sabía si mi hermano también había llegado acompañado a aquel punto, aunque en la fotografía en Ribadesella volvía a aparecer solo.

—¿Por qué le dirías a tu hermano que estás haciendo un viaje solo cuando en realidad te está acompañando una mujer? —le pregunté directamente a Minerva sin ponerla en antecedentes.

—¿Por qué lo dices? ¿La mujer soy yo? ¿O lo dices por tu hermano? —preguntó.

— ¡No, tú no! O eso espero. Lo digo por mi hermano, en la pensión de Santander me dijeron que se hospedó allí con una chica rubia que lo estaba acompañando y que parecía su pareja, pero a mí siempre me dio a entender que viajaba solo e incluso en todas las fotos está sin compañía.

—Motivos se me ocurren muchos, puede que no se tratara de una relación seria y que entendiera que no merecía la pena contarlo, o que no estuviese orgulloso de la chica o... quien sabe, quizás era una ex novia tuya y tu hermano te lo ocultaba —argumentó.

—No sería la primera vez que mi hermano se tira a una ex novia mía, él era así, y probablemente no habría tenido problema en decírmelo, de todos modos nunca he tenido una novia alta, rubia, de ojos claros, una chica de aspecto nórdico como me la describió el compañero de Gema.

—Sea lo que sea no creo que le debas dar mayor importancia, seguramente solo era una amiga para él y de ahí que no os hablara de ella.

—Además, me extraña que en el velatorio no apareciera nadie que pudiera haber sido su pareja, al menos actual.

—Pues entonces se confirma mi teoría, no era nadie importante.

Pensé en todo aquello mientras bajábamos de la ermita para regresar al centro urbano y buscar un sitio para tomarnos unas sidras, estábamos en Asturias.

Entramos en una taberna que exteriormente parecía de aspecto clásico, pero que en su interior era toda una bocanada de aire fresco, de paredes de piedra, pero con mobiliario moderno y clientes de una edad similar a la nuestra. Aseguraban que había cocina tradicional asturiana con pescado de la zona y se anunciaba como sidrería.

Empujado por los primeros sorbos de sidra, que yo mismo escancié, expuse mis próximos días de viaje. Al día siguiente haría el descenso del Sella, después marcharía hasta Oviedo y desde allí pondría rumbo a Galicia parando antes en Cudillero.

—¿En qué parte del viaje te vas a unir de nuevo a mí? —pregunté a Minerva.

Ella no me contestó en aquel momento, aunque poco a poco y aunque

también empezamos a comer, la sidra fue haciendo efecto, se nos fue soltando la lengua y, yo en concreto, tuve la sensación de que ella me empezó a hablar como si fuese a continuar de viaje conmigo.

Eran más de las doce y los dos estábamos seriamente perjudicados por la bebida, habían sido varias botellas y se nos había subido bastante una bebida que tiene escasa graduación alcohólica. Además, habíamos cerrado la cena con unos chupitos de licor de hierbas, la situación empezaba a no ser muy favorable para mí debido a mi problema con el alcohol, me había dejado llevar, aunque mantenía el tipo.

Cuando salimos, un agresivo aire frío nos sorprendió después de haber estado en un ambiente bastante cálido. La primera reacción de Minerva fue la de agarrarme por la cintura y refugiarse a mi lado, me dio un beso en la mejilla.

—¿Qué hora es? Tienes que acompañarme a la estación de autobuses —me dijo.

—¿A la estación? ¿Estás segura de que quieres volver a Santander sola y así? —le pregunté.

—¿Sola y cómo? ¿Borracha?

—Un poco ¿no?

—Un poco no, mucho, pero tengo que volver porque mi madre se va a preocupar.

—¿No eres ya mayorcita?

—Llévame a la estación cariño —dijo como últimas palabras.

Caminamos por el mismo camino que habíamos hecho por la tarde, pero de vuelta y con la calle en completa soledad. En la estación de autobuses no había nadie, aunque se suponía que un autobús llegaría a las 2 de la madrugada para ir hasta Santander.

—Hace bastante frío y todavía es temprano ¿quieres que subamos al hotel mientras tanto? Está aquí al lado.

—Vale, aunque no creas que voy a dejar que me pongas ni una mano encima —dijo impulsada por el alcohol que habíamos tomado aquella noche.

No le hice caso, la cogí del hombro y comenzamos a caminar hasta el hotel. Subimos a la habitación, yo entré al baño y al salir vi su ropa sobre una silla, se había metido en la cama, la única que había, de tamaño bastante grande. Su cuerpo en ropa interior estaba bajo las sábanas y yo me introduje también bajo ellas.

15. Visita al paraíso

Desperté de forma brusca, un rayo de sol impactó sobre mis ojos, ya que al acostarnos no habíamos cerrado las cortinas de la habitación, pero sobre todo, desperté intranquilo por la intuición de que Minerva se había marchado. Sin embargo, al girarme la vi, seguía dormida, tapada hasta el cuello, tal y como se había acostado, juraría que no se había movido de posición en toda la noche, cuando yo me metí bajo las sábanas ella ya estaba dormida y fui incapaz de despertarla, aunque alcancé el sueño sintiendo ligeramente el roce de su espalda.

Me senté en la cama y estuve unos segundos mirándola, tenía algo de maquillaje corrido bajo los ojos, el pelo muy revuelto, pero nada de eso impedía que mientras dormía con un gesto ligeramente sonriente, me resultara una chica apasionante. En aquel momento no parecía ser la mujer tan habladora que había demostrado ser el día anterior o la chica impulsiva que decidió venir en mi búsqueda, dormida mostraba un ligero aire de niña, de tranquilidad contenida. En aquella habitación iluminada por el sol que se colaba por la ventana, su clara piel invitaba a besarla y no me pude contener a darle un beso en la mejilla ante el que ella no reaccionó y siguió durmiendo igual.

Me fui hasta el baño, me dolía ligeramente la cabeza, decidí ducharme con agua fría, yo no solía hacerlo, aunque sí mi hermano, que lo recomendaba siempre para las resacas. Los primeros chorros de agua helada hicieron que mi cuerpo se pusiera en tensión, pero me dije que debía ser fuerte, aunque no aguanté mucho y pronto giré el grifo para que el agua saliese templada. Pude entonces ya relajarme bajo la ducha, sentir que mi cuerpo se iba limpiando al tiempo que pensaba en cuál sería la reacción de Minerva al despertar. También pensaba en lo que me quedaba de viaje.

Cuando salí de la ducha, Minerva estaba ya despierta, me miró con rostro serio y me dio un buenos días con la boca pequeña que no me sonó bien.

—¿Cómo has dormido princesa?

—He dormido bien, aunque no debería haber dormido aquí. Voy a ducharme, no pienses mal de mí, pero me tengo que volver a poner la misma ropa, no tengo otra.

—Si esperas un momento y me dices talla, voy a comprarte algo.

—No te molestes, alguna vez he estado en situaciones peores, espero que al menos me invites a un buen desayuno.

Saliendo de la cama en ropa interior y mirándome con un rostro que entendí de complicidad, entró al baño. Siempre me costó actuar y decidir frente a las mujeres y aquella mañana, mientras escuchaba el sonido del agua de la ducha caer en el baño, me vi en la duda de entrar con ella o no. Ya no había alcohol de por medio, éramos conscientes de la situación y éramos adultos. Pero tomé la decisión cuando aprecié que no había cerrado la puerta completamente. Así que sin hacer ruido, entré en el baño, me deshice del albornoz y cuando abrí la mampara para entrar con ella en la ducha pude comprobar que me estaba esperando.

Me recibió con un beso muy profundo, cálido pese a estar bajo el agua, haciendo notar la voracidad de su lengua y tras saborearla lentamente en la ducha, terminamos haciendo el amor de forma desesperada en la cama, dejando claro que había hecho bien en esperar la noche anterior, ya que el momento adecuado había sido aquel.

16. Vuelta a la realidad

Mientras desayunábamos en la cafetería del hotel, Minerva me dijo que ya había hablado con su amiga, la misma que la llevó hasta San Vicente de la Barquera donde había pasado la noche, e iría a Ribadesella para recogerla. Las dos volverían juntas a Santander.

—De momento vuelvo a mi casa. Si quieres en unos días hablamos, creo que lo hemos pasado bien, así que espero que te vuelvas a acordar de mí — dijo anunciando su despedida.

—Tengo la sensación de que volveremos a vernos pronto —le contesté, sin tenerlo completamente claro y sabedor de que la distancia enfría siempre las cosas.

Ella me citó a hablar una vez que terminara mi viaje, incluso me insinuó que podíamos quedar en Madrid, ya que esperaba volver en poco tiempo. Yo le dije que ahora me centraría en terminar con el homenaje a mi hermano y que después la esperaría por Madrid, aunque le volví a reiterar que podíamos alquilar un coche, volver a Santander para que pudiera preparar su equipaje y después continuar juntos el viaje. Ella negó con una sonrisa y cambió de tema de conversación.

—¿Preguntaste el nombre de la mujer que acompañaba a tu hermano a la gente del *hostel*? —preguntó de repente.

—No, no lo hice.

—Si quieres puedo hablar con Gema y seguramente en la recepción también esté registrado su nombre y algunos de sus datos, te puede servir para localizarla teniendo en cuenta que ahora estamos casi todos en las redes sociales. Creo que se estaría saltando la Ley de Protección de Datos, pero podría ser importante para ti.

—Es algo que he pensado, pero tampoco quiero poner a Gema en un aprieto, como dices son datos reservados, prefiero preguntar en otros destinos, es normal que si mi hermano tenía algún *rollito* tampoco nos lo contara todo.

—Yo voy a preguntarle a Gema.

—Prefiero que no lo hagas —zanjé el asunto.

Con el desayuno terminado tuve una sensación extraña, sobre todo cuando Minerva recibió un mensaje de su amiga avisando que estaba esperándola en

el exterior y además yo también empezaba a tener prisa para salir hacia el descenso del Sella. Tenía una punzada en el pecho porque en muy poco tiempo me había hecho a la compañía de Minerva y no me agradaba despedirme de ella.

—Me tengo que marchar, muchas gracias por este día que hemos pasado, ha sido muy especial —me dijo mientras se acercaba y me daba un último y profundo beso. Nos cogimos por la cintura y yo, al sentir sus labios y sus firmes muslos sobre los míos incluso noté una erección.

Tras el beso, la miré a los ojos y le dije que volveríamos a vernos pronto, para mí también había sido muy especial. Tras un último gesto batiendo la mano para decir adiós mientras sonreía, la chica pelirroja del abrigo verde se giró para salir por la puerta principal de aquella pensión, girar a la derecha al salir y perderse al otro lado del edificio.

Me quedé como quien había subido al cielo durante unos instantes, pero de repente se despertaba en la realidad. Sabía que la vida continuaba y aquel viaje, aunque en solitario, todavía me tenía que deparar emociones intensas.

17. El río frontera

En el siglo I, Pomponio Mela señalaba que la desembocadura del río Salía era el límite entre astures y cántabros. Esto hizo que aquel río Salía tenga recuerdos de batallas en sus márgenes, incluso en la Guerra Civil sirvió como trinchera natural utilizada por el ejército popular. Aquel Salía, hoy río Sella, fue también conocido como el río de plata, pero por las escamas de sus ricos bancos de salmones. Hoy en día ya no es frontera natural, pero sigue descendiendo lento desde las montañas a las tierras bajas y surcarlo en piragua es detener el tiempo y viajar al interior de uno mismo mientras te sientes en plena naturaleza, con cada remada conseguimos ser un poquito mejor persona, así que hermano, si alguna vez vienes por aquí, no dejes de hacerlo, sin miedo, es una actividad fácil y sana.

Antes del desayuno había conseguido que me incluyeran en una excursión que organizaba el propio hotel junto con una empresa de aventura para hacer el descenso del Sella. Era marzo y se podía hacer perfectamente, aunque en invierno había que ponerse traje de neopreno. De hecho, mi hermano lo había hecho durante su viaje en enero y aunque el día estaba nublado, no parecía que pudiese tener especial dificultad, teniendo en cuenta que en la furgoneta de la actividad del hotel que nos llevaría hasta el pueblo de Arriendas donde comenzaríamos el descenso, había personas que podían tener en torno a 60 años.

—Aquí comienza el descenso, en nuestras instalaciones en Arriendas, hay taquillas, duchas y vestuarios, os daremos el traje de neopreno, el salvavidas y un recipiente estanco que incluye una bolsa con el pícnic para el almuerzo y donde podéis guardar lo que necesitéis —empezó a recitar el hombre que condujo la furgoneta una vez que llegamos al lugar donde comenzaba el descenso del Sella.

—En función de cada uno podréis hacer el recorrido con tres opciones, habrá una primera parada a los 7 kilómetros, otra segunda parada a los 13 kilómetros y una última a los 16 kilómetros. Si decidís llegar hasta la última parada no hay problema porque habrá alguien esperando y os volverá a traer hasta la salida donde ya podréis ducharos, recoger vuestras cosas y cuando

estemos todos volveremos al hotel. Si decidís quedaros en las paradas intermedias tendréis que llamar por teléfono, tenéis el número en las bolsas y en tarjetas en el recipiente estanco. En total, el descenso se hace en unas 4 horas, tened en cuenta además que ahora en invierno anochece pronto, pero como aún son las 11 de la mañana tenéis tiempo más que de sobra para hacerlo completo.

Fui caminando junto al grupo hasta el punto de salida. Cuando llegamos, nos dieron el traje de neopreno, el envase estanco y pudimos entrar a unos vestuarios donde a duras penas pude colocarme el neopreno. Me quedó mejor ajustado de lo que esperaba al principio, quizás cuatro horas con aquello se podían hacer largas, ya que el traje presionaba bastante, pero me sentí motivado con aquella nueva experiencia. Tras esperar unos minutos más a que todo el grupo terminase, nos dirigimos hasta la orilla del río donde nos facilitaron los chalecos salvavidas, un remo a cada uno y nos subimos a las canoas tras darnos unas instrucciones sobre su manejo, que parecía bastante sencillo.

Así comenzó mi descenso del sella en una canoa individual en la cual me acoplé, aunque viendo que el resto iba por parejas o en piraguas de tres personas, no pude evitar pensar en Minerva, habría sido una buena experiencia junto a ella. Sin embargo, unos minutos más tarde y con el resto de piraguas dispersas, agradecí poder verme en soledad dentro de la inmensidad de aquel río, deslizándome a través de un cauce que no tenía mucha profundidad.

Aunque al principio tenía algunos problemas mayores para coordinar el giro de la canoa, especialmente en los lugares de mayor corriente y donde la profundidad era menor, poco a poco fui dominando mejor la canoa y pude olvidarme del artilugio en el que me movía para centrarme en los espectaculares paisajes, en cómo el río se abría paso en el bosque, cómo la niebla subía y bajaba por las montañas y cómo bajo aquel cielo de nubes grises el verde resaltaba sonriendo a los no muchos locos que en invierno transitaban por el río. La temporada alta de los descensos era verano y el descenso internacional el primer sábado de agosto, fechas en las que bajaban cientos de personas.

Una pareja más joven había tomado la delantera y se estaba alejando, yo con un ritmo de remada no muy veloz, pero constante, me había quedado solo. Me limité a retener cada detalle del paisaje, a saborear cada quiebro del río, cada canto rodado que sobresalía, cada gota de agua que quería adelantarme, cada lugar en el que remaba como podría haberlo hecho mi hermano.

Me pregunté si Juan Carlos habría hecho aquel descenso en solitario o en pareja, habría querido conocer sus pensamientos mientras surcaba aquellas aguas. Sin duda, sabía que él habría hecho el recorrido hasta el final y sé, que yo probablemente no habría estado nunca haciendo aquello y menos en el mes de marzo si no era porque él lo había hecho antes y porque yo quería hacerle aquel homenaje, siempre era bastante reacio a aquellas actividades de aventura que se salían de mi vida cómoda y sedentaria.

Durante varias horas continué por la soledad en mitad del río, la naturaleza y yo, en completo silencio, agradeciendo a mi hermano que me hubiese dado aquella oportunidad, pero odiándolo al mismo tiempo porque se había ido demasiado pronto o quizás odiándome a mí mismo porque podríamos haber hecho aquel viaje juntos.

Entre remada y remada volvía a pensar en algo que ya me había estado rondando la mente en días anteriores. Quizás no merecía estar haciendo aquel viaje, quizás ni siquiera supusiera un homenaje para mi hermano, porque era yo el que estaba allí, pero no estaba haciendo cosas que yo solía hacer, estaba intentando ser como mi hermano, haciendo las cosas que a él le gustaba hacer, quizás estaba renunciando a ser yo mismo, quizás me estaba riendo de la gente que tenía alrededor al ir en una dirección contraria a la que normalmente yo seguía, estaba intentando suplantar a mi hermano. Sabía que aquello era así, pero entonces pensé en mi madre, estaba haciendo aquello para después contarle cada detalle, para mostrarle lo que pudo sentir mi hermano en aquellos parajes.

Llegué a la primera parada bastante fresco de brazos, así que decidí continuar, haciendo un poco de hora y avanzando algo más para parar y comer. Me detuve en el mismo lugar donde vi que se había parado la pareja de la excursión.

Compartí con ellos sus últimos momentos del almuerzo intercambiando algunas impresiones del descenso del río. Decidieron esperarme para terminar el descenso juntos. Retomamos la marcha sin que viniese nadie más de la excursión detrás, aunque sí había visto bajar a varios deportistas de competición en canoa individual. Ellos abrieron el paso y yo me quedé por detrás a una distancia prudencial, ya con los brazos más cargados. El río poco a poco fue perdiendo fuerza en su corriente, aunque mantenía los espectaculares paisajes.

Avanzaba en aquellas aguas como aquella mañana había avanzado sobre el cuerpo de Minerva. El agua bajo la que me sumergí con ella en la ducha estaba

mucho más caliente, pero aquella chica de paisajes infinitos me había dejado un recuerdo que no podía quitarme de encima ni aunque estuviese a punto de volcar en aquel río.

De vez en cuando se escuchaban pájaros en la orilla, a veces también oíamos sonidos de coches, ya que la carretera transcurría cercana, todo se mezclaba con la sensación que me había dejado el tiempo con Minerva, su aroma que aún podía notar mezclándose con la naturaleza junto con aquellos vientos de libertad en mitad del río. El tiempo pasó muy rápido mientras remaba y poco antes de que se cumplieran las cuatro horas, terminamos llegando a la zona de recogida final donde una caseta de la empresa de aventura y una furgoneta con un operario anunciaba que dejásemos la canoa en la orilla, las cargaba y en seguida salíamos hacia la zona de salida. No lo había notado, pero tenía las manos y la cara entumecidas, también tenía algo de frío en los pies, pero nada que no hiciese que aquella actividad hubiese valido la pena por la experiencia de descender un río entre aquellos paisajes.

Tras una ducha caliente y volviendo a vestir mi ropa, esperé unos instantes mientras el resto de mis compañeros salía de los vestuarios. Me entretuve observando el río, había gente en un parque de *arborismo* que tenía el mismo recinto de las canoas y eché un vistazo a unos paneles con fotografías del descenso. Y entonces los vi. En un panel donde anunciaba fotos recientes, en una de las imágenes reconocí a mi hermano. Montaba en la canoa en pleno río en una fotografía bastante frontal, era una canoa para dos personas y él iba en el puesto de detrás, pero no había duda de que era él, la cámara le había cogido de frente. Delante iba una mujer, una joven rubia de piel muy clara, aunque ella tenía el rostro girado, hacia el perfil izquierdo. Entré en la recepción para preguntar si podía comprar la foto, que había visto en una de ellas a mi hermano. El dependiente salió al tablón, miró la foto y justo después me miró a mí.

—No solemos dar fotos a personas que no salen en las mismas, pero viéndote la cara está claro que debe ser tu hermano porque os parecéis mucho —dijo antes de abrir el cristal del panel donde estaba aquella imagen.

No me cobró nada por la foto, señalando que eran imágenes que como nadie había comprado, iban a desechar en breve, así que me la quedé. El conductor de la furgoneta estaba llamándome porque ya estaba listo todo el grupo para regresar, una vez ya subido volví a mirar la foto, mi hermano tenía una gran sonrisa, había visto al fotógrafo y se mostraba radiante, con la boca y los ojos abiertos, saludando con una mano, pero en quien más atención puse

fue en la chica. Era un perfil totalmente nuevo para mí, no se parecía a nadie que pudiera conocer. Respondía a la descripción que me habían dado en el *hostel* de Santander, por lo tanto, la acompañante de mi hermano se mantenía junto a él ya durante varios días.

La furgoneta nos trasladó a los mismos ocho ocupantes, además de al conductor, por la carretera desde Arriondas hasta Ribadesella. Al llegar al hotel tuve que darme prisa para recoger el equipaje (incluida la mochila con las cenizas de mi hermano) para ir hasta la estación de autobuses porque a las 17.30 horas salía el autobús que me llevaría hasta Oviedo, donde pasaría el resto de aquella jornada y parte del día siguiente.

Aunque algo apurado, pude cumplir con los tiempos. Subido en el autocar hacia Oviedo, tocaba nuevamente pensar. El día había comenzado bien con Minerva, descender el Sella en canoa había sido una gran experiencia, pero lo que ahora más ocupaba mi mente era la mujer misteriosa que seguía acompañando en aquel punto del viaje a Juan Carlos. En el asiento de al lado volvía a ir acompañado por sus cenizas. Abrí la mochila e introduje la fotografía: aquella pareja volvía a viajar junta.

18. Las calles se vuelven playas si tú las andas

Santa María del Naranco es un antiguo palacio prerrománico que al igual que la iglesia de San Miguel de Lillo se encuentra ubicada en el monte Naranco de Oviedo, una colina redondeada de espacio abierto con unas bonitas vistas de la ciudad asturiana.

Hermano, deberías venir por aquí. Si lo haces te recomiendo que disfrutes de este arte, único en el mundo. Estos edificios se levantaron con la monarquía asturiana. Cuando la Península Ibérica fue conquistada por los musulmanes, en el siglo IX nació aquí el primer reino cristiano manteniéndose al margen de Al-Ándalus. Por lo tanto, estarás ante unas construcciones que son historia con mayúsculas. Yo veo el Prerrománico Asturiano como un homenaje a aquellos que luchan contra el poder mayoritario que quiere arrasar con todo y ya sabes que en parte, esa es mi filosofía: ir a contracorriente. En la época medieval, un pueblo resistió en estas tierras dejando un legado de siglos y siglos que es Patrimonio de la Humanidad.

Alberto, sé que tu trabajo es muy importante, pero al final lo que quedan son los pequeños placeres, los momentos en los que nos salimos de la rutina para generar la diferencia. Aquí, entre los arcos de la vetusta Santa María se puede divisar una panorámica de Oviedo marcada por sus edificios modernos. Es un bonito contraste entre lo pasado y lo presente, una mirada que me lleva a pensar que el lugar que ocupamos es solo pasajero.

Juan Carlos se había hecho una fotografía en un día muy soleado en el interior de Santa María del Naranco. Dejaba ver a su espalda, en primer plano, una pradera muy verde y en el fondo los edificios de la ciudad, destacando el Modoo, un centro comercial diseñado por Calatrava. No parecía enero porque ni siquiera llevaba el abrigo puesto, aunque sí un jersey gris de cuello vuelto sobre unos vaqueros. En el autobús hacia Oviedo, Alberto comparó aquella foto que miraba en la *tablet* con la que tenía en papel en la canoa. No sabía si por el lugar, el estar en actividad o por el gesto, pero

en la foto del Sella su hermano parecía estar levemente más envejecido, aunque pensó que en Oviedo se habría afeitado y adecentado algo. No pudo evitar hacerle una fotografía a la foto de la canoa con la acompañante y enviársela a Minerva, ya que necesitaba contarle a alguien su hallazgo.

«No te preocupes, tu hermano estuvo bien acompañado durante su viaje, es algo normal», le contestó ella rápidamente.

En el correo electrónico del paso de su hermano por Oviedo había tres imágenes más, una delante del Teatro Campoamor, otra de una estatua de Woody Allen en la que Juan Carlos imitaba el gesto del actor y otra de él junto a un grafiti con una frase: «Las playas se vuelven playas si tu las andas, todo es por ti». Según la explicación del correo electrónico se lo había encontrado cerca de la catedral y era un fragmento de canción de uno de sus grupos musicales favoritos: Sidonie.

Por primera vez durante todo el viaje, me encontré en Oviedo con un hotel de cuatro estrellas al que llegué en taxi, tuve especial cuidado en no olvidar coger ni la maleta, ni mucho menos la mochila marrón, al bajar del autobús o al subir al taxi, así que la mantuve siempre lo más cerca que pude.

No tenía ni idea del lugar en el que se hospedó Juan Carlos en Oviedo porque no me dio detalles, así que busqué uno con todas las comodidades donde al menos pudiera pasar una noche con la tranquilidad y calma que a mí me gustaba. El hotel estaba algo alejado del centro, subiendo por la larga calle Fuertes Acevedo, en la cima de una colina en plena ciudad, un establecimiento moderno y al que no le faltaba detalle. Me dieron una habitación en la quinta planta con vistas panorámicas al noroeste de la ciudad marcadas por suaves colinas. Al llegar, llamé a mi madre para ponerle al corriente de mis andanzas, aunque lógicamente limitando acontecimientos como mis historias de cama con Minerva o el hallazgo de la acompañante de mi hermano.

Cuando llegué ya era de noche y demasiado tarde para ver algo de Oviedo, aunque fue algo que no me importó, ya que el paso de las horas había ido aumentando mi cansancio, acusado por el esfuerzo de brazos en el descenso del Sella. Me limité a cenar en un bar que había cercano al hotel donde servían platos combinados bastante abundantes, en aquella ocasión acompañado de agua del tiempo para no repetir el exceso de la noche anterior. Eso sí, eché mucho de menos un buen vino y sobre todo, un gin-tonic o algo que fumar después. Tampoco pude evitar acordarme de Minerva, así que un día que comenzó de forma espectacular se cerró con mucha melancolía y el malestar de la soledad y las dudas, aunque al menos pude tener una buena

cama sin tener que compartir habitación, lo que me hizo dormir relajadamente.

Amaneció un nuevo día y a las ocho en punto, sin la necesidad de despertador, estaba activo y deseoso de recorrer los escenarios ovetenses por los que había caminado mi hermano. Aquel día sería además el primero con un coche de alquiler. Tal como había hecho mi hermano, lo utilizaría primero para ir al centro de Oviedo, moverme por el entorno para ver sus iglesias prerrománicas y ya después salir rumbo a Galicia, aunque antes tendría una parada no muy larga en Cudillero, aún en Asturias.

Oviedo tiene un centro urbano bastante recogido, un núcleo histórico donde no en mucho espacio hay un gran número de edificios con un fuerte sabor del pasado, historia en piedra de calles estrechas rodeadas por toda la ciudad moderna de edificios de altura en avenidas anchas. La empresa de alquiler de vehículos me llevó el coche hasta el hotel, por lo que pude conducir directamente hasta un céntrico aparcamiento público que me permitió comenzar la visita por la colorida Plaza del Fontán e insertarme por zonas peatonales para después pasar por la Iglesia de San Isidoro, pararme frente al Café Vetusta y llegar a la Plaza de la Constitución con el porticado Ayuntamiento.

Mi marcha continuó en una mañana fría, de grises que tenían a la ciudad como adormilada. Algunas madres volvían de dejar a los niños en el colegio, parte de la ciudad se refugiaba en cafés y mercados y las calles dejaban solo espacio para trabajadores con escasos viandantes de paso lento como yo. Siguiendo mi camino en parte improvisado, llegué hasta una de las paradas que tenía marcadas por estar tomada cerca de allí una de las fotos de mi hermano. Me encontré en la plaza de la Catedral, un edificio cuyas obras comenzaron a finales del siglo XIII, construido sobre un templo anterior y que destaca por una enorme y única torre principal. Recorrí los bajos de la catedral, pero sobre todo me interesaban las calles traseras buscando el grafiti con el fragmento de la canción de Sidonie. Aquel grupo no me gustaba especialmente, pero Juan Carlos contaba que cuando vio aquella frase sintió una conexión especial con esas recoletas calles tras la catedral.

Recorrí aquellas callejuelas por ambos laterales y por la trasera de la catedral, lindando con el museo arqueológico, el convento de las Pelayas, el jardín de los Reyes, pero no encontré ni rastro del grafiti. Supuse que lo habrían borrado teniendo en cuenta que habían pasado varios meses. De hecho, por el color amarillo de la pared y las ventanas que aparecían en la fotografía que iba mirando en el teléfono móvil, pude identificar que se

encontraba en un muro justo al atravesar un pórtico de piedra por la calle del lateral izquierdo de la catedral. Entiendo que a mi hermano le causara impacto la pintada porque se la encontraría de golpe en su paseo, debía estar haciendo esquina, pero ya no había ni rastro de aquellas letras pintadas de color negro con trazo relativamente fino, aunque sí había restos de algunas otras pintadas en lo que eran los muros de un gran edificio que tenía paredes mirando a varias calles.

Un grupo de cuatro mujeres venía justo en aquel momento de frente charlando con un claro acento asturiano, venían bien aferradas a sus abrigos y tenían pinta de ser madres de entre veintitantos y treintitantos años que acababan de dejar a sus hijos en el colegio.

—Perdonad ¿os puedo hacer una pregunta? ¿Sois de aquí de Oviedo? — pregunté y asintió una de ellas. —¿Os suena haber visto por aquí este grafiti? —les interrogué casi sin mediar, aunque en seguida me miraron y se fijaron en la imagen del teléfono móvil.

—Déjame que vea un poco mejor... a mí no me suena —contestó una de ellas, la que venía más retrasada se acercó y se quedó mirando.

—¡A mí sí! -comenzó a hablar —de hecho creo que sé hasta quien lo pintó, lo que pasa es que de eso hace ya un par de años y el grafiti hace ya tiempo que no está, lo hicieron justo en esta pared de detrás, es de una letra de Sidonie.

—¿Pero tanto tiempo hace que no está? —pregunté.

—Seguro, al menos dos años porque sé que lo hizo la pandilla de unos conocidos de mi marido cuando volvían de un concierto del grupo ¡y encima eligieron el edificio del Obispado! No los pillaron, pero los servicios operativos borraron la pintada unas semanas después con algunas reacciones en contra en Internet que decían que eso era arte.

—¿Por qué vienes buscando esto? ¿aún pensabas que estaba? —preguntó otra de las mujeres.

Retiré el *zoom* de la fotografía y les mostré a mi hermano con el grafiti de fondo. Les conté que en teoría mi hermano se había hecho una foto junto a la pintada hacía poco tiempo, pero era tan solo por curiosidad, que me gustaba el grupo (no quise dar más detalles). Me despedí de ellas agradeciéndoles la información y dándoles los buenos días.

¡No podía ser! ¿Por qué mi hermano me enviaba como actual una imagen antigua? ¿Escondía algo? Se me vino a la mente su acompañante rubia, el secretismo en cada correo electrónico, la foto del Sella que lo confirmaba,

pero no sabía si podía tener algo que ver con esta foto que no era de su último viaje. ¿Podía ser la foto anterior como confirmaba el dato aportado por aquellas mujeres? Probablemente sí, Juan Carlos viajaba mucho y aunque años atrás tuvimos épocas en las que hablábamos menos, me sonaba que había estado en Oviedo antes.

Intenté buscar respuestas en los otros lugares de las fotografías de Oviedo que tenía en el correo electrónico, así que busqué en el plano la escultura de Woody Allen, aunque vi que antes de llegar allí podría pasar por el Teatro Campoamor. Hacia él me dirigí retomando los pasos en la dirección por la que había llegado hasta la Catedral.

Oviedo tiene más de un centenar de esculturas a lo largo de sus calles. Algunas son figuras de personajes tradicionales y otras son personalidades del mundo del espectáculo y de actualidad. Tras caminar durante unos 10 minutos llegué al paso de peatones frente al Teatro Campoamor, muy transitado ya con la mañana algo más avanzada. Llegué hasta allí por una acera con varias cafeterías alusivas a nombres relacionados con el teatro y que a aquella hora se habían llenado de hombres y mujeres trajeados. Pensé que serían trabajadores de oficina y banca del entorno. Al cruzar vi el encuadre que mi hermano había utilizado para su fotografía, la fachada principal del teatro con la escultura de una mujer en el lateral derecho de la foto, en el caso de esa imagen todo era idéntico, no se podría apreciar nada que indicara la fecha de la foto. Al acercarme a la estatua, vi que en la descripción ponía *Esperanza caminando*. Sin nada que hacer allí, continué por calle Pelayo, tendría que girar posteriormente la primera calle a la izquierda y al final de la calle encontraría a Woody Allen. «Oviedo es una ciudad deliciosa, exótica, bella, limpia...», comenzaba la cita del director situada a los pies de la escultura cuyo rostro reflejaba su clásica mirada tras las grandes gafas.

«¡Esta foto tampoco es actual!» Creo que dije en voz alta, para el asombro de algunos viandantes. En la imagen de mi hermano, tras la escultura, al fondo, se veían unos maceteros con unos arbolitos pequeños. En cambio, frente a mí, tenía unos maceteros con unos árboles similares, pero mucho más crecidos, recortados en forma de pirámide, era imposible que hubiesen crecido tanto en un par de meses y en invierno, cuando además los maceteros eran los mismos.

¿Por qué me había enviado fotografías que no eran actuales? ¿Qué me estaba ocultando? ¿Es que todas las fotos se las había hecho con la mujer que lo acompañaba? Pero ¿Por qué ocultarla? ¿Tan importante era la razón como para engañarnos a mi madre y a mí? Paseé un rato por un parque mientras

pensaba en todo aquello, era un parque bastante amplio, lleno de pequeños estanques, zonas de césped, muchos árboles y amplias zonas para pasear. Las esculturas de Oviedo se dejaban mostrar allí con una reproducción de Mafalda sentada en un banco, aunque yo seguía centrado en mis pensamientos y encima comenzó a llover. Mi primera reacción fue volver hasta el aparcamiento e ir a por el coche.

Mi coche de alquiler era del mismo modelo que había utilizado mi hermano, un Skoda Fabia de color negro. Bajo un fuerte aguacero salí de la zona centro. Aunque parecía que la lluvia no cesaba, puse dirección al Alto del Naranco. Ya era lo de menos, pero la cuarta imagen de mi hermano en aquella ciudad estaba tomada desde Santa María del Naranco. Con bastante precaución ascendí la carretera por la colina hasta estacionar en un aparcamiento que había a las puertas de un restaurante que ofrecía vistas a la ciudad. Seguía lloviendo, aunque había descendido la intensidad, cogí el chubasquero que había dejado en el maletero del coche junto a todo mi equipaje y a las cenizas de mi hermano.

Sintiendo cómo la lluvia fría me golpeaba la cara, aceleré el paso mientras ascendía un tramo de la carretera y posteriormente me adentré por una zona de césped que precedía a la construcción prerrománica. Había un par de turistas saliendo en aquel momento de allí y otra pareja en el interior que se hacía fotos.

Al entrar, vi la misma perspectiva desde la que estaba tomada la fotografía, aquel pequeño, pero hermoso edificio, ese trocito de historia en mitad del monte con vistas a la ciudad de Oviedo. Sus edificios podían verse entre la neblina provocada por la lluvia, a través de las columnas de piedra trenzada. No era la escena soleada donde se retrataba mi hermano, pero era sin duda la misma. Sentí en aquel momento un gran sentimiento de vacío, eché de menos a Juan Carlos y lo odié al mismo tiempo. Lo hice más que nunca. En los últimos años habíamos tenido épocas en las que nos veíamos más y otras en las que nos manteníamos más distantes. Yo era de los que se enfadaba y no perdonaba, pero siempre que tuve alguna duda sobre él, sobre lo que hacía o no hacía, sobre las preocupaciones de mi madre, él me llamaba, me aclaraba las cosas y yo dejaba a un lado el resquemor por alguna de sus faenas y terminaba perdonándolo. Era habitual que faltase a reuniones familiares en fechas especiales, que se retrasara en sus vueltas a Madrid o que dejara algún trabajo en el que acababa de empezar. Sin embargo, siempre que tenía un problema con él podía hablarlo directamente, daba la cara y aunque no las

compartía, me exponía sus razones de filosofía de vida. Incluso cuando yo pasaba de él debido al trabajo, mi mal humor y mis adicciones, él siempre me lo dejaba pasar. En cambio, ahora ya no estaba, ya era imposible poder reconstruir lo que había hecho en sus últimos días y mucho menos con las lagunas que había ido dejando como piedrecitas en un camino imposible de seguir.

En aquel momento vibró el teléfono, tenía un mensaje de Minerva: «Alberto, aunque me dijiste que no, al final lo he hecho. La mujer con la que estuvo tu hermano en el *hostel* de Santander se llama Rosa María Valdés Vega, Gema no ha podido darme más información, espero que te sirva y no te molestes. Un beso».

Aunque llovía, me senté en una piedra en la ladera del monte refugiándome en el chubasquero mientras pensaba. Aquella chica rubia de piel clara tenía nombre y apellidos españoles, apellidos incluso que parecían de procedencia asturiana o de la zona, era un dato que tampoco respondía más, tenía un nombre, un rostro de perfil ¿merecía la pena investigarlo? ¿Facilitarle la información a la Guardia Civil? Mi hermano ya no estaba, nunca volvería, así que pensé que solo me quedaba seguir adelante, continuar los pasos de Juan Carlos y, con ello, rendir el homenaje que merecía una persona que nunca quiso vivir como todos los demás, que se mantuvo al margen de los ritmos que nos imponía la sociedad.

Decidí obviar aquel nombre, restar importancia a aquellas fotos que no eran del último viaje para que, en todo caso, fuese el mismo transcurrir de aquel trayecto que yo mismo estaba realizando el que me diese nuevas respuestas.

19. Aparición de sobremesa

Hermano, te quiero enseñar dos imágenes de Cudillero, es sin duda uno de los pueblos más bonitos en los que nunca he estado. En una de las imágenes puedes ver su fotografía más típica y la que encontrarás en todas las guías turísticas de Asturias, su panorámica con el puerto en primer plano y su casco histórico de casitas coloridas y agolpadas que van ascendiendo por la montaña e intentan tocar el cielo. Sin embargo, mi sitio preferido de la zona es otro, se llama la Playa del Silencio y aunque el silencio no es completo porque se puede oír el vaivén de las olas, llegar hasta esta pequeña playita supone estar tú, la naturaleza y nada más. Es una playa muy estrecha, de cantos rodados que se mueven ligeramente cuando vas caminando, con un acantilado vertical de fondo a cuyos pies sobresalen pequeños picos del agua. La playa está muy apartada de la población, de hecho hay que entrar por un camino desde otro pueblo y hacer parte a pie. Después de comer en Cudillero he visitado la playa y me ha tocado verla bajo un cielo de nubes muy oscuras, eso le ha dado un aire mucho más especial, era como si la vida se quedase en silencio solo para escuchar lo que el mar tenía que contar, Asturias es fascinante, deberías venir algún día, un abrazo.

La salida de Cudillero de la A-8 da paso a una carretera comarcal en descenso con varias zonas de curvas. El tiempo seguía inestable, la carretera estaba mojada y temía que pudiese patinar conduciendo un coche desconocido, por lo que llegué hasta el pueblo con mucha precaución. Aparqué en una zona a la entrada, frente a un espigón. Con las primeras imágenes de la tradicional panorámica de Cudillero me aproximé al casco urbano, dejando a la izquierda el mar, con la marea baja, con barquitas ancladas, salí del aparcamiento superando un puente peatonal y llegando a la explanada principal desde donde podía ver la imagen descrita por mi hermano con las casas de colores mostrándose apiladas unas sobre otras en la ladera de la montaña, todas asomadas al mar. No podría explicar el porqué, pero al ver por primera vez aquella panorámica del pueblo tuve la sensación de que aquel lugar iba a ser especial para mí.

En aquel miércoles de marzo apenas se notaba movimiento en el pueblo,

varios restaurantes lucían carteles que ofrecían pescado de Cudillero, quedaban a la izquierda, mientras a la derecha había un pequeño monumento a la minería y colgados de unas vigas de madera caían redes de pesca. Continué caminando por aquella calzada de adoquines ya con algo de hambre porque eran más de las dos de la tarde. A la derecha quedó el Ayuntamiento y de frente me encontré con un edificio blanco con bordes azules donde lucía un rótulo que lo nombraba como la Lonja de Pescado. A su alrededor había otros restaurantes, con varios en los que algunos parroquianos se asomaban discretamente para ver quién llegaba a la plaza. Sin embargo, continué caminando, sentí un impulso por colarme por aquellas callejuelas, ascender un poco más antes de encontrar el lugar definitivo donde sentarme a comerme un cachopo, plato que también se anunciaba en las pizarras de los bares de Cudillero.

Cudillero era un pueblo de pescadores y de calles enrevesadas, algunas estrechas y peatonales, escalones que subían y bajaban, algunos locales cerrados, fachadas coloridas, aparejos de pesca, chimeneas humeantes, aromas a guisos de pescado y hombres recios, en algunas casas lucían carteles de hostel o alquiler de habitaciones y tras andar durante unos minutos aquellas callejuelas de la zona baja decidí sentarme en una terraza en una de las calles que ascendía. Aunque no era el día más propicio para sentarse en el exterior, las mesas se ubicaban bajo una zona cubierta, ligeramente resguardada, por lo que se estaba a gusto.

Lo tuve claro: cachopo y una botella de sidra.

—Tenemos el mejor cachopo de toda Asturias —dijo el camarero, que muy poco después salió con aquel ejemplar de ternera rebozada rellena de jamón serrano y queso, es decir, el cachopo, ya para entonces había empezado a degustar la botella de sidra con escanciador automático.

Intenté disfrutar cada mordisco y así lo hice, comí lentamente aquella gran pieza culinaria mientras observaba algunos viandantes que subían y bajaban, los movimientos del camarero de dentro hacia fuera y también para servir a una familia que había en una mesa cercana. El mobiliario de la terraza y las casas de piedra de la calle daban al lugar cierto aire setentero que asumí con relajación y calma hasta que me di cuenta de que no podía terminar al completo la comida, aunque sí la sidra y aboné la cuenta al camarero.

No sabía muy bien qué hacer, si visitar algo más en Cudillero o aventurarme a llegar a la Playa del Silencio, según un itinerario que encontré a través de Internet

Cuando me estaba levantando de la terraza, oí algo a mi espalda, y al girarme hacia la calzada vi a un niño corriendo hacia mí.

—¡Papá! —pude oír, o al menos eso entendí al niño que se agarró a mi cintura y que debía tener tres o cuatro años.

—Perdone, se suele confundir con facilidad, lleva tiempo sin ver a su padre —dijo una mujer que llegó por detrás y cogió al niño de la mano. Ambos tenían el mismo color de pelo, eran muy rubios con los ojos azules. La mujer tenía pinta de ser joven, alta, me llamó la atención su mirada, bastante serena, pero muy fija en mí como intentando reconocermé.

Mientras la mujer tiraba de la mano del niño y lo retiraba de mí, yo le dije que no pasaba nada y me di la vuelta. No obstante, algo me sorprendió de repente en mi interior. Cuando llevaba dos o tres pasos en dirección al puerto, una imagen fugaz surcó mi mente: aquella mujer era idéntica a la de la foto de mi hermano en el descenso del Sella.

Cuando me volví a girar, la debía tener alejada de mí unos 40 metros, caminaba deprisa llevando de la mano al niño que parecía distraído. Corrí tras ellos y en varias zancadas me acerqué bastante, hasta que sin meditarlo y en un impulso por intuición la llamé:

—Rosa —dije en voz alta.

La mujer se giró y se quedó parada, yo me acerqué varios pasos más y me quedé parado a unos cinco metros de ellos.

—¿Te llamas Rosa? —le pregunté.

—Sí ¿quién eres tú?

—Soy Alberto, el hermano de Juan Carlos.

Ella no dijo nada, se agachó abrazando al niño y tras unos segundos, me miró con lágrimas en los ojos.

20 La playa del Silencio

El piso no era muy grande, ocupaba la planta alta de un estrecho edificio en cuyo bajo había un local comercial. Aunque por su aspecto exterior parecía tener bastantes años, el interior estaba reformado, tenía muebles de estilo moderno y todo estaba muy limpio. Rosa hizo café mientras yo esperaba sentado en el salón y el pequeño, de nombre Fernando, se había quedado dormido en el sofá. Al volver con los cafés, Rosa se sentó frente a mí en una silla, con una mesita redonda entre ambos donde apoyamos las tazas. Tras haberla llamado por su nombre en la calle, le conté que era el hermano de Juan Carlos, que estaba siguiendo los pasos de su último viaje y que por casualidad me había enterado de que había estado acompañado de una mujer que se llamaba Rosa y que la reconocí por una fotografía que encontré. Ella simplemente me invitó a subir a su casa, ni siquiera aún me había dicho si ella era aquella Rosa que acompañaba a mi hermano, ni qué era para él. Estaba expectante esperando alguna explicación, aunque de momento seguía en silencio mirando al niño.

—Juan Carlos no era su padre, Fernando nunca conoció a su padre, así que cuando tu hermano empezó a venir por aquí lo llamaba papá y a él siempre le gustó —empezó a decir Rosa —te ha visto parecido a él y por eso al verte en la calle te ha llamado papá. Yo también me quedé de piedra al ver tu parecido.

Poco a poco, aquella mujer fue explicando la relación entre ella y Juan Carlos.

—Era una tarde de primavera bastante cálida, sin nubes en el cielo, ni viento, ni olas, Fernando y yo jugábamos en la arena haciéndola montoncitos y adornándolos con pequeñas piedras. Un hombre solo apareció en la playa, iba en pantalón vaquero corto a la altura de las rodillas y con la camiseta anudada en la frente. En un principio me asusté, sobre todo cuando se acercó, pero nos saludó amablemente, me miró como pidiendo permiso para acercarme al niño, yo asentí otorgándoselo y él se agachó junto a él. Empezó a construir un castillo de arena mientras se lo explicaba a Fernando paso a paso, él apenas tenía dos años, pero se quedó quieto y muy atento como pocas veces lo hace. Cuando terminó, le dijo a Fernando que cuidara del castillo como un buen

guardián, se levantó y se marchó. Me costó muchísimo después llevarme al niño de allí porque no se quería retirar del castillo de arena —relató cerrando los ojos, como reviviendo aquella escena, antes de continuar.

—¿Y cómo os volvisteis a encontrar? —pregunté.

—Yo trabajo en la oficina de turismo de aquí de Cudillero y a la mañana siguiente entró él, al verme me sonrió y me preguntó si lo recordaba, yo le dije que sí y le recriminé que tuve que llevarme a mi hijo el día anterior llorando de la playa porque no se quería retirar del castillo y él empezó a reír. No sé cómo me engatusó, pero terminamos quedando aquella tarde para tomar café, la cosa se alargó y cuando mi hermana me trajo a Fernando seguíamos juntos y estuvimos dando un paseo los tres —prosiguió Rosa con un acento español neutro y un ritmo de palabra sereno y seguro.

—Y a partir de ahí comenzó vuestra historia.

—Después intercambiamos los teléfonos, hablábamos bastante a menudo y él volvió aquel verano, hace dos años y medio de aquello. Empezamos una relación, fue cuando además Fernando empezó a llamarlo papá, desde entonces hemos estado juntos, aunque siempre en la distancia, él venía por aquí bastante a menudo, yo apenas me he podido desplazar un par de veces. Era una relación, pero con bastante libertad, mi familia sí sabía de su existencia, pero sé que él nunca os había hablado de mí.

—¿Ibas con él cuando murió? —le pregunté.

—No, no, pero estuve a punto, habíamos estado unos días viajando por Santander. Recorrimos sus pueblos, también Ribadesella y Oviedo y volvimos aquí porque mi hermana nos avisó de que Fernando se había puesto malo, tenía fiebre. Mientras estábamos aquí en la casa del pueblo, Fernando tenía fiebre muy alta y no se le pasaba. Una de aquellas mañanas, Juan Carlos dijo que iba a salir, dijo que iría a Ribadeo a hacer unas fotos y que volvería por la tarde, la siguiente noticia que tuve de él fue a la mañana siguiente, la del accidente en un pueblo de Galicia, había muerto.

—¿Te avisaron a ti antes que a nosotros de su muerte?

—Supongo que la Guardia Civil se personaría antes en casa de vuestra madre a comunicároslo, aunque yo sí que recibí una llamada porque el coche en el que iba era mío. No me puedo olvidar de aquel día, Fernando seguía muy mal, tuve que dejarlo con mi hermana para ir hasta el lugar del accidente.

—Me sorprende que después de dos años de relación Juan Carlos nunca nos hablara de ti ¿sabes por qué? —dije dudando temiendo que aquello empezara a parecer un interrogatorio.

—Juan Carlos me dijo que su familia empezaba a cansarse de tantas novias, con algún intento de boda incluso que no cuajó y que ahora os prefería dejar al margen.

Le expliqué a Rosa que nuestra idea del viaje de Juan Carlos durante los días de su muerte era otra diferente y que en el coche llevaba las cenizas de mi hermano porque a mi madre le hacía ilusión llevarlas hasta Fisterra y arrojarlas allí, ya que se suponía que era el lugar al que iba mi hermano, según nos contaba.

—Y Juan Carlos quería ir hasta allí, al enfermar Fernando aquello nos cortó el viaje, de hecho íbamos a ir los tres, no sé si el día del accidente iba hacia allí o hacia donde, pero Juan Carlos quería ver un atardecer de invierno junto al Faro de Finisterre, no sabía muy bien por qué, pero hablaba mucho de eso —una lágrima empezó a bajarle por la mejilla, pero continuó hablando—. Pero no me quiero poner triste, bastante he llorado ya. Y si Juan Carlos nunca os habló de mí ¿Cómo sabías mi nombre cuando nos hemos encontrado esta tarde?

—La verdad es que es una larga historia... me hablaron de que mi hermano iba acompañado por una chica durante su viaje, una chica rubia, de ojos azules, de aspecto nórdico, aunque por tu acento creo que eres asturiana de pura cepa —dije sin querer entrar en más detalles y restando importancia.

—Bueno, ya sabes la leyenda que hay en Cudillero.

—¿Qué leyenda? Normalmente esas cosas me las contaba mi hermano y no me habló de leyendas de este pueblo.

—Pues dicen que hace más de mil años llegaron hasta Cudillero vikingos procedentes de Dinamarca creando un puerto base desde donde abastecerse para sus incursiones hacia el sur. Algunos de ellos se casaron y procrearon con las gentes de aquí, por lo que todavía hay descendientes en el pueblo con rasgos del norte de Europa.

—¿Es verdad esa historia? No la conocía.

—A mí siempre me la están recordando, a Fernando le pasará lo mismo, pero lo cierto es que mis padres y mis abuelos han sido siempre de aquí, incluso conocían el *pixueto*, un dialecto típico de Cudillero con palabras de origen nórdico y que ya hablan muy pocas personas. A tu hermano toda esta historia le encantaba e incluso se reunía con un viejo pescador del pueblo que sabía todas esas palabras.

Pensando en aquella curiosa historia, tras unos segundos sin que ninguno de los dos dijese nada más y dando el primer sorbo a un café que se empezaba

a quedar frío, decidí pedirle un favor a aquella mujer.

—Iba a ir a la playa del Silencio, mi hermano me habló de ese lugar, que ya veo que también es especial para ti.

—Mejor te acompañamos, es posible que tú no sepas llegar solo —se ofreció Rosa incluso antes de que le pidiera que me acompañara.

Nos montamos en un Seat León. Rosa conducía, yo iba en el asiento del copiloto y Fernando se subió bien abrochado en una sillita para niños en la parte trasera del vehículo. Desde Cudillero salimos hasta la carretera principal y unos 15 kilómetros en dirección oeste llegamos hasta un pequeño pueblo llamado Castañeras. Desde allí, en dirección a la costa circulamos por un camino hasta un aparcamiento a partir del cual tuvimos que continuar andando para llegar a la playa a través de un bosque. Tras los últimos árboles descubrí una playa de altos acantilados, donde las aguas transparentes llegaban a la orilla en forma de olas que mecían suavemente las piedras en un sonido muy peculiar, el aspecto era de lugar totalmente virgen y aquella tarde estaba totalmente solitaria.

Boquiabierto y emocionado al estar en aquel lugar del que me había hablado mi hermano con tanto cariño, recordé una escena del pasado. Algunos domingos cuando éramos niños, viviendo en Almería, solíamos ir en familia a la Playa de los Muertos en Carboneras. Dejábamos el coche junto a la carretera y bajábamos por un camino bastante empinado por la ladera de la montaña. Abajo encontrábamos un lugar muy tranquilo, una bonita playa de aguas cristalinas, aunque diferente a la de aquella de Asturias en cuanto a la forma de sus rocas y acantilados. En aquellos veranos de nuestra infancia, mi padre nos enseñó a hacer castillos de arena, primero nos decía que teníamos que llenar el cubito de agua para ir mojando la arena, aunque no demasiado para que las piezas del castillo pudieran sostenerse. Poníamos una base de piedrecitas en forma de cimientos. Sobre ellos íbamos haciendo pequeños montones de arena y los íbamos mojando, sobre esos montones superponíamos otros dando forma a un muro perimetral cuadrado. El interior lo íbamos excavando y alrededor también abríamos un foso. En cada esquina hacíamos pequeñas torres redondas y lo decorábamos todo con piedras y conchas. El día se nos pasaba en un abrir y cerrar los ojos entre aquellas construcciones cada vez más ambiciosas y los chapuzones en el agua con las gafas de bucear viendo peces y corales.

—Estás haciendo exactamente el mismo castillo que solía hacer Juan Carlos —dijo Rosa, mientras Fernando sonreía con gesto divertido.

Apenas había sido consciente de lo que estaba haciendo, pero me había puesto de rodillas y había comenzado a construir un castillo de arena, por unos minutos había viajado mentalmente desde Asturias hasta aquella lejana playa de Carboneras recordando mis días de infancia.

Reaccioné y estaba en un lugar diferente, pero con una magia similar, en esencia eran situaciones muy parecidas. Ahora el niño era Fernando, que tomó la iniciativa prosiguiendo con la construcción tras haber acercado hasta el lugar nuevas piedras.

Tras aquellas tareas de construcción, continuamos paseando un poco más, aunque no pudimos alargarlo en exceso, ya que hacía frío y el cielo ofrecía indicios de que nos iba a dejar sin luz en breve, aunque el atardecer ofrecía una imagen de colores espectaculares.

—Rosa, aunque mi hermano no lo hiciera, creo que a mi madre le gustaría ver una foto tuya y de Fernando, al fin y al cabo, él es, de momento, el único heredero de la forma de hacer castillos de arena de mi familia.

Cogí mi teléfono y nos hicimos una fotografía los tres, cuando nos vi en la pantalla tuve la sensación de compartir imagen con dos personas a las que me unía un lazo familiar, decidí que visitaría de vez en cuando Cudillero y que Fernando sería el sobrino que ya nunca podría tener.

21. Atardecer occidental

Saboreando aún las noticias que traía de Cudillero, y aunque el trayecto hasta Ribadeo era de apenas una hora, me detuve unos minutos a ver el atardecer frente al puerto de Luarca. Aprovechando la libertad de conducir, preferí circular por la carretera de la costa y así pasar por los pueblos que hay en la zona occidental asturiana. Me sorprendió aquella villa de casas blancas y de colorido y ambiente en su gran puerto pesquero, con una gran mayoría de embarcaciones tradicionales. El sol caía mar adentro y los colores se tornaron entre rosas y cobres.

Mientras disfrutaba de las vistas, pensaba en que probablemente aquellos dos años de relación convertían a Rosa en la chica con la que más tiempo había estado mi hermano. Al contrario de lo que me ocurría a mí, tenía tanta facilidad para encontrar novias como para romper con ellas y seguir adelante como si no hubiese ocurrido nada con casos realmente sonados.

Ibiza 2012

Lo anunció con menos de un mes de antelación, estábamos acostumbrados a sus locuras, pero aquella ya excedía los límites, aunque accedimos y en octubre de 2012 nos desplazamos hasta Ibiza mi madre, mis tíos, varios primos y yo. Llegamos a la isla una expedición familiar de siete personas para la boda de mi hermano con Jude, una joven británica residente en Sevilla que Juan Carlos había conocido en la isla balear a principios del verano de ese año. Coincidimos en el desayuno en el hotel con la pareja y la familia de la chica, allí vimos por segunda vez a Jude, a quien conocimos el mismo día que nos anunciaron que se casaban en una visita *express* a Madrid. Mi madre llevaba tiempo esperando a que yo me casara, yo que sí era de tener novia formal y relaciones largas. Sin embargo, aquel anuncio de Juan Carlos y una chica que a duras penas nos entendía por el idioma, fue una sorpresa. Mi madre lloró mucho tras la noche en que nos anunció la boda, aunque en los días posteriores fue ilusionándose ante la posibilidad de llevar al altar a su hijo. Eso, pese a que no fuese en una ceremonia religiosa como ella hubiese querido.

La familia de Jude no hablaba español y mi familia no hablaba inglés, por

lo que el encuentro entre ambas partes de la unión en el desayuno del hotel se limitó a miradas y sonrisas mientras los novios hablaban de cómo sería la ceremonia y los planes que tenían posteriores.

Durante el día estuve intentando mantener tranquila a mi madre, la boda sería al atardecer con un altar preparado en la arena de la playa, según la fotografía que nos había enseñado Juan Carlos, bajo una pérgola con flores, el mar de fondo y con alfombra blanca, oficiada por un maestro de ceremonias contratado para la ocasión y posteriormente con un banquete de platos tradicionales de la zona en una terraza del hotel. En total, íbamos a ser unos 25 invitados, ya que a los escasos asistentes de ambas familias se sumarían algunos amigos de Ibiza que tenía la pareja.

A las 5 de la tarde, mientras había dejado a mi madre intentando descansar, alguien golpeó con la mano en la puerta de mi habitación del hotel. Abrí y era Juan Carlos.

—¡Se ha marchado! —entró diciendo.

—¿Cómo dices?

—He querido ser sincero con ella y le he contado que unas semanas después de conocerla estuve con otra chica, lo nuestro aún no era serio, creo que le ha entrado el miedo escénico y se ha marchado, vamos, que no habrá boda —dijo mientras se sentaba en la cama de la habitación con la cabeza entre las manos.

Mi primera reacción fue reírme, la escena era bastante cómica y de hecho, no me sorprendía aquello que estaba pasando pese a que solo quedaban tres horas para el inicio de la boda. Pasado el impacto inicial, me puse serio y le pregunté si era verdad lo que me estaba contando porque a veces Juan Carlos se pasaba de gracioso. Entonces le vi la cara y lo noté serio y preocupado como nunca, no por él, sino por la explicación que le daría a mi madre.

—Creo que la responsabilidad de decírselo a mamá debe ser tuya —sentencié, mientras lo sacaba de la habitación y le indicaba donde estaba nuestra madre, aunque la reacción de Juan Carlos fue perderse por el pasillo diciendo que mejor esperaría un poco.

Casi sin crearme aún lo que estaba sucediendo, paseé por la playa, los preparativos para la boda habían comenzado, de hecho, pude pasear por la alfombra blanca, la misma que ya no iban a recorrer mi hermano ni mi madre. Tras un breve paseo y escondido bajo unas rocas intentando ganar fuerzas, me encendí un canuto de cannabis y le dí varias caladas rápidas. Busqué relajarme y noté cómo poco a poco la hierba fue consiguiéndolo. Al regresar

por el lugar donde estaba todo preparado para la boda pregunté por el encargado de la organización, tras varias vueltas de un lado para otro le comuniqué que la boda no se iba a celebrar por un imprevisto, el hombre me preguntó por el banquete y le dije que en unos minutos le diría qué ocurría definitivamente y que mi hermano hablaría con el director del hotel para zanjarlo todo. Me dirigí entonces hasta la habitación de mi madre, al acercarme por el pasillo me encontré la puerta abierta y desde el exterior pude oír risas.

Al entrar miré directamente a mi hermano, que sonreía frente a mi madre, al verme entrar, me miró y me hizo un gesto de despreocupación.

—¿Mamá? —pregunté.

Mi madre estaba sentada sobre la cama.

—Hijo, tu hermano que ha mantenido el suspense hasta el final, con el susto que yo tenía metido en el cuerpo porque se iba a casar con una extranjera desconocida y ha aguantado la broma hasta la misma tarde de la boda, al final nos vamos a pegar unas vacaciones en Ibiza gracias a él, porque va a pagar él.

No me podía creer lo que escuchaba, pero tampoco me sorprendía ya en mi madre. En tiempos atrás le habría subido la tensión y estaríamos en el hospital y aunque ahora sabía que llevaba el dolor por dentro, desde la muerte de mi padre había aprendido a afrontar los reveses. De hecho, en los últimos tiempos ante las locuras de mi hermano, siempre actuaba así, restando importancia a todo. Sabía que mi hermano era un niño alocado, pero lo quería con locura y siempre aceptaba todo lo que hacía, aunque nos hubiese hecho ir a Ibiza para una boda que no iba a terminar celebrándose.

Yo me tuve que contener la rabia, aunque poco a poco me fui mentalizando de que efectivamente aquello era lo mejor, una boda con una persona a la que apenas conocía probablemente no llegaría muy lejos y lo mejor en aquellos instantes sería que disfrutásemos del lugar y de los días de descanso, ya que bastante me había costado conseguirlos en la empresa.

Mi hermano bajó a dar nuevas instrucciones al director del hotel. La ceremonia de la boda se anuló, pero se mantuvo la comida, tanto con nuestra familia, los amigos de mi hermano y hasta los seis familiares que habían acudido por parte de la inglesa, aunque la novia había desaparecido.

—Hermano, yo quería casarme, de verdad, quería casarme con esa chica y es un palo para mí, pero tampoco me voy a pasar los próximos días llorando estando donde estamos. —aquel discurso de mi hermano me sonaba, era el mismo que tantas otras veces, tantas otras meteduras de pata a las que restaba

toda la importancia y seguía como si nada o incluso yo diría que buscando una locura mayor por cometer.

La “no boda” terminó con mi madre, mi hermano y yo en el balcón de la habitación bajo la luna ibicenca y vistas al mar, con una copa en la mano y brindando por aquellos tres magníficos madre e hijos siguiendo adelante pasara lo que pasara en la condición de inseparables. Pero mi buen humor de aquella noche cambió al día siguiente.

Tras aquel viaje a Ibiza me mantuve un tiempo crispado con él, casi ocho meses sin apenas hablarle, sin cogerle el teléfono, estuvo mucho tiempo detrás de mí para intentar quedar y que nos viésemos para comer hasta que una noche me asaltó a la salida del trabajo. Él me pidió disculpas, aunque me aseguró que no se arrepentía, yo le pedí a Juan Carlos que la próxima vez no hiciera las cosas tan a la ligera, que nuestra madre era ya mayor y su salud no estaba para muchos disgustos. Él, que dijo comprenderlo, se comprometió a que a partir de entonces ya solo nos presentaría a alguna próxima pareja si era algo serio, estable y que perdurase en el tiempo.

Volviendo de mis pensamientos en Ibiza a mi presente en Luarca, ya con las luces del pueblo encendidas, volví al coche para retomar la marcha hasta Ribadeo pensando que a veces nos cuesta demasiado perdonar y que tras aquella boda frustrada había perdido ocho meses de compañía de mi hermano, otros ocho.

22. Descontrol

Había llegado en torno a las ocho de la tarde hasta el pequeño hotel rural en el que me hospedaría aquella noche, después de haberme tomado el viaje desde Cudillero con calma pasando por Luarca, Navia y Tapia de Casariego. En aquel punto de la carretera entre Ribadeo y Foz, ya en territorio gallego, había una notable sensación de humedad con carga salina, el mar estaba cerca. Había una niebla mínima, casi imperceptible, pero que se dejaba ver entre las luces y empañaba los cristales. Una mujer mayor, que se presentó como la propietaria de la casa, Teresa, me recibió al tocar el timbre, me tomó los datos y me enseñó la habitación, para cuyo acceso había que salir de la casa, rodearla y desde la zona trasera junto al aparcamiento, se accedía a la habitación.

Era un lugar sin lujos, aunque aquella parte trasera de la casa tenía un bonito porche con mobiliario de jardín. La habitación por dentro era bastante acogedora, de decoración rústica, muy limpia, con dos camas y flores frescas sobre una cómoda antigua. Había llegado allí por recomendación de Minerva.

Acomodé el equipaje en un armario de madera, aunque dejé la mochila fuera, sobre un escritorio que había junto a la ventana. Aunque era de noche y apenas había luz, en el exterior se apreciaba lo que parecía un huerto.

Entré en la ducha. Mientras corría el agua sobre mi piel mi mente se accionaba y repasaba las cosas ocurridas durante el día. Haber conocido a la mujer rubia misteriosa y última pareja de mi hermano junto a su hijo fue una grata experiencia con la que pude desvelar incógnitas sobre los últimos días de Juan Carlos, aunque aún quedaban en el aire bastantes dudas, sobre todo acerca de sus últimas horas y el extraño trayecto en coche que llevaba cuando murió.

Salí de la ducha con la determinación de volver al día siguiente al lugar del accidente, repasar los movimientos y nuevamente los correos electrónicos, aunque me sentía bastante pesimista con la posibilidad de averiguar algo más y ni siquiera sabía si quería saber más cosas, mi hermano estaba muerto y, desgraciadamente, aquello ya nadie podría cambiarlo.

Llamé a mi madre, nuevamente manteniendo muchas reservas sobre lo que

estaba siendo aquel viaje. Por supuesto, no le conté que había conocido a la que había sido compañera de mi hermano en los dos últimos años. Decidí que a la vuelta le daría detalles y le mostraría la fotografía que me había hecho con madre e hijo e incluso le daría una que me había dado Rosa en la que estaban los dos con Juan Carlos, ya que transmitía un lado humano de mi hermano bastante agradable y que creo que a mi madre le haría ilusión. También escribí a Minerva, pero no me contestó.

Llamé al timbre de la recepción del hotel y nuevamente acudió Teresa. Le pregunté por algún lugar para cenar y me recomendó varios lugares típicos y frecuentados por turistas tanto en Ribadeo como en Foz en los que, según ella, en aquella época del año, no iba a encontrar problema para cenar porque en verano, en temporada alta, sí daban problema para conseguir una mesa. Me recomendó además que no me perdiera el pulpo ni el vino Ribeiro, aunque gastando cuidado con los controles de la Guardia Civil a la vuelta, ya que eran bastante habituales en aquella carretera.

Ya con la noche bastante avanzada y temiendo que me cerraran las cocinas, salí rápidamente hasta Ribadeo, pueblo al que llegué en apenas cinco minutos. En una céntrica plaza encontré aparcamiento y con la ayuda del GPS de mi teléfono móvil llegué hasta uno de los bares que me había recomendado la mujer de la casa rural.

Era un restaurante no muy grande, tenía un salón en el interior con mesas y sillas de madera, pero me quedé frente a la barra en una zona con bancos y mesas altas, en una de ellas me acomodé mientras escuchaba hablar inglés a una familia que había en el salón. Siendo ya algo tarde, éramos los únicos clientes del restaurante, que tenía una carta de platos no muy amplia, aunque el lugar tenía muy buenas críticas por ser exponente de la gastronomía típica de la zona. Me decanté por el pulpo *a feira* ^[3] con una jarra de Ribeiro. El vino salió rápido servido en una jarra de algo más de medio litro con unas pequeñas tazas especiales para tomarlo. El pulpo tampoco se demoró, con una primera sensación de estar muy rico y blando, algo que se confirmó conforme fui avanzando en mis bocados con el suave vino blanco.

Ante la generosa tabla de pulpo, bebí y bebí. Pedí una segunda jarra, notando cómo se me iba subiendo a la cabeza. Aquella noche no me importó, necesitaba olvidarme de todo unas horas teniendo en cuenta que mi estado de ánimo era bastante bajo. Echaba de menos alguna compañía, a mi hermano y a Minerva, me acordé del trabajo y de que aquel viaje estaba llegando a sus

momentos finales, a la vuelta me esperaba mi madre, que seguiría compungida por la pérdida de un hijo que se sumaba a la pérdida de su marido años antes. No le quedaba a nadie más, así que tendría que volver a Madrid, a estar con ella y a un trabajo que cada vez me agobiaba más y me gustaba menos, pero sin posibilidades de cambio.

La familia de británicos se levantó tras pagar la cuenta y se marchó, los camareros empezaron a barrer el salón y mi segunda jarra de vino se terminó. Pedí la cuenta que me trajeron acompañada por una botella de licor de hierbas con un pequeño vaso de chupito. Lo llené y me lo bebí de un trago, me ardió la garganta en un primer momento, pero me dejó un gusto ligeramente dulce. Volví a llenar el vaso y repetí la operación rápidamente dos veces más, por lo que tras pagar y dejar una generosa propina, salí del restaurante a la fría noche de Ribadeo casi tambaleándome. Pese a ello sentí que necesitaba seguir bebiendo y en la acera de enfrente encontré un bar abierto, solo recuerdo de él que era un lugar oscuro y que el camarero era muy bajito. Me sirvieron un gintonic con ginebra rosa, le dí un largo primer trago, pero el local empezó a dar vueltas, me sentía cada vez peor, muy mareado. Dejé un billete de 10 euros sobre la barra y salí de allí.

El alcohol me había afectado mucho. Apenas había avanzado dos pasos sin dirección, cuando me tambaleé. No sentí dolor, pero sí noté entre mi espalda y mi trasero el suelo frío, mi rostro estaba húmedo de un sudor abundante. El bar había desaparecido, solo divisaba una calle estrecha que bajaba en dirección de lo que debía ser el paseo marítimo porque en el fondo creía divisar el mar. Seguía sentado en aquel trozo de suelo empedrado sin encontrar motivos suficientes por los que levantarme.

La calle estaba desierta, necesitaba ayuda, pero no sabía donde encontrarla. No tenía ni idea de cómo iba a volver al lugar donde tenía que dormir aquella noche, no recordaba ni siquiera dónde estaba la llave del coche, todo seguía nublado, borroso, tendiendo al negro. De repente, una mano se posó sobre mi hombro, una voz dijo algo que no llegué a entender, sé que alguien hizo que me levantara y entonces me sentí flotar, me preguntaron algo que no supe responder, no sé si caminé o me llevaron en silla de ruedas, si fui a un coche o a un ambulatorio, si me acosté yo solo o me acostaron, solo sé que todo dejó de estar borroso para volverse negro y olvidar aquel desastre de noche sin Juan Carlos, sin Minerva, sin el pequeño Fernando, sin mi madre, solo yo vagando borracho por unos lugares que no me correspondían a mí, sino a mi hermano muerto.

23. Del infierno al cielo

Cuando una playa ya de por si espectacular tiene arcos de roca de 100 pies de altura a modo de contrafuertes de una catedral gótica, se convierte en fantasía. Los arcos de la Playa de Las Catedrales dan rienda suelta a la imaginación. Los pies del gigante descansan enterrados en la arena. Se descuidó y el viento fue capaz de perforar el muro para convertir la piedra en túnel. Es como la vida y la superación de barreras, cuestión de fuerza o de generar oportunidades.

No es la primera vez que vengo, pero sí es cierto que en otras ocasiones había estado en verano, pero la playa de Las Catedrales en invierno es más especial aún, lejos de la masificación que tiene en los meses de julio y agosto. Cuando la marea baja, te puedes mover con total libertad entre sus arcos, buscar la perspectiva apropiada para hacer fotografías, dar un agradable paseo y meditar, porque independientemente de que se considere una de las mejores playas del mundo, As Catedrais da para meditar, para pensar en la infinitas posibilidades de la naturaleza, en cómo todavía quedan lugares que el hombre no podría crear con todos los artificios del mundo.

La playa de las Catedrales es magnífica, pero en todo el entorno de Ribadeo hay un conjunto costero excepcional, he podido pasearlo mientras esperaba a que bajase la marea en un día de invierno de cielo azul. Ya sabes que yo siempre dije que el azul es el color que guía mis pasos. Solo he encontrado un aspecto negativo, no venir hasta aquí acompañado, en solitario se disfrutan estos lugares, pero acompañado supongo que deben ser mejores, he echado de menos a alguien con quien compartir mis impresiones, una sonrisa a la que mirar disfrutando de los paisajes, una mirada que reflejase el infinito mar y ese azul del cielo que me apasiona.

Hermano, mañana seguiré hasta Fisterra, quiero ver ese atardecer del final del camino en un mes de enero y echar el cierre a este viaje inolvidable, uno más. Ya sabes lo que te digo siempre, aún estás a tiempo de vivirlo conmigo. Un beso hermano.

Desperté con la sensación de que la habitación daba vueltas y con un enorme vacío en la memoria. Desconocía la forma en la que había llegado a la habitación de la casa rural, pero había despertado allí aquella mañana. Un cuerpo femenino dormía en la cama de al lado. Su cabello pelirrojo era inconfundible ¿Era realmente Minerva o todavía me duraba el efecto del Ribeiro y el licor? Mientras me despertaba y salía de la cama completamente desnudo sintiendo vergüenza de mi estado de la noche anterior, intenté rehacerme y pensar si tenía alguna pastilla para aliviar aquel horrible dolor de cabeza. Me fui hasta uno de los compartimentos de la maleta y había un pequeño estuche con analgésicos, cogí uno y me fui al baño para poder tomármelo con un poco de agua. Tras hacerlo, salí de nuevo a la habitación enrollado en un albornoz y Minerva estaba sentada en la cama mirándome. Pocas veces en toda mi vida había sentido tanta vergüenza como aquella mañana.

No recibí ni críticas ni reprimendas, solo caricias, abrazos y su mirada, comprensiva y tranquilizadora. Ella siempre aparecía sin esperarla, en menos de una hora ya en París pulsó un interruptor de mi vida que no sabía que estaba, después llegó a San Vicente de la Barquera generando un cataclismo y anoche supo ser mi heroína para sacarme de los bajos fondos. Me trató con dulzura, volvimos a disfrutar de una ducha juntos, desayunamos en el porche frente a aquella naturaleza gallega donde ya la primavera empezaba a despertar y supo esperar para pedir explicaciones a salir de aquel lugar, una vez que me había aplicado el bálsamo de su compañía para que me recuperase.

—¿Sueles tener problemas con el alcohol? —me preguntó Minerva mientras yo conducía.

—Tanto como problemas... alguna vez he tenido algún exceso, pero supongo que como todo el mundo.

—No conozco a mucha gente a la que hayan tenido que recoger del suelo borracha, te tuve que llevar a cuchus ^[4] hasta el coche.

—Siento mucho lo que sucedió, no me gusta nada que me hayas visto en este tipo de situación, me sentí solo y hundido por lo de mi hermano.

—Tranquilo, si lo comprendo, pero me gustaría que me hablaras con sinceridad y te tengo que hacer una pregunta ¿te drogas?

—¿Por qué dices eso? —pregunté haciéndome el sorprendido, aunque no lo estaba.

—Me pediste una raya de coca.

—A ver... te iré contando cosas poco a poco, pero no me drogo, al menos no ahora, ni nunca ha llegado a suponer un problema grave... —dudé—, ahora solo estoy con la moral muy baja, es solo eso.

Minerva se quedó en silencio.

Desde Ribadeo en dirección a la Playa de Las Catedrales, que está hacia el oeste, hay un conjunto de playas bastante atractivas, a todas se accede a través de una carreterita junto al mar y sobre el acantilado, en cuya parte baja hay bonitas playas de arena fina. El mar golpeaba con fuerza y el espectáculo era bastante bonito. La *Praia* ^[5] *de Xuncos*, la *Praia dos Castros* o la *Praia das Illas* fueron algunas de las que visitamos con tranquilidad haciendo tiempo para que la marea bajara y en torno a la una de la tarde poder llegar a la playa de Las Catedrales en su máximo apogeo para pasear bajo sus arcos de piedra.

Me lo había contado mientras desayunábamos. Minerva aprovechó que su padre estaba de viaje y no necesitaba el coche para acercarse desde Santander hasta Ribadeo. Como sabía el lugar donde me hospedaba porque ella misma me lo había recomendado el día que estuvimos juntos en Ribadesella, se plantó allí intentando darme una sorpresa. Al llegar le abrió Teresa, le habló de los lugares que me había indicado para cenar y decidió ir a buscarme. Tras estar en un par de bares, me encontró tirado en la calle en aquel estado calamitoso entre sudor y vómitos a punto de perder la conciencia. Con la ayuda de uno de los camareros del bar, Minerva pudo trasladarme hasta su coche. Pensó en llevarme al centro de salud, pero como lo que me ocurría era evidente, una buena cogorza, decidió regresar hasta la casa, a duras penas me pudo sacar del coche, al parecer ya con algo de ayuda por mi parte -aunque yo no lo recordaba- y una vez en la habitación me desnudó y me metió en la cama. Aquella mañana, tras haber dormido bastantes horas, el analgésico y el desayuno, me encontré bastante mejor y aunque la resaca se dejaba sentir con un leve dolor en la sien, no era tan intenso como parecía que sería cuando desperté.

En aquel recorrido costero y ya en la *Praia das Illas*, dejamos el coche aparcado junto a la carretera y bajamos por una escalera hasta el nivel del mar. Aquella playa estaba compuesta por dos buenas extensiones de arena, rotas por una hilera de islas en cuya cúspide a floraba la hierba. Algunos paseantes más rondaban el lugar, con un intenso viento, en un día que alternaba nubes y claros y con un movimiento del mar que poco a poco parecía que

decrecía.

Al bajar a la arena nos quitamos los zapatos y aunque sentimos el frío en la planta de nuestros pies, nos pudimos permitir caminar descalzos en aquel lugar tan especial.

—Minerva... —comencé a hablar mientras la paraba en la arena y me ponía frente a ella bastante serio—. Siento mucho lo que ocurrió anoche y es verdad que estoy atravesando una racha mala por la pérdida de mi hermano y con todas las incógnitas que me están acompañando en este viaje. Sin embargo, también tengo que decirte que no soy una persona ejemplar como podría decir mi buen puesto de trabajo o mi apariencia de hombre serio y responsable. Sí, soy un tipo que ha empleado noches en solitario a beber, que se ha metido sus rayas de coca de vez en cuando y que intenta buscar el sosiego que no tiene entre canutos de “maría”, pero todo esto que ha ocurrido últimamente me ha hecho reflexionar, estaba intentando quitarme de todo eso, pero anoche...

—Yo solo quiero sinceridad.

Dudé, pero continué hablando.

—Anoche me vi en un lugar desconocido, solo en un bar, llorando a mi hermano, echando de menos las cosas que dejé de hacer con él, pensando en la vuelta a Madrid y al día a día sin motivaciones, me sentí la última mierda del mundo.

Minerva no dijo nada, me acarició el pelo y me besó. No supe si aquella reacción era mejor o peor que si me hubiese regañado o hubiese salido corriendo de allí tras mis palabras, pero aquel gesto me emocionó tanto como para que me resbalaran un par de lágrimas por el rostro, miré aquella cara pálida con su cabello ondeando al viento, el mar contorneándose al fondo, aquella playa sin fin tan lejos de casa y cuando fui consciente de que aquello era real y presente, le cogí la mano y noté una puñalada en el pecho ¿Era aquello amor? Hacía mucho que no sentía algo similar, al menos fuera de mis sueños, miré entonces a la realidad fijamente a los ojos y besé a Minerva.

24. Cambio de dirección

Después de despertar de aquellos besos con Minerva, nos dirigimos hasta la playa de Las Catedrales. Era uno de los lugares más esperados de todo el viaje, llevaba pensando en él desde que decidí emprender aquel camino y repasando los correos electrónicos de Juan Carlos. Su texto estaba acompañado de una fotografía, se veía en un lugar elevado con una de las arcadas de la playa de fondo en un día bastante nublado con la marea baja. Sin embargo, he de decir que ya no sabía si aquella foto era del mes de enero en el que mi hermano supuestamente había hecho su último viaje o si era de algún viaje anterior.

Intenté no pensar en mi hermano y quise vivir el escenario por mí mismo, así que cogí de la mano a Minerva y me centré en disfrutar del lugar. Había algunos coches en el aparcamiento y aunque no eran muchas las personas que estaban visitando la playa, sí que había más gente de la que habíamos encontrado hasta llegar allí. Bajamos por una escalinata bastante cómoda adosada al acantilado y nos encontramos con una primera explanada circular, a la derecha era donde se iniciaba el recorrido hacia los arcos y caminamos hacia allí con un vestuario algo peculiar de sandalias y bañador, ya que probablemente tendríamos que mojarnos, pero sudadera y chubasquero, lo que hacía que llevásemos algo de frío de cintura hacia abajo.

Paso a paso nos fuimos adentrando en aquella playa, surcando tramos de roca intercalados con otros de arena, descubriendo la hilera de arcos encadenados y en línea, pero también adentrándonos por sus recovecos, los pequeños huecos entre la roca, los espacios interiores con pequeñas lagunas del agua que se había quedado estancada al bajar la marea y los curiosos detalles de las rocas. Me hice fotos con Minerva, jugamos a salpicarnos agua, nos ayudamos cuando hubo que subir sobre alguna roca y corrimos durante algunos instantes para intentar entrar en calor, aunque este solo llegó cuando nos acercamos y nos abrazamos.

Dos horas después miré el reloj y me di cuenta de que el tiempo había pasado volando centrándome en aquella visita y en la compañía, olvidándome de todo lo demás. Los pensamientos sobre mi hermano, mi madre o el trabajo habían pasado al olvido intentando vivir aquella experiencia en primera

persona.

Fue entonces cuando recordé de nuevo la sonrisa de Juan Carlos. Él siempre había tenido problemas con el trabajo, bien porque tuvo muchas épocas en paro o porque cuando tuvo trabajo siempre era temporal o en algo que no le gustaba. Tampoco había tenido una vida sentimental sencilla, con varios desengaños, otros también forjados por él, incluso le tocó a él vivir en primera persona la muerte de nuestro padre. Sin embargo, todos los recuerdos que tenía de él eran los de una persona alegre y sonriente, no miraba hacia atrás, sí intentaba exprimir el momento y de cara al futuro solo pensaba en el día siguiente, nunca trataba de ir más lejos. Su filosofía era siempre la de no planificar más de lo que uno estuviera seguro de lo que pudiera vivir. Es verdad que había hecho viajes, pero cuando estaba en Almería o en Madrid siempre había sido un soñador en su propio barrio, le llenaban las pequeñas historias del día a día, era capaz de hacer descubrimientos a la vuelta de la esquina y disfrutar con ellos. Cuando le hablaba de reuniones de trabajo en las altas esferas, de noches sin dormir planificando campañas o de grandes clientes que estaba a punto de cerrar, él nunca me felicitaba, siempre me decía que yo estaba suficientemente capacitado para hacer todo aquello y que no tenía mérito, que lo que le daba magnitud a un reto no eran las corbatas ni los billetes en un bolsillo, sino el superarse y conseguir algo a lo que uno temía, aquellas cosas que la mayoría duda que conseguiremos, el sobreponerse a un problema, sonreír y ponerse a solucionarlo o a hacer otra cosa con total naturalidad.

—¡Despierta! ¿Qué estás pensando? —me sorprendió Minerva de repente.

—Lo que estoy pensando tiene una difícil explicación, pero creo que no estaría mal cambiar de vida y por una vez hacerle caso a mi hermano pequeño.

Ella no comprendió aquello, pero me respondió con un beso en la mejilla mientras apretaba aún más fuerte mi mano.

Subimos desde la playa en dirección al aparcamiento, pero decidimos recorrer la zona por arriba a través de un sendero que había sobre la montaña, determinamos que aquella había sido la zona donde mi hermano se había hecho la fotografía y nos hicimos una los dos con un palo de *selfie* que llevaba Minerva. Decidí que le mandaré aquella imagen a mi madre y que con ella le presentaré a Minerva.

Tras un último paseo, en torno a las 5 de la tarde nos despedimos de la Playa de Las Catedrales, nos quedaban 3 horas por delante en coche hasta

llegar a Fisterra, aunque antes de salir teníamos que ir a por mi coche alquilado, que se quedó la noche anterior en el centro de Ribadeo, ir desde allí en los dos coches hasta Lugo donde lo dejaríamos en una sucursal de la empresa de alquiler de coches y desde allí retomaríamos el camino hacia nuestro destino en el coche del padre de Minerva. No obstante, en aquellos kilómetros, teníamos que afrontar un lugar al que temía. Entre Ribadeo y Lugo había que pasar por Baamonde, el pueblo en el que murió mi hermano. Necesitaba detenerme allí para encontrar alguna nueva explicación.

25. El lugar

Cerca de las confluencias entre las autovías A-8 y A-6 en Baamonde se han producido numerosos accidentes mortales, aunque la carretera aparentemente no es complicada. Sin embargo, la muerte de mi hermano tenía menos sentido aún al producirse en un tramo sin curvas y en un día sin lluvia ni niebla. Pero además ni siquiera iba por la autovía, marchaba por la carretera nacional VI, que va en parte paralela a la Autovía del Noroeste. Un fallo del coche o que se hubiese quedado dormido podrían haber sido las causas de un accidente en el que el coche conducido por mi hermano chocó con las protecciones de uno de los laterales de la carretera, contravolanteó, terminó dando dos vueltas de campana y parándose contra un muro. El accidente fue de madrugada y no hubo ningún otro vehículo implicado. Un camionero se encontró el coche accidentado y avisó al 112, aunque ya no había nada que hacer. En teoría, la Guardia Civil estaba realizando una investigación más profunda de lo ocurrido, aunque poco más habíamos conocido al respecto.

Paramos los coches junto a la carretera, junto al punto kilométrico donde tuvo lugar el suceso había una salida hacia el camino de una finca, fue en su margen donde aparcamos. Tres meses atrás había estado en Lugo con mi madre para reconocer el cadáver de mi hermano, esperar a la autopsia y regresar con el cadáver a Madrid donde tuvo lugar el velatorio y la incineración. En Lugo solo pudimos estar en el Anatómico Forense del hospital, no quisimos ver el lugar del accidente, o más bien no quiso verlo mi madre, yo me quedé con ella en el hospital y fue un primo quien reconoció el sitio en el que ahora me encontraba junto a Minerva.

Había podido ver algunas fotografías en el informe de la Guardia Civil cuando me preguntaron por el vehículo, el cual no supe reconocer, pensamos que era de alquiler, hecho que después se descartó y tras la visita a Rosa pude confirmar que le pertenecía a ella.

Era una recta, una recta con el firme en buen estado y sin limitaciones ni obstáculos, el guardarraíl era nuevo, debieron sustituir el que quedó dañado tras el accidente y ya no se veían marcas ningunas ni en la calzada ni en el muro de piedra que separaba la carretera de unos terrenos agrícolas.

Caminé por ambos arcenes de la carretera, unos 200 metros en ida y

vuelta. El pueblo quedaba a unos 2 kilómetros al este, un kilómetro en dirección a Lugo había un cruce con una carretera comarcal, la población más cercana era A Pobra de Parga. Precisamente el río Parga transcurría también paralelo a la carretera en el lateral sur.

Debía estar muy serio observando y meditando sobre aquel lugar al que no le encontraba sentido. Me detuve pensativo, con la vista hacia Baamonde, pero con la mirada perdida. Minerva se acercó y me cogió la mano con fuerza.

—Se tuvo que quedar dormido, es difícil que pudiera ocurrir otra cosa — asentí, antes de que indicara a Minerva en un gesto con la mano que volvíamos a los coches y continuaríamos la ruta. Ella se había mantenido quieta, también en el arcén, pero más cerca del coche, observándome en la distancia.

Mientras estaba en aquel lugar, con sensación de frustración y sin encontrar explicación, llamé a Silva, el abogado y le dije que no hiciera nada más en torno al accidente, que ya había aclarado lo del coche y que viendo el lugar, lo único que había podido ocurrir es que se quedó dormido.

Con pasos lentos volvimos hasta el automóvil y mientras nos movíamos por el asfalto rugoso de la cuneta, un camión a gran velocidad pasó junto a nosotros azotándonos con el golpe de aire que formó tras él. En ese momento recordé algo que nos pasó a Juan Carlos y a mí bastantes años atrás.

Carboneras 1991

Era el día en el que yo cumplía 12 años y mi padre nos había dado dinero para comprar helados. Yo quería ir solo a la tienda del barrio, pero Juan Carlos siempre se empeñaba en venir conmigo y al final hacía que mis padres me insistieran en que me lo llevara. Para mí era una carga que un niño de 9 años viniera, yo que me creía mayor y empezaba a gustarme estar en la calle a solas con mis amigos.

Íbamos por la avenida principal de nuestro barrio, yo unos pasos por delante y él me seguía a pocos metros. En el paso de peatones para cruzar la calle, me giré para recriminarle que se diese prisa para cruzar, yo había bajado de la acera y estaba ocupando parte de la calzada. En ese momento, Juan Carlos comenzó a correr hacia mí y al llegar a mi altura se dirigió con los dos brazos extendidos hacia mi cintura para darme un fuerte tirón con todas sus fuerzas haciendo que los dos cayéramos hacia la acera de forma brusca. Cuando iba a pedirle explicaciones por lo que había hecho, noté una fuerte ráfaga, un roce junto a mi oreja y el claxon de un camión pasando por la calle, el vehículo me habría arrollado porque estaba ocupando la calzada en un

cruce donde yo tenía el semáforo en rojo. Juan Carlos me salvó la vida cuando yo le estaba regañando, quejándome de su lentitud y calificando su compañía de innecesaria.

En cada uno de sus viajes, Juan Carlos me solía pedir que lo acompañase, sin embargo yo nunca lo hacía. Quizás de haberlo acompañado aquella vez podría haberle salvado la vida como él lo hizo cuando teníamos 9 años, quizás podría haber conducido yo si él tenía sueño o haberle dado conversación para evitar la somnolencia. Sin embargo, sabía que ya de poco serviría pensar en el pasado y en lo que podría haber hecho, no tenía más sentido dar más vueltas a aquella carretera en las afueras de Baamonde, ni caminar por los arcenes buscando alguna marca que no aparecía. Juan Carlos habría mirado hacia adelante, habría pensado en el día siguiente.

Subido en el coche, miré buscando a Minerva que ya estaba arrancando el motor de su automovil. Dejé que pasara delante, cuando transitó a mi altura me sonrió levemente para en seguida centrarse en la carretera haciéndome sentir afortunado doblemente, en primer lugar por haberla conocido y después por haberme reencontrado con ella, algo que probablemente no hubiera ocurrido si no emprendo aquel viaje en homenaje a Juan Carlos. Cada vez tenía menos claro lo que ocurriría cuando regresara a Madrid, pero de lo que sí estaba seguro en aquel momento es que iba a hacer todo lo posible para que en mi mañana estuviese ella.

26. El testimonio inacabado

Tardamos entre Lugo y Fisterra más de 2 horas, en parte por autovía y ya en la parte final por carretera convencional. Como temíamos, no nos iba a dar tiempo a ver atardecer aquel día, puesto que cuando nos estábamos acercando al pueblo ya era de noche, así que nos dirigimos directamente hacia la pensión. Aunque me había propuesto mirar adelante y disfrutar de lo que quedaba de viaje, Minerva debió verme algo serio.

—¿Cómo quisiera Juan Carlos que te sintieras ahora? ¿Le gustaría verte con esa cara tan seria? —preguntó Minerva cuando dejamos el coche de alquiler y me subí en el suyo.

Sin duda que no, él siempre decía que había que sonreír, que la sonrisa era la salida para todo, un elemento psicológico fundamental para afrontar los problemas y encontrar soluciones en el laberinto de la vida. Así que entre aquel pensamiento y el canturreo de Minerva a las canciones que sonaban en la radio entre cortes y cortes por la mala recepción, fui recuperando en buena medida los ánimos hasta que llegamos al hotel en una calle de la zona alta de Fisterra con bonitas vistas al mar, cuya presencia en el horizonte aún se dejaba intuir gracias a unos tímidos y rezagados rayos de sol.

Dejamos el coche aparcado justo en la puerta del hotel. Descargamos las maletas, la mochila marrón, presentamos nuestros documentos de identidad y la mujer, en un cerrado acento gallego nos dio la llave y nos indicó que nuestra habitación estaba en la segunda planta, a la que accedimos por el ascensor.

La habitación no era muy especial, moqueta en el suelo, muebles en color cerezo y eso sí, unas preciosas vistas desde el balcón a la bahía, de la que destacaban algunas zonas pobladas iluminadas y el haz parpadeante a nuestra derecha de lo que parecía ser el faro de Finisterre.

Minerva y yo presenciábamos aquellas vistas, ambos nos dirigimos a aquella ventana justo al entrar en la habitación, la noche había caído, en mi caso tenía una sensación especial, cerrando mi noveno día de viaje estaba muy cerca del final, pensé en todos los lugares que había visitado desde que un tren me dejó en la estación de Zarautz. Ahora, mi mirada acompañada por la de Minerva, se centraba en aquellas vistas que se extendían alejándose de los tejados de Fisterra. Ambos nos miramos, nos sonreímos y nos citamos en la

ducha.

Aquella noche ni siquiera bajamos a cenar, hicimos el amor, dormimos y descansamos. A la mañana siguiente salimos pronto a la calle, desayunamos en un bar por la zona del puerto de Fisterra y después cogimos un coche para recorrer algunos de los parajes de la *Costa da Morte*. Nos detuvimos algo más en Ézaro, disfrutando de su cascada que vierte las aguas directamente en el mar. La zona había sufrido un incendio durante el verano anterior y el negro dominaba la montaña con cierto aire de desolación que, no obstante, no le restaba belleza. Caminamos a través de una pasarela de madera hasta llegar a pies de la cascada, en cuya base, el agua que bajaba ruidosa y con violencia se convertía en un remanso oscuro y tranquilo, mecido por rocas que el paso del tiempo había pulido. Nos hicimos algunas fotografías y nos besamos con intensidad en un lugar bastante romántico jugueteando como una joven pareja de novios por aquel entorno.

Tras estar un rato junto a la cascada, regresamos al coche y subimos por la empinada carretera hasta un mirador con vistas a toda la costa. A nuestros pies teníamos el entrante del mar por donde habíamos subido y en el cual desemboca la cascada de Ézaro, a lo lejos se podía divisar una costa quebrada, con entrantes y salientes de tierra que se perdían hacia nuestra derecha, todo en un día soleado, de ligera bruma en el horizonte.

Apoyados en una balaustrada de piedra con unas vistas privilegiadas, pensé en el futuro que me vendría por delante lejos de aquel Atlántico y de aquella Galicia de peregrinos, mariscadores y escenas románticas. Pensé además en que no tenía correo electrónico de Juan Carlos describiendo aquel lugar, aunque sabía que de haberlo visitado en su viaje lo habría descrito porque era uno de aquellos escenarios dados a la reflexión y el sosiego que a él tanto le gustaban. Pensé entonces en que al llegar al hotel, cogería lápiz y papel para describir aquel lugar y que haría lo mismo para reflejar el atardecer desde el faro de Fisterra, completaría así el testimonio de aquellos lugares que también había quedado inacabado por el accidente de Juan Carlos.

27. El final del camino

Apenas tres kilómetros separaban el casco urbano de Fisterra del cabo y el faro del mismo nombre. Lo realizamos en el coche, pero de camino vimos a numerosos peregrinos por un lateral de la carretera. Aunque el camino de Santiago para la mayoría termina en Santiago de Compostela, se dice que Fisterra es el final de la tierra, por lo que son muchos los que deciden hacer la extensión hasta la Costa da Morte, de hecho, junto al faro de Finisterre está el kilómetro 0 del camino de Santiago y, por lo tanto, su final, en una tradición que viene desde el *Finis Terrae* romano.

Ya se intuía el atardecer cuando aparcamos en la explanada previa al faro. Cargué con cuidado la mochila marrón y caminamos hasta el faro, un edificio que aunque nunca había visto previamente, me resultaba bastante familiar, de aspecto muy cuadrado, destacando el faro de su parte superior, bastante centrado.

No había mucha gente, pero sí algunos turistas de aspecto extranjero que se iban hacia la parte posterior del faro para divisar desde el acantilado el atardecer. Minerva y yo nos encaminamos entre varios grupos que mezclaban diferentes idiomas, por lo que nos sentimos por un momento extranjeros.

De camino al lugar de observación pudimos ver algunos detalles como el kilómetro 0 del camino, donde varias personas hacían cola para hacerse una fotografía, cerca había también una cruz de piedra orientada al mar y varias placas con indicaciones geográficas y marítimas. En la ladera del acantilado, con vistas a uno y otro lado del cabo se agolpaba la gente sobre las rocas para asistir al atardecer, el mismo que iba buscando Juan Carlos cuando salió de Madrid.

Al mirar hacia el oeste y ver cómo el sol se acercaba al horizonte marcado por la línea del mar empecé a tener una sensación especial, un magnetismo con aquel lugar, algo similar a lo que debió sentir Juan Carlos cuando en uno de sus viajes de juventud vio por primera vez aquel atardecer y al que quiso volver años después.

No podíamos avanzar más, la roca sobre la que Minerva y yo nos sosteníamos era segura y estábamos cómodos, el acantilado todavía permanecía en la distancia suficiente y las vistas desde allí eran muy buenas.

Teníamos un mar azul e infinito por delante que se perdía en el horizonte, tan solo cambiante por la sombra de alguna nube. Aunque había espacio de sobra, al mirar a nuestro alrededor vi a gente más abajo en una posición más arriesgada, haciendo equilibrista en la roca más al borde, en el centímetro más al oeste de todo.

Una leve brisa adornaba el momento, mientras el faro solo era actor del espectáculo en el mejor lugar, donde la naturaleza transforma en arte un atardecer capaz de detener el tiempo, pero también de hacerlo pasar rápido. El sol bajaba lento, como si el día, aún sabiendo que volvería mañana, se resistía a despedirse haciéndose fuego. Y fue justo en ese momento, cuando el sol se pone al otro lado del cabo Finisterre, cuando logré sentir algo levemente parecido a nuestro primer cruce de miradas. Fue en aquel momento cuando recordé la aparición de Minerva en aquel café de París, desorientada, pero ilusionada por ver a alguien a quien dirigirse, la agarré fuerte de la mano, al tiempo que me sentí de nuevo paseando por la playa de la Concha, saliendo acelerado al amanecer por las calles de Zarautz hacia el paseo marítimo, tomando un autobús hacia Santander, paseando por los jardines de Pereda, buscando un estanque secreto en La Magdalena, subiendo a la Puebla Vieja de Laredo, buscando una pintada con la letra de una canción en Oviedo y meditando frente a una construcción prerrománica. Me acordé de mi hermano, pero lo hice para darle las gracias por haberme hecho conocer aquellos lugares, por haberme reencontrado con Minerva y haber paseado con ella por Ribadesella, por haber descendido el río en canoa, por haber paseado por las playas de Ribadeo.

Me acordé entonces de que me había propuesto tomar nota de aquellos momentos y completar las descripciones de cada lugar del viaje que había iniciado mi hermano, pero habría sido imposible, no iba a ser capaz de describir todo aquello, al menos no en la forma en la que lo haría Juan Carlos. Preferí retenerlo todo en mi memoria, disfrutar de la pureza de aquel espectáculo invernal junto a una mujer cuya mirada era ya en sí otro atardecer, en sus ojos pude ver el sol aún con más fuerza que en el horizonte.

El atardecer en Finisterre descubrió nuevos colores para mí, el sol se ocultó entre una nube y el mar diciendo un hasta luego, dejando claro que echaba el cierre al día, pero también a la tierra, que era el momento de regresar, pero sintiendo que en aquel lugar, en el punto opuesto de la península a nuestra Almería natal, dejaba algo de mí y tendría que volver.

—Alberto, creo que ha llegado el momento —dijo Minerva en voz baja.

Nos levantamos del lugar que ocupábamos y nos apartamos un poco de donde estaba casi toda la gente viendo aún los últimos instantes del atardecer. Cuando la parte superior del sol ya tocaba el horizonte, en los últimos segundos antes de esconderse hasta el día siguiente, abrí la mochila marrón, extraje de ella la caja de madera abriendo el cierre y, mientras miraba al frente y los últimos rayos de sol iluminaban Fisterra, lancé las cenizas al viento, que se expandieron en dirección al mar, perdiéndose para siempre y dejando una caja y una mochila que nunca fue carga, vacía de su contenido.

Justo en el momento en el que se ocultó el sol, comprendí mejor que nunca que si mi hermano hubiese querido descansar en algún lugar habría sido aquel y sentí como una puñalada que en su último viaje no pudiera haber llegado hasta allí. No pude evitar llorar, pero tampoco pude evitar sonreír mientras los últimos restos de cenizas se posaban sobre el Atlántico, mi hermano descansaba en paz. Lo hacía donde habría deseado, era el final del camino.

28. Objetos perdidos

Proseguir la vida tras una experiencia que te deja marcado, el pesar del día siguiente, la imposibilidad de detener el tiempo... Los minutos en coche desde el faro hasta el pueblo se me hicieron duros, aunque intenté rehacerme y disfrutar de la compañía de Minerva. Aquella noche volvíamos a dormir en el mismo hotel de Fisterra y al día siguiente tocaría regresar, iríamos hasta Santander en coche, me quedaría el domingo con ella y regresaría a Madrid en avión para volver al trabajo el lunes.

Justo tras arrojar las cenizas en el acantilado, me había deshecho de la mochila marrón y del recipiente de las mismas. En el caso de la mochila era también un recuerdo de mi padre, pero pesaba más lo que habían portado en aquellos últimos días. Además, aún guardaba algunos otros recuerdos de él, por lo que preferí no verla nunca más. Al regresar al hotel y no tener las cenizas en la habitación me sentí bastante extraño, ya que había sido una presencia constante durante todo el viaje, en cada trayecto en tren, coche o autobús, en cada habitación en la que me había hospedado, ahora ya no quedaba nada, aunque el recuerdo de Juan Carlos se había fortalecido y la tristeza de su pérdida se había tornado en una mayor añoranza.

Pese a haber cumplido lo que él hubiese deseado y tras contárselo a mi madre por teléfono entre lágrimas, la sensación de desahogo no aparecía, de hecho, no me podía quitar de la cabeza que el final de mi hermano había sido bastante extraño. Aquella despedida sin explicaciones de Cudillero dejando a Rosa, el accidente sin aparente explicación, habernos ocultado a su pareja incluso mintiendo con las fotografías que nos enviaba, eran incógnitas que me dejaban un sabor de boca agri dulce de aquel viaje, en el que no obstante había conocido a un nuevo Alberto Parejo, un poquito más parecido a Juan Carlos.

Antes de partir, hice tiempo observando las vistas a la costa entre Fisterra y Sardiñeiro que se podían divisar desde la ventana de la habitación. El día estaba bastante despejado y se veían entrantes y salientes de costa algo más alejados, vislumbrando algunas poblaciones. Intenté localizar cada lugar en un folleto de información turística que encontré en la mesita de la habitación con un plano en el que situé Fisterra y donde hablaba del misticismo del final de la

tierra. Mientras pensaba en todo aquello, Minerva terminó de arreglarse el pelo y de recoger su equipaje. Nos disponíamos a salir, pero justo cuando íbamos a dejar la habitación, eché en falta mis gafas de sol. No había nada sobre las camas, ni en las mesillas de noche, tampoco sobre el escritorio, el armario estaba vacío igual que los cajones, y por eliminar opciones también entré en el cuarto de baño donde no encontré rastro de ellas, por lo que pensé que se habrían quedado en el coche el día anterior.

Tras entregar la llave de la habitación en la recepción y hacer la gestión del pago de las dos noches de hotel, salimos al exterior, metimos las maletas en el coche y en seguida me puse a buscar también las gafas de sol, pero no había ni rastro de ellas. Intenté hacer memoria de la última vez que me las había puesto y recordé que aquella misma mañana antes de desayunar había dado un breve paseo por el pueblo y las había llevado puestas, les perdí el rastro en el desayuno que hicimos en el comedor del hotel, podrían haberse quedado en la mesa donde comimos, ya que aunque normalmente las sujeto en la solapa de la camisa, cuando me siento a veces tiendo a dejarlas sobre la mesa que ocupo.

Volví a entrar en la recepción del hotel y le pregunté a la chica joven del mostrador que en aquel momento estaba tecleando en el ordenador.

—Perdona, creo que antes me dejé mis gafas de sol en la mesa del comedor donde estuve desayunando ¿sabes si alguien las ha visto?

—¡Ah, sí! Yo misma las cogí sin saber de quién eran, las he dejado en la habitación donde guardamos los objetos olvidados. Un segundo y voy a por ellas. —dijo, aunque los segundos se convirtieron en un par de minutos.

—Perdona, estaba intentando rehacer una reserva que había anulado por un error y no sabía muy bien cómo hacerlo, acompáñame y nos aseguramos de que son las tuyas porque hay varias, eran unas gafas de la marca Arnette y negras ¿verdad?

—Sí.

Entre la recepción y el comedor había un pasillo del que se derivaba otro pasillo en dirección a los servicios, antes de llegar al fondo, había una puerta lateral que daba acceso a un pequeño habitáculo donde se almacenaban toallas, manteles, cubiertos, pero también objetos de lo más variado. Había varias cajas con diferentes letreros que indicaban el contenido, alguna maleta y montones de llaves sobre unos recipientes de madera.

—¿Son estas, verdad? Al menos son las que cogí esta mañana.

Las miré y asentí, aunque sin mucha convicción, no porque no se tratara de

mis gafas de sol, que sí eran, sino porque hubo en la habitación otro artículo que me llamó mucho más la atención.

Una mochila igual a la que había portado aquellos días con las cenizas de mi hermano estaba en una de las estanterías, entre varios bolsos de viaje. Era de la misma marca y del mismo color. En un principio pensé en la mía, aunque la había tirado en un contenedor en el camino de vuelta desde el faro. Sin embargo, ésta tenía un detalle que me llamó más la atención, tenía cosido en su frontal un parche con el rótulo: «Y las calles se vuelven playa si tú las andas, todo es por ti».

—Creo que esta mochila es de un familiar que se hospedó aquí hace un par de meses ¿puedo verla?

—Verla sí, pero para que la abras y te la lleves necesitaría que demostraras que es de tu familiar o que él lo autorizara —la cosa estaba complicada porque Juan Carlos ya no estaba, pero aquella era la otra mochila de las dos idénticas que nos regaló nuestro padre y aquel parche decía a gritos que era de él.

—¿Podría hablar con tu jefa?

—Sin problema, aquí me tienes —dijo la mujer de fuerte acento gallego que justo en ese momento entraba por la puerta. Me había oído y me dijo que allí estaba para lo que necesitara.

La mujer escuchó la historia, le conté que mi hermano había fallecido en un accidente de tráfico hacía tres meses cuando se dirigía hacia Fisterra, pensaba que no había llegado a estar allí, pero esa mochila era idéntica a una que yo tenía, nuestro padre nos había regalado una a cada uno, pero además aquella mochila llevaba aquella frase que pertenecía a la letra de su grupo favorito. Incluso de una de las asas colgaba un adorno que creí haberle visto a mi hermano en alguna ocasión.

Con la mujer, la mochila y yo en la recepción, ella me preguntó por el nombre de mi hermano y buscó en la base de datos.

—Tu hermano estuvo aquí el 27 de enero y según el registro que tengo también de los objetos perdidos, coincide con esas fechas, no hay problema en que te lleves la mochila, tan solo tendrás que rellenar un formulario.

Completé y firmé el documento y salí del hotel con otra mochila marrón igual que la mía, aunque con la diferencia de aquel parche con una frase de Sidonie y un pequeño colgante de un pez de plata.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó Minerva cuando entré en el coche, al tiempo que se percató de que tenía la mochila en las manos —¿Y

eso? ¿otra vez la mochila?

—No te lo vas a creer. No es la mía, es de mi hermano, mi padre nos regaló una a cada uno, se la dejó aquí el día que tuvo el accidente. Cuando se estrelló no iba de camino a Fisterra, sino que volvía, ya había estado aquí, no sé cómo, pero se hospedó en este mismo hotel la noche antes de su muerte.

29. Cambios de ruta

No nos habíamos movido aún del aparcamiento. Junto a la *tablet* de Juan Carlos, algo de ropa y un dibujo infantil de una pareja junto a un niño, dentro de la mochila había también un cuaderno. En una primera ojeada pude ver que estaba escrito en su mitad de páginas aproximadamente con la letra de mi hermano. El dibujo estaba realizado con ceras en un folio, el niño y la mujer eran rubios, mientras que el hombre tenía el pelo marrón y era más alto, era el típico dibujo de una familia que realiza un niño y pensé en el pequeño Fernando. Había abierto la mochila en el coche, aún en el aparcamiento del hotel de Fisterra. Masajeaba aquel cuaderno de tapas negras, el interior era de hojas blancas lisas, era de los que están encolados como un libro y con una gomilla alrededor para mantenerlo cerrado, desde que lo había sacado de la mochila marrón llevaba ya bastantes segundos mirándolo al derecho y al revés, pasando sus páginas, pero sin llegar a leer nada, no aún.

—Estás muy nervioso Alberto, deberías intentar tranquilizarte e incluso pensar si realmente quieres leer todo eso —advirtió Minerva.

—¡Claro que quiero!

—Quizás lo que pueda poner en ese cuaderno no sea cuestión tuya o al menos no solo tuya ¿No crees que a Rosa también le gustaría leerlo? Al fin y al cabo fue la última persona cercana a él que lo vio con vida y con la que más tiempo había pasado en los últimos meses.

—Pues vayamos a Cudillero.

Arranqué el coche, miré alrededor para asegurarme que podía iniciar la marcha y despedirme del lugar. Nos pusimos en camino a las 12.15 del mediodía, Minerva miró la ruta en el GPS y calculó tres horas y media, por lo que podríamos llegar a Cudillero cerca de las cuatro de la tarde si no parábamos.

Llevar aquella mochila marrón en el asiento trasero del coche me pesaba mucho más que la mochila marrón anterior.

30. Eternidad

Al llegar a Cudillero parecía que hubiésemos cambiado de país. El cielo estaba completamente cubierto. Un tapiz de espesas nubes bajas amenazaba con dejar un fuerte aguacero que se resistía a romper. Las gaviotas ponían banda sonora a nuestra llegada al pueblo cántabro.

Encontramos a Rosa trabajando en la oficina de turismo, en un edificio frente al puerto. Al vernos entrar, al menos a mí que era a quien conocía, puso cara de sorpresa, sus mejillas claras enrojecieron y sonrió. Ella también reconoció la mochila marrón de mi hermano.

—Le pregunté a la Guardia Civil por esa mochila, pero me dijeron que no estaba en el coche ni por la zona del accidente —nos contó, al tiempo que nos citó para hablar tranquilamente cuando saliese de trabajar una hora y media más tarde, ya que no podía dejar de atender a los visitantes ni a las llamadas telefónicas.

Minerva y yo salimos de la oficina de turismo con la mochila y nos dirigimos a comer, ya que habíamos hecho todo el trayecto en coche sin paradas y no habíamos almorzado, pese a que ya eran casi las cinco de la tarde.

A las seis en punto, cuando regresamos a la oficina de turismo, Rosa nos estaba esperando en la puerta. Las grises nubes del cielo seguían aguantando la descarga inminente. No quisimos esperar y en la barandilla del puerto, y tras presentar a Rosa y a Minerva, abrimos la mochila.

—No hemos querido mirar nada porque pensábamos que lo que aquí se diga también estará relacionado contigo —le dije a Rosa.

—Os agradezco que lo hayáis hecho, creo que tuve un papel importante en la vida de Juan Carlos, aunque sobre todo él sí fue vital para mí y para mi hijo. Es el momento de leer sus últimos pensamientos, siempre iba con este cuaderno encima y anotaba muchas cosas.

En el cuaderno reconocí algunos de los textos que me enviaba por correo electrónico, con descripciones de los sitios que visitaba, allí estaban San Sebastián, Santander y los pueblos cántabros, el Sella, Oviedo, también hablaba de Fernando con las cosas que aprendía junto a él y mencionaba a Rosa y los sentimientos a su lado, pero nos detuvimos en las últimas páginas

que comenzaban con un título: «Atardecer de enero en Fisterra».

El frío de esta tarde corta la piel. El sol se marcha, pero lo hace calentando zonas a las que no llegará ningún abrigo. Aquí donde la tierra termina para dar paso a lo intocable, hoy echo de menos a mucha gente y muchos momentos de mi vida que no se volverán a repetir. Frente a mí, los rosas y morados de este atardecer me recuerdan que hay colores que aún no he visto, aunque haya caminado mucho. Me gustaría perderme junto al sol de invierno, pero nadie ha inventado aún este viaje y me debe bastar con venirme lo más cerca que pude de un astro que aquí se hace grande, una magnitud que las formas de la tierra harán que se pierda en unos rápidos segundos tras la bruma del océano.

El atardecer en este cabo es lo más parecido a tocar el cielo, lo dice alguien que lleva mucho tiempo buscando el atardecer perfecto y que concluye que no lo hay más que éste. Por eso quería venir aquí de nuevo a toda costa, deseando que este punto de tierra tan occidental me diese parte de eternidad, pero sobre todo la valentía para reconocer lo que escondo detrás de mi sonrisa y mi constante socarronería. Me vine rápido, sin avisar a nadie, veloz y acelerado, pero ha sido llegar aquí y conseguir el sosiego necesario. Aquí es posible hacer que se estire el tiempo. Eso me hace pensar que aunque este atardecer frente al acantilado dure solo unos minutos, como lo que me queda de vida, me haga vivir mucho más en vuestros corazones.

Ahí terminaba el artículo del cuaderno de Juan Carlos sobre Fisterra, era la última página escrita. Las últimas palabras nos sobrecogieron, hablaba de solo unos minutos de vida, se anticipaba a su muerte. Nos miramos entre nosotros sin dar crédito a aquello, habíamos leído Rosa y yo en voz baja, mientras Minerva se mantenía a una distancia prudencial dándonos intimidad. Yo saqué de la mochila la *tablet*, quizás en ella encontraríamos alguna explicación más, Rosa sabía la contraseña para desbloquearla y en el programa de correo electrónico había un mensaje sin enviar en borradores cuyos destinatarios éramos Rosa y yo. Incluía el mismo texto del atardecer en Fisterra del cuaderno, pero continuaba:

Es la última vez que os escribo. En este mensaje vais a coincidir dos destinatarios que no os conocéis, aunque me gustaría que os conocierais algún día. Ya le he dado suficientes rodeos y no le he dicho nada a nadie, por lo que seré directo. Hace pocos meses me diagnosticaron un cáncer

avanzado, comenzó en el páncreas, pero ya se ha extendido y tengo metástasis, así que lo mejor es que le ponga final a esto de una forma que nos haga sufrir menos a todos y de la que ya habréis tenido noticia cuando leáis esto.

Hermano, siempre has sido mi referente. Le has echado cojones a la vida, has avanzado y progresado y aunque yo siempre he ido a otro rollo, siempre me ha parecido increíble tu forma de ascender profesionalmente y que pese a ello hayas tenido tiempo para cubrirme las espaldas, para solucionar situaciones delicadas y para cuidar de mamá más de lo que yo lo he hecho. Te quiero. Sé que además poco a poco vas a ir dejando de lado aquello que te atormenta, pasando de tu parte negativa y vas a empezar a ser mucho más libre. Hoy no te voy a decir que te vengas conmigo, porque ya no te voy a poder acompañar, pero si algún día tienes oportunidad, no te pierdas este atardecer porque es único.

Rosa, a ti también te quiero, pero lógicamente de otra forma a la que quiero a mi hermano. Estaba confundido con lo que era el amor, yo pensaba que era otra cosa, pero cuando llegaste tú a mi vida con tu atardecer permanente me derretí para no querer nunca separarme de ti. Además, pusiste a mi lado a Fernando y me eligió como padre, el mejor regalo que nunca nadie me ha hecho. Me duele mucho tener que irme tan pronto, pero lo hago feliz por haber tenido estos años en los que disfrutar de vosotros, os quiero mucho a los dos, vaya donde vaya ahora, nunca os olvidaré.

Un fuerte beso a los dos y a mamá, hasta siempre.

Juan Carlos.

El correo electrónico había sido programado para ser enviado al día siguiente de la muerte de Juan Carlos, pero había dado un error de servidor y no se envió, quedándose como borrador, de ahí que no hubiese llegado nunca ni a mí, ni a Rosa. Los dos nos miramos y nos abrazamos entre lágrimas pese a que apenas nos conocíamos, mientras Minerva se acercó y me acarició el pelo. En ese justo momento, la tormenta rompió junto a Cudillero y comenzó a llover con violencia.

31. Epílogo

Entré en la sala de conciertos con Fernando subido a mis hombros. Aquel 23 de mayo de 2015 Sidonie volvía a Asturias, a la sala Sir Lauren's de Oviedo para presentar su disco *Sierra y Canadá*. Rosa, Fernando, Minerva y yo sacamos las entradas y acudiendo a aquel concierto quisimos darle un último homenaje a Juan Carlos.

Llevaba ya dos semanas con mi nueva vida junto a Minerva en Santander. Mi petición de traslado en la empresa sorprendió a todos mis compañeros, comenzando además la lucha interna por ocupar mi puesto. Ya decían de mí que aspiraba al máximo ascenso, pero aquel viaje por el Cantábrico me hizo reflexionar y pensar mucho, me impulsó a dar un cambio que mi vida pedía a gritos, pero que el estrés de la ciudad y las noches en vela entre alcohol y otras drogas no me dejaban ver. Seguí trabajando en la misma compañía, pero en la oficina local de Santander, cobrando menos, pero viviendo más.

Minerva y yo comenzamos a vivir de alquiler en una coqueta casa rural en Pedreña, en la otra orilla de la bahía de Santander, en un lugar con unas vistas espectaculares. Cada día íbamos y volvíamos juntos al trabajo en un pequeño barco que cruzaba la bahía. Minerva estaba ultimando la apertura de su propio gabinete psicológico y había varios colectivos de Cantabria que ya se habían comprometido como clientes.

La única pega de aquel traslado era tener lejos a mi madre, aunque ella también había tomado su decisión de cambio de vida. Decidimos reformar en parte nuestra vieja casa de Carboneras y se marchó a vivir a ella junto a una de sus hermanas a la que también se le hacía grande Madrid. Iría allí a visitarla al menos una vez al mes, aprovechando que había vuelos entre Santander y Almería.

—¡Yo siento en el pecho, el baile enloquecido del fuego, por ti, por ti, por ti! —comenzó a gritar Minerva. No pertenecía a aquel disco, pero era la canción preferida de mi hermano la que empezó a sonar, Fernando también empezó a cantar. Yo, que la había escuchado varias veces en los últimos dos meses también los acompañé. Estaba en una sala de conciertos, pero me sentí en un atardecer junto al faro de Fisterra, haciendo volar los últimos sueños de

Juan Carlos y creyendo que seguro que uno de ellos era vernos a los cuatro disfrutando de aquel concierto.

Tras salir de la sala, Minerva conducía el coche y le pedí que parase cuando pasábamos por el centro de Oviedo. Las calles estaban vacías a aquellas horas de la madrugada, Fernando dormía en el asiento de atrás con el regazo de su madre como almohada. Tras salir del coche y perderme entre aquellas calles, apenas tardé cinco minutos en regresar y volver a montarme.

—¿Adónde has ido a estas horas? —me preguntó Rosa, mientras Minerva, que sabía de mis intenciones, sonreía.

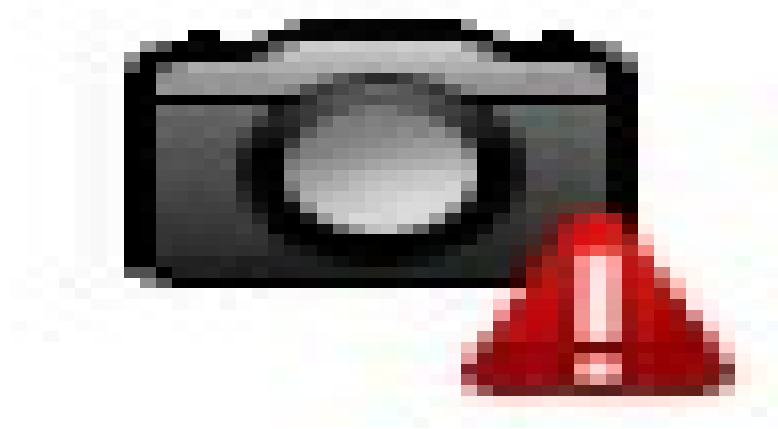
—Mañana cuando Oviedo despierte, habrá quien vuelva a leer en uno de sus muros aquello de *Y las calles se vuelven playas si tú las andas, todo es por ti*.

Antequera, agosto de 2017

Notas del autor

Aunque la mayoría de lugares y descripciones de esta novela son reales, la historia de los hermanos Alberto y Juan Carlos Parejo es ficticia, así como los personajes que aparecen en la historia.

En el verano de 2015 en un viaje por el norte de España y durante un paseo por la ciudad de Oviedo, en uno de los muros del exterior del edificio del Obispado, me llamó la atención la siguiente pintada:



Durante mucho tiempo llevé conmigo esta imagen y la tuve por una acción poética, pero no fue hasta que ya estaba dando forma a este relato, buscando fotografías en mi archivo para hacer las descripciones de los lugares, cuando se me ocurrió introducir la frase en Google. No era otra cosa que el fragmento de la letra de la canción *Por ti* del grupo Sidonie, por lo que decidí integrarlo en la novela, aunque descubrí que el grafiti dejó de estar poco tiempo después.

La novela sí está llena de sensaciones personales, las que sentí en cuatro viajes realizados en los últimos años. En Cantabria en 2011, en San Sebastián y Zarautz en 2012; en Asturias y Galicia en 2015 y en París en 2016, también estuve en la Carboneras natal de los protagonistas en el verano de 2016. Los lugares que visitan Juan Carlos y Fernando son lugares que me marcaron en esos viajes, que en distinta medida también cambiaron mi vida y que quería

utilizar como nexo de unión en la historia porque este libro, ante todo, es un libro de viajes, un viaje por toda la cornisa cantábrica. Por ello, los datos de cada pueblo y ciudad y algunos apuntes históricos surgen de la observación personal, de la lectura de guías turísticas, artículos varios y de conversaciones con gentes de cada lugar.

En todos esos viajes menos en el de Cantabria, estuve acompañado por la chica que hoy en día es mi mujer. No es pelirroja, pero sí sirvió de inspiración para el personaje de Minerva como apoyo para seguir siempre adelante y redirigirme hacia mejores caminos. Seguro que, como a Alberto y Minerva, nos quedan muchos atardeceres en lugares diferentes por ver.

A todas aquellas personas que me han acompañado en este viaje, tanto en persona como en espíritu, quiero dar las gracias.

No hace tanto que Javier Lara (Antequera, 1981) tuvo que reconducir su vida. Siempre soñó con ser periodista y trabajó pronto y mucho en esta profesión cargada de mordazas y paupérrimas condiciones laborales. Cansado, decidió ayudar a la sociedad de otra forma y condujo su trayectoria hacia la educación. Hoy es profesor de Lengua Castellana y Literatura.

Tras ser un habitual de la poesía y el artículo periodístico, Javier Lara se ha estrenado en novela con este libro.

Sigue su viaje en www.javilara.com

-
- [1] Rabas: nombre con el que se conocen en Cantabria y en el País Vasco a los calamares fritos.
- [2] Bergantín Habana: buque que tuvo su base en Ribadesella entre 1862 y 1875 haciendo ruta con Cuba.
- [3] Pulpo a feira: o pulpo a la gallega, es la elaboración más típica del pulpo en Galicia, cocido sobre una capa de cachelos (patatas gallegas) con pimentón y sal.
- [4] A cuchus: expresión cántabra para indicar que se carga a alguien a la espalda.
- [5] Praia: playa en gallego.